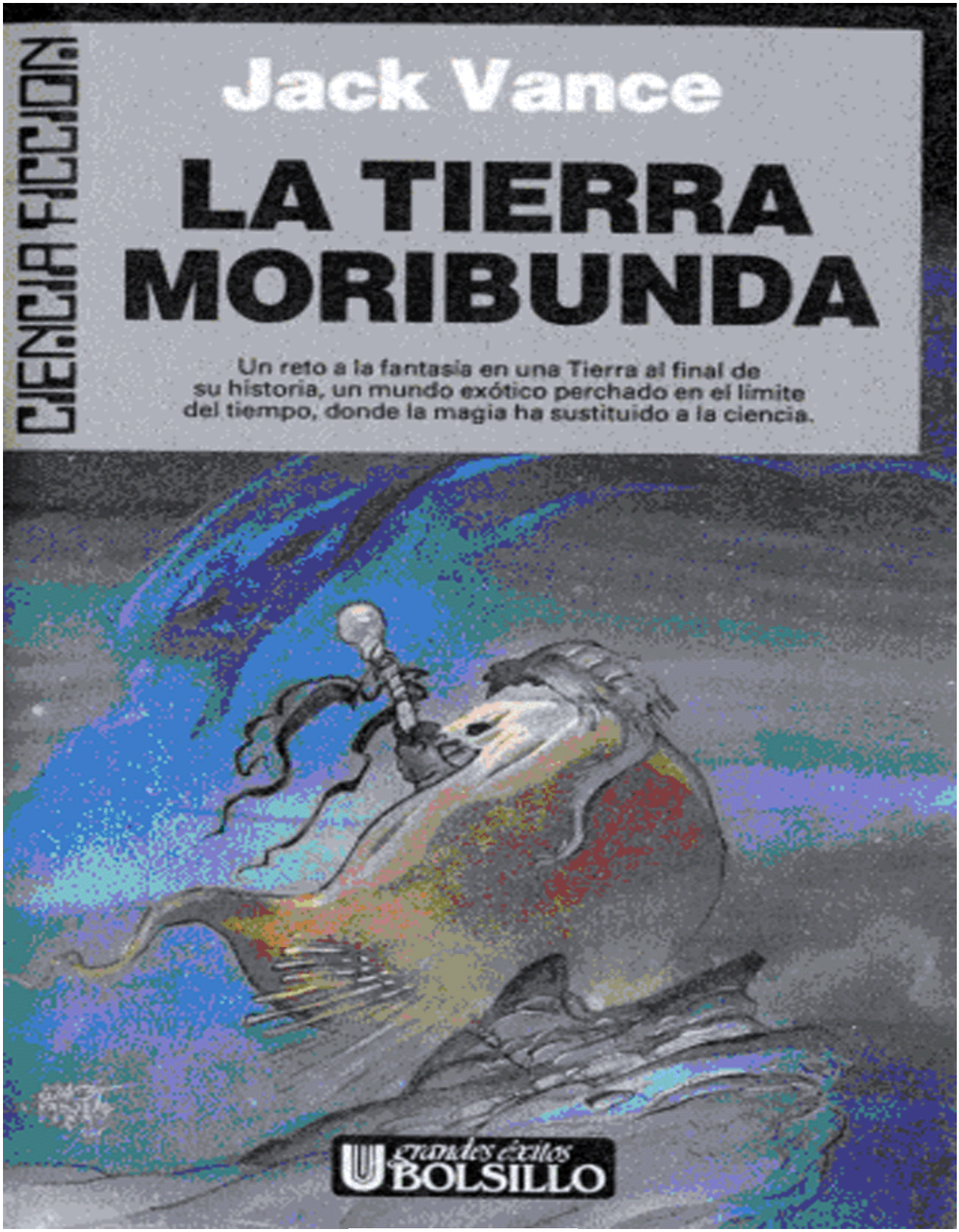
La Tierra moribunda
Jack Vance



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

I

TURJAN DE MIR

Turjan estaba sentado en su sala de trabajo, las piernas abiertas y dobladas bajo el taburete y los codos clavados en el banco. Al otro lado de la estancia había una jaula; Turjan miraba su interior con desconsolado enojo. La criatura de la jaula le devolvía el escrutinio con emociones más allá de toda conjetura.

Era un ser que despertaba piedad..., una gran cabeza sobre un pequeño y largo cuerpo, con enfermizos ojos reumáticos y una nariz parecida a un fofo botón. La boca colgaba blandamente húmeda, la piel brillaba con un color rosa cerúleo. Pese a su manifiesta imperfección, era hasta la fecha el producto más logrado de los tanques de Turjan.

Turjan se puso en pie, tomó un bol de papilla. Con una cuchara de mango largo fue metiendo comida en la boca de la criatura. Pero la boca rechazó la comida, y la papilla resbaló en grumos por la lustrosa piel hasta el desvencijado suelo de la jaula.

Turjan dejó el bol, retrocedió y regresó lentamente hasta su taburete. Llevaba una semana sin querer comer. ¿Ocultaba aquel rostro idiota alguna idea concreta, una voluntad de extinción? Mientras Turjan miraba, los ojos blancoazulados se cerraron, la gran cabeza cayó y golpeó el suelo de la jaula. Los miembros se relajaron: la criatura estaba muerta.

Turjan suspiró y abandonó la estancia. Subió unas retorcidas escaleras de piedra y finalmente salió a la techumbre de su castillo de Mur, muy por encima del río Denia. Al Oeste el sol colgaba cerca de la vieja Tierra; lanzas de color rubí, intensas como vino, avanzaban oblicuas más allá de los nudosos troncos del arcaico bosque para enterrarse en la gruesa capa de turba del suelo. El sol se ponía de acuerdo con el viejo ritual; la noche cayó sobre el bosque; una suave y cálida oscuridad se adueñó rápidamente de todo, y Turjan permaneció allí de pie meditando sobre la muerte de su última criatura.

Consideró sus muchos precursores: aquella cosa toda ojos, la criatura sin huesos con la pulsante superficie de su cerebro expuesta, el hermoso cuerpo femenino cuyos intestinos se arrastraban al exterior hacia la solución nutritiva como buscadoras fibrilas, las criaturas invertidas, con todo lo de dentro fuera y viceversa... Turjan suspiró tristemente. Sus métodos eran un fracaso; a su síntesis le faltaba un elemento fundamental, una matriz que ordenara los componentes del esquema.

Mientras se sentaba mirando el paisaje cada vez más oscuro, los recuerdos llevaron a Turjan a una noche, hacía ya años, cuando el Sabio había permanecido allí a su lado.

- En eras ya desaparecidas -había dicho el Sabio, con los ojos fijos en una estrella baja-, la brujería conocía un millar de conjuros y los magos hacían su voluntad. Hoy, mientras la Tierra muere, apenas quedan un centenar de conjuros en el conocimiento humano, y todos ellos nos han llegado a través de los libros antiguos... Pero hay un tal Pandelume que conoce todos los conjuros, todos los encantamientos, misterios, runas y taumaturgias que alguna vez han doblado y moldeado el espacio... -Y había guardado silencio, perdido en sus pensamientos.

- ¿Dónde está ese Pandelume? -había preguntado Turjan.

- Mora en las tierras de Embelyon -había respondido el Sabio-, pero nadie sabe dónde se hallan esas tierras.

- ¿Cómo encuentra uno a Pandelume, entonces?

El sabio había sonreído débilmente.

- Si alguna vez fuera necesario, existe un conjuro para llevarlo a uno allí.

Ambos habían permanecido en silencio unos instantes; luego el Sabio había dicho, mirando hacia el bosque:

- Puede preguntársele cualquier cosa a Pandelume, y Pandelume contestará..., siempre y cuando el peticionario realice el servicio que Pandelume requiera de él. Y Pandelume suele ser duro en sus tratos.

Entonces el Sabio le había mostrado a Turjan el conjuro en cuestión, que había descubierto en un antiguo portafolio y mantenido secreto de todo el mundo.

Turjan, recordando aquella conversación, bajó a su estudio, una larga sala de techo bajo con paredes de piedra y un suelo de piedra amortiguado por una espesa alfombra bermeja. Los tomos que contenían la magia de Turjan reposaban en la larga mesa de acerco negro o estaban apilados sin orden ni concierto en estanterías. Habla volúmenes compilados por muchos magos del pasado, sucios folios recopilados por el Sabio, grandes libracos encuadernados en pergamino recopilando las sílabas de un centenar de poderosos conjuros, tan poderosos que el cerebro de Turjan solamente podía albergar cuatro a la vez.

Turjan encontró un mohoso portafolio, giró las pesadas páginas hasta el conjuro que el Sabio le había mostrado, la Llamada a la Nube Violenta. Contempló los caracteres, y ardieron con un urgente poder, agitando la página, como frenéticos por abandonar la oscura soledad del libro.

Turjan cerró el libro, obligando al conjuro a regresar al olvido. Se envolvió en una corta capa azul, metió un arma blanca en su cinturón, se sujetó el amuleto que contenía la Runa de Laccodel en su muñeca. Luego se sentó, y tomó de un diario los conjuros que iba a llevar consigo. Desconocía los peligros a los que iba a enfrentarse, así que seleccionó tres conjuros de aplicación general: el Excelente Spray Prismático, el Manto de Furtividad de Phandaal, y el Conjuro de la Hora Lenta.

Subió a los parapetos de su castillo y se irguió bajo las lejanas estrellas, respirando el aire de la antigua Tierra... ¿Cuántas veces había sido respirado aquel aire antes que por él? ¿Qué gritos de dolor había experimentado aquel aire, qué suspiros, risas, gritos de guerra, exclamaciones de excitación, jadeos...?

La noche seguía su camino. Una luz azulada osciló en el bosque. Turjan observó unos instantes, luego se cuadró finalmente y pronunció la Llamada a la Nube Violenta.

Todo estaba tranquilo; de pronto llegó un susurro de movimiento, que fue hinchándose hasta convertirse en el rugir de grandes vientos. Un asomo de blanco apareció y creció hasta convertirse en una columna de hirviente humo negro. Una voz dura y profunda surgió de la turbulencia.

- Este instrumento ha acudido a la llamada de tu poder. ¿Dónde quieres ir?

- A Cuatro Direcciones, luego a Una -dijo Turjan-. Debo ser llevado vivo a Embelyon.

La nube giró más aprisa, envolviéndolo; fue arrancado del suelo, hacia arriba y lejos, colgando cabeza abajo a una incalculable distancia. Fue lanzado a cuatro direcciones, luego a una, y finalmente un gran golpe lo arrojó fuera de la nube, dejándole espatarrado en Embelyon.

Turjan se puso en pie y vaciló unos instantes, medio atontado. Sus sentidos se afirmaron; miró a su alrededor.

Estaba a orillas de un límpido estanque. Flores azules crecían hasta sus tobillos, y a su espalda se alzaba un bosquecillo de árboles azul verdosos, cuyas hojas apenas se divisaban en la bruma de allá arriba. ¿Estaba Embelyon en la Tierra? Los árboles eran de apariencia terrestre, las flores eran de forma similar, el aire tenía la misma textura... Pero había una extraña ausencia en aquel entorno, que era difícil de determinar. Quizá se debiera a la curiosa vaguedad del horizonte, quizás a la cualidad imprecisa del aire, lustroso y fluctuante como el agua. Lo más extraño, sin embargo, era el cielo una mezcolanza de olas y contraolas que refractaban un millar de lanzas de luz coloreada, rayos que tejían maravillosos encajes en medio del aire, redes arcoiris con todos los tonos de las joyas. Así, mientras Turjan observaba, se vio barrido por rayos rosa, topacio, violeta intenso, verde radiante. Entonces se dio cuenta de que los colores de las flores y

de los árboles fluctuaban de acuerdo con el cielo, porque ahora las flores tenían un tinte salmón, y los árboles un púrpura soñador. Las flores se oscurecieron a un cobre, luego, fundiéndose a carmesí, adquirieron una cálida tonalidad marrón, luego escarlata, y los árboles se volvieron azul mar.

- La Tierra de Nadie Sabe Dónde -se dijo Turjan-. ¿He sido llevado hacia arriba, hacia abajo, a una preexistencia o a un postmundo? -Miró hacia el horizonte y creyó ver como un telón negro alzándose muy alto hasta perderse de vista, y aquel telón rodeaba el lugar en todas direcciones.

Un sonido de cascos al galope se acercó; se volvió y descubrió un caballo negro avanzando a toda velocidad a lo largo de la orilla del estanque. El jinete era una mujer joven cuyo negro pelo se agitaba locamente. Llevaba unos pantalones blancos sueltos hasta la rodilla y una capa amarilla que chasqueaba al viento. Una mano aferraba las riendas, la otra enarbolaba una espada.

Turjan se echó cautelosamente a un lado, porque la boca de la mujer estaba crispada y blanca como con rabia y sus ojos resplandecían con un peculiar frenesí. La mujer dio un tirón a las riendas, hizo dar al caballo una cabriola y un giro sobre sí mismo, cargó contra Turjan, y le lanzó un tajo con su espada.

Turjan dio un salto hacia atrás y liberó de un golpe su propia hoja. Cuando ella cargó de nuevo contra él, paró el golpe con su arma y se lanzó hacia delante, tocando su brazo con la punta y produciendo una gota de sangre. Ella se echó hacia atrás, sorprendida; luego buscó en su, silla y extrajo un arco y colocó una flecha en la cuerda. Turjan saltó hacia delante, regateando el alocado agitar de la espada de ella, la agarró por la cintura y la tiró al suelo.

La mujer luchó con una loca violencia. Turjan no quería matarla, de modo que forcejeó de una forma no enteramente digna. Finalmente consiguió inmovilizarla, con los brazos clavados tras su espalda.

- ¡Quieta, arpía! -dijo Turjan-. ¡Si no quieres que pierda la paciencia y te deje sin sentido!

- Haz lo que quieras -jadeó la muchacha-. Vida y muerte son hermanas.

- ¿Por qué quieres hacerme daño? -preguntó Turjan-. No te he ofendido en nada.

- Eres malvado, como toda existencia. -La emoción brotaba de las delicadas fibras de su garganta-. Si el poder fuera mío aplastaría el universo hasta convertirlo en una sangrante grava, lo convertiría en el estiércol definitivo.

Turjan relajó sorprendido su presa, y ella casi se libero. Volvió a sujetarla.

- Dime, ¿dónde puedo encontrar a Pandelume?

La muchacha se envaró, repentinamente inmóvil, y torció su cabeza para mirar a Turjan. Luego:

- Busca por todo Embelyon. Yo no te ayudaré en absoluto.

Si fuera algo más amable, pensó Turjan, sería una criatura de notable belleza.

- Dime dónde puedo encontrar a Pandelume -dijo Turjan-, o encontraré otros usos para ti.

Ella guardó silencio un instante, con los ojos llameando locura. Luego dijo con voz vibrante:

- Pandelume vive junto al arroyo, a sólo unos pasos de distancia.

Turjan la soltó, pero tomó su espada y su arco.

- Si te los devuelvo, ¿seguirás tu camino en paz?

Los ojos de la muchacha ardieron brevemente; luego, sin una palabra, montó en su caballo y emprendió el galope por entre los árboles.

Turjan la contempló desaparecer entre las lanzas de enjoyados colores, luego echó a andar en la dirección que ella había indicado. Pronto llegó a una larga y baja edificación de piedra roja

respaldada por oscuros árboles. Mientras se acercaba, la puerta se abrió de par en par. Turjan se detuvo a medio dar un paso.

- ¡Entra! -surgió una voz-. ¡Entra, Turjan de Mir! Así, Turjan entró desconcertado en la morada de Pandelume. Se halló en una estancia con las paredes cubiertas de tapices, desprovista de muebles excepto un único diván. Nadie acudió a recibirle. En la pared opuesta había una puerta cerrada, y Turjan se dirigió hacia ella, creyendo que quizá se esperaba que hiciera eso.

- Alto, Turjan -dijo la voz-. Nadie puede ver a Pandelume. Es la ley.

Turjan, de pie en medio de la habitación, se dirigió a su invisible anfitrión:

- Ésta es mi misión, Pandelume -dijo-. Durante algún tiempo he estado esforzándome para crear humanidad en mis tanques. Pero siempre he fracasado, por ignorancia del agente que ata y ordena los esquemas. Tú debes conocer esta matriz maestra; así pues, he venido en busca de tu guía.

- Te ayudaré de buen grado -dijo Pandelume-. Sin embargo, hay otro aspecto implicado. El universo se halla metodizado por la simetría y el equilibrio; este elemento de compensación puede ser observado en todo aspecto de la existencia. Por tanto, incluso en el campo trivial de nuestros asuntos, es preciso mantener estrictamente esa equivalencia. Acepto ayudarte; a cambio, tú realizarás para mí un servicio de un valor equivalente. Cuando hayas completado ese pequeño trabajo, te daré mis instrucciones y guía a tu completa satisfacción.

- ¿Cuál es ese servicio? -inquirió Turjan.

- Hay un hombre que vive en la región de Ascolais, no lejos de tu Castillo de Mur. En torno a su cuello cuelga un amuleto de piedra azul tallada. Tienes que quitárselo y traérmelo.

Turjan meditó un momento.

- Muy bien -dijo-. Haré lo que pueda. ¿Quién es el hombre?

Pandelume respondió con voz suave.

- El príncipe Kandive el Dorado.

- Ah -exclamó Turjan, apesadumbrado-. No has tenido muchos problemas para hacer mi tarea agradable... Pero cumpliré tu petición de la mejor manera que sepa.

- Bien -dijo Pandelume-. Ahora debo darte instrucciones. Kandive lleva este amuleto oculto bajo su camiseta. Cuando aparece un enemigo, lo saca para mostrarlo sobre su pecho, tal es el poder del conjuro. No importa ninguna otra cosa, pero no mires ese amuleto, ni antes ni después de haberlo tomado, bajo pena de las más horribles consecuencias.

- Comprendo -dijo Turjan-. Obedeceré. Hay una pregunta que querría hacer..., siempre que la respuesta no implique el que tenga que traer la Luna de vuelta a la Tierra o recuperar un elixir que tú derramaste inadvertidamente en el mar.

Pandelume rió fuertemente.

- Pregunta, y yo responderé.

- Cuando me acercaba a tu morada, una mujer de insana furia quiso matarme. No lo permití, y se marchó aún más furiosa. ¿Quién es esa mujer y por qué se comportó así?

La voz de Pandelume era divertida.

- Yo también -respondió- tengo tanques donde moldeo la vida en sus formas más variadas. Yo creé a esa chica T'sais, pero fui descuidado y cometí un fallo en la síntesis. Así que salió del tanque con una mala conexión en el cerebro, de la forma en que has visto: lo que consideramos hermoso a ella le parece odioso y feo, y lo que consideramos feo es para ella intolerantemente vil, en un grado que ni tú ni yo podemos comprender. Considera que el mundo es un lugar amargo y que la gente está llena de la peor malevolencia.

- Así que ésta es la respuesta -murmuró Turjan-. ¡Qué pena!

- Ahora -dijo Pandelume- tienes que volver a Kaiin; los auspicios son buenos... Dentro de un momento abre esta puerta, entra, y avanza hasta el esquema de runas en el suelo.

Turjan hizo como le había sido indicado. Descubrió que la otra habitación era circular y rematada con un alto domo, con las variantes luces de Embelyon penetrando a través de multitud de transparencias en el techo. Cuando se detuvo sobre el esquema del suelo, Pandelume habló de nuevo.

- Ahora cierra los ojos, porque tengo que entrar y tocarte. ¡Atiende, no intentes verme!

Turjan cerró los ojos. Sonaron unos pasos a sus espaldas.

- Extiende tu mano -dijo la voz. Turjan lo hizo, y sintió que un objeto duro era colocado en ella-. Cuando hayas cumplido tu misión, aplasta este cristal y te encontrarás inmediatamente de nuevo en esta habitación -una fría mano se apoyó en su hombro-. Dentro de un instante estarás dormido -dijo Pandelume-. Cuando despiertes, estarán en la ciudad de Kaiin.

La mano se apartó. La oscuridad descendió sobre Turjan mientras éste permanecía de pie aguardando el tránsito. El aire se llenó repentinamente de sonidos: entrechocar, tintinear de muchas campanillas, música, voces. Turjan frunció el ceño, apretó los labios: ¡un extraño tumulto para el austero hogar de Pandelume!

Una voz de mujer sonó cerca de él.

- ¡Mira, oh Santanil, mira al hombre-búho que cierra los ojos a la alegría!

Hubo una risa de hombre, repentinamente ahogada.

- Ven. El individuo es hosco y posiblemente violento. Ven.

Turjan dudó, luego abrió los ojos. Era de noche en Kaiin la de las paredes blancas, y época de festival. Linternas naranja flotaban en el aire, moviéndose a impulsos de la brisa. De los balcones colgaban guirnaldas de flores y jaulas con luciérnagas azules. Las calles estaban llenas de gente ahíta de vino, vestida de una multitud de formas distintas. Aquí había un barquero de Melantine, ahí un guerrero de la Legión Verde de Valdaran, allí otros de épocas antiguas llevando uno de los viejos cascos. En un pequeño espacio despejado un engalanado cortesano del litoral de Kauchique bailaba la Danza de los Catorce Movimientos Sedosos a la música de flautas. En las sombras de un balcón, una muchacha bárbara de Almery Oriental abrazaba a un hombre oscuro y con atuendo de cuero como un deodand del bosque. Era alegre aquella gente de la Tierra menguante, febrilmente alegre, porque la noche infinita estaba al alcance de la mano, cuando el sol rojo diera su último parpadeo y se volviera negro.

Turjan se mezcló con la multitud. Se refrescó en una taberna con vino y bizcochos; luego se dirigió hacia el palacio de Kandive el Dorado.

El palacio se erguía majestuoso ante él, con todas sus ventanas y balcones resplandecientes de luz. Los señores de la ciudad festejaban y gozaban. Si el príncipe Kandive estaba enrojecido por la bebida y descuidado, reflexionó Turjan, la tarea no iba a ser demasiado dificil. De todos modos, si entraba a cara descubierta sería reconocido, porque era conocido por mucha gente en Kaiin. Así pues, recurriendo al Manto de Furtividad de Phandaal, se esfumó de la vista de todos los hombres.

Se deslizó cruzando la arcada, al salón del jardín, donde los señores de Kaiin se divertían como las multitudes de la calle. Turjan pasó por entre el arcoiris de sedas, terciopelos, satenes, mientras observaba divertido las distracciones de los demás. En una terraza, algunos contemplaban de pie una piscina honda donde un par de deodans cautivos, con sus pieles reluciendo como aceitadas, chapoteaban y les miraban con ojos refulgentes; otros arrojaban dardos al cuerpo con las alas extendidas de una joven bruja de la montaña Cobalto. En una serie de alcobas, jóvenes en flor ofrecían amor sintético a jadeantes viejos, y por todas partes yacían

otros y otras atontados por los polvos del sueño. Turjan no encontró por ningún lado al príncipe Kandive. Vagó por todo el palacio, sala tras sala, hasta que finalmente, en una habitación superior, tropezó con el alto príncipe de dorada barba, reclinado en un diván con una muchachita enmascarada de ojos verdes y largo cabello teñido de verde pálido.

Alguna intuición, o quizás un conjuro, advirtió a Kandive cuando Turjan se dslizó por entre los cortinajes púrpura. Kandive saltó en pie.

- ¡Vete! -ordenó a la muchacha-. ¡Fuera de la habitación, rápido! ¡La maldad se mueve por algún lugar cerca de aquí, y debo destruirla con mi magia!

La muchachita salió corriendo de la habitación. La mano de Kandive acudió a su garganta y tiró del oculto amuleto. Pero Turjan escudó su mirada con la mano.

Kandive lanzó un poderoso conjuro que liberó el espacio de todo bucle. De modo que el encantamiento de Turjan quedó vacio, y se hizo visible.

- ¡Turjan de Mur merodeando por mi palacio! -se burló Kandive.

- Con la muerte pronta en mis labios -dijo Turjan-. Vuélvete de espaldas, Kandive, o pronunciaré un conjuro y te atravesaré con mi espada.

Kandive hizo como si obedeciera, pero en vez de ello gritó las sílabas que conjuraban a la Omnipotente Esfera en torno a él.

- Ahora llamaré a mis guardias, Turjan -anunció Kandive despectivamente-, y serás arrojado a los deodans en el tanque.

Kandive desconocía la banda grabada que Turjan llevaba en su muñeca, una de las runas más poderosas, que mantenía un campo disolvente de toda magia. Protegiendo aún su vista contra el amuleto, Turjan cruzó la Esfera. Los grandes ojos azules de Kandive se desorbitaron.

- Llama a los guardias -dijo Turjan-. Encontrarán tu cuerpo cebrado por lineas de fuego.

- ¡Tu cuerpo, Turjan! -exclamó el príncipe, balbuceando el conjuro. Instantáneamente los resplandecientes haces del Excelente Spray Prismático chasquearon desde todas direcciones hacia Turjan. Kandive observó la furiosa lluvia con una sonrisa lobuna, pero su expresión cambió rápida a consternación. A un dedo de la piel de Turjan, los dardos de fuego se disolvieron en un millar de nubecillas de humo.

- Vuélvete de espaldas, Kandive -ordenó Turjan-. Tu magia es inútil conta la Runa de Laccodel. -Pero Kandive dio un paso hacia un muelle en la pared.

- ¡Alto! -exclamó Turjan-. ¡Un paso más, y el Spray te rebanará un millar de veces!

Kandive se detuvo en seco. Con una rabia impotente, se volvió de espaldas a Turjan que, avanzando rápidamente, tendió la mano por encima del cuello de Kandive, aferró el amuleto y lo soltó. Pareció reptar en su mano, y a través de los dedos destelló un atisbo de azul. Un ofuscamiento sacudió su cerebro, y por un instante oyó el murmullo de ávidas voces... Su visión se aclaró. Retrocedió alejándose de Kandive, mientras se metía el amuleto en el bolsillo. Kandive preguntó:

- ¿Puedo volverme ahora?

- Cuando tú quieras -respondió Turjan, apretando su mano contra el bolsillo. Kandive, viendo a Turjan ocupado, avanzó negligentemente hasta la pared y apoyó su mano sobre el muelle.

- Turjan, estás perdido. Antes de que puedas pronunciar una sílaba, abriré el suelo y caerás a una enorme y oscura distancia. ¿ Pueden hacer algo tus conjuros contra eso?

Turjan se detuvo a medio movimiento, clavó sus ojos en el rostro rojo y dorado de Kandive. Luego bajó mansamente la vista.

- Ah, Kandive -se lamentó-. Has sido más listo que yo. Si te devuelvo el amuleto, ¿podré irme libre?

- Arroja el amuleto a mis pies -dijo Kandive, radiante-. Y también la Runa de Laccodel. Luego decidiré qué perdón te concedo.

- ¿También la Runa? -preguntó Turjan, forzando una nota de lamento en su voz.

- O tu vida.

Turjan rebuscó en su bolsillo y aferró el cristal que le había dado Pandelume. Lo sacó y lo mantuvo sujeto contra el pomo de su espada.

- Hey, Kandive -dijo-. He descubierto tu truco. Simplemente quieres asustarme para que me rinda. ¡Te desafío!

Kandive se alzó de hombros.

- Muere, entonces. -Apretó el muelle. El suelo se abrió de par en par, y Turjan desapareció en el abismo. Pero cuando Kandive bajó corriendo para recuperar el cuerpo de Turjan no encontró el menor rastro, y pasó el resto de la noche presa de un ataque, rumiando con vino su fracaso.

Turjan se halló en la habitación circular de la casa de Pandelume. Las multicoloreadas luces de Embelyon lanzaban sus rayos a través de las ventanitas abiertas al cielo por encima de su hombro..., azul zafiro, amarillo caléndula, rojo sangre. La casa estaba en silencio. Turjan se apartó de la runa del suelo, mirando intranquilo hacia la puerta, temeroso de que Pandelume, ignorante de su presencia, entrase en la habitación.

- ¡Pandelume! -llamó-. ¡He regresado!

No hubo respuesta. Una profunda quietud gravitaba sobre la casa. Turjan deseó hallarse al aire libre, donde el olor a magia fuera menos intenso. Miró a las puertas: una de ellas conducía a] vestíbulo de entrada, la otra no sabía dónde. La puerta de la derecha debía conducir fuera; apoyó la mano en la manija para abrirla. Pero se detuvo. Supongamos que estuviera equivocado, y que la forma de Pandelume se le revelara. ¿No era más juicioso aguardar allí?

Se le ocurrió una solución. Vuelto de espaldas a la puerta, la abrió de par en par.

- ¡Pandelume! -llamó.

Un sonido suave e intermitente le llegó desde atrás a sus oídos, y creyó escuchar una respiración afanosa. Repentinamente asustado, Turjan regresó a la habitación circular y cerró la puerta.

Se resignó a la paciencia y se sentó en el suelo.

Le llegó un grito jadeante de la habitación contigua. Turjan saltó en pie.

- ¿Turjan? ¿Estás ahí?

- Sí; he regresado con el amuleto.

- Hazlo rápidamente -jadeó la voz-. Protegiendo tu mirada, tiende el amuleto por encima de su cuello y entra.

Turjan, acicateado por la urgencia de la voz, cerró los ojos y se colocó el amuleto colgado de su pecho. Tanteó en busca de la puerta y la abrió.

Un silencio de una impresionante intensidad lo envolvió por un instante; luego le llegó un chillido consternador, tan salvaje y demoniaco que el cerebro de Turjan resonó en consonancia. Poderosas alas agitaron el aire, hubo un silbido y el arañar de metal. Luego, en medio de un apagado rugir, un viento helado mordió el rostro de Turjan. Otro silbido... y todo quedó de nuevo en silencio.

- Mi gratitud es tuya -dijo la calmada voz de Pandelume-. Pocas veces he experimentado una tensión tan grande, y sin tu ayuda es posible que no hubiera podido rechazar esa criatura infernal.

Una mano alzó el amuleto del cuello de Turjan. Tras un momento de silencio, la voz de Pandelume sonó de nuevo, esta vez como desde una gran distancia.

- Puedes abrir los ojos.

Turjan lo hizo. Estaba en la sala de trabajo de Pandelume; entre muchas otras cosas, vio tanques como los suyos.

- No te daré las gracias -dijo Pandelume-. Pero a fin de mantener la adecuada simetría, devolveré servicio por servicio. No solamente guiaré tus manos mientras trabajas entre los tanques, sino que también te enseñaré otros asuntos de valor.

De esta forma pasó a ser Turjan aprendiz de Pandelume. Durante el día, y hasta muy parte por las opalescentes noches de Embelyon, trabajó bajo la invisible tutela de Pandelume. Aprendió el secreto de la renovada juventud, muchos conjuros de los antiguos, y una extraña ciencia abstracta de Pandelume denominaba «matemáticas».

- En este instrumento -dijo Pandelume- reside el universo. Aunque pasivo en sí mismo y sin ninguna relación con la magia, elucida todos los problemas, cada fase de la existencia, todos los secretos del tiempo y del espacio. Tus conjuros y runas han sido edificados sobre este poder y codificados de acuerdo con un gran mosaico subyacente de la magia. El diseño de este mosaico es algo que no podemos conjeturar; nuestro conocimiento es didáctico, empírico, arbitrario. Phandaal tuvo un atisbo del esquema y así fue capaz de formular muchos de los conjuros que llevan su nombre. Durante eras me he dedicado a la tarea de intentar romper el cristal opaco, pero hasta el presente mis investigaciones han fracasado. Quien descubra el esquema conocerá toda la magia y será un hombre poderoso más allá de toda comprensión.

Así, Turjan se aplicó al estudio y aprendió muchas de las más simples rutinas.

- Descubro en ello una maravillosa belleza -le dijo a Pandelume-. No es ciencia, es arte, cuando las ecuaciones desaparecen para dejar paso a los elementos como acordes separadores, y cuando ves que siempre prevalece una simetría o bien explícita o múltiple, pero siempre de una serenidad cristalina.

Pese a esos otros estudios, Turjan pasó la mayor parte de su tiempo en los tanques, y bajo la guía de Pandelume consiguió alcanzar la maestría que buscaba. Como recreación formó a una muchacha de diseño exótico, a la que llamó Floriel. El cabello de la muchachita que había encontado con Kandive la noche del festival había quedado como una fijación en su mente, y dotó a su criatura de un pelo verde pálido. Tenía una piel de un color tostado cremoso y grandes ojos esmeralda. Turjan se sintió intoxicado de deleite cuando la sacó, mojada y perfecta, del tanque. Aprendió rápidamente, y muy pronto supo cómo hablar con Turjan. Se reveló de talante soñador y pensativo, preocupada por pocas cosas excepto vagabundear entre las flores de la pradera o permanecer sentada, silenciosa, junto al río; sin embargo, era una criatura agradable, y sus modales gentiles divertían a Turjan.

Pero un día T'sais, la del cabello negro, llegó cabalgando en su caballo, con ojos de acero, rebanando flores con su espada. La inocente Floriel paseaba por allí, y T'sais, exclamando: «¡Una mujer de ojos verdes... Tu aspecto me horroriza, y eso es la muerte para ti!», cercenó su cabeza como lo había hecho con las flores a su paso.

Turjan, al oír los cascos, salió de la sala de trabajo a tiempo para presenciar la acción de la espada. Palideció de rabia, y un conjuro de retorciente tortura ascendió hasta sus labios. Entonces T'sais le miró y le maldijo, y en el pálido rostro y los oscuros ojos vio su miseria y el espíritu que había ocasionado que la mujer desafiase su destino y se aferrase a su vida. Muchas emociones lucharon en él, pero finalmente permitió que T'sais se marchara. Enterró a Floriel junto a la orilla del río e intentó olvidarla sumiéndose en un profundo estudio.

Unos días más tarde alzó la cabeza de su trabajo.

- ¡Pandelume! ¿Estás cerca?

- ¿Qué quieres, Turjan?

- Mencionaste que cuando hiciste a T'sais, un fallo retorció su cerebro. Ahora quiero crear a una como ella, de la misma intensidad, pero sana de mente y espíritu.

- Como quieras -respondió Pandelume indiferente, y le proporcionó a Turjan el esquema.

Así pues Turjan construyó una hermana a T'sais, y día tras día observó el mismo esbelto cuerpo, los mismos orgullosos rasgos, ir tomando forma.

Cuando llegó el momento y ella se sentó en su tanque, con los ojos brillando de alegre vida, Turjan contuvo el aliento, ansioso de ayudarla a salir.

Pronto la tuvo de pie ante él, empapada y desnuda, una hermana gemela de T'sais, pero allá donde el rostro de T'sais estaba contraído por la rabia, aquí solamente mostraba paz y alegría; donde los ojos de T'sais destellaban con furia, aquí brillaban las estrellas de la imaginación.

Turjan se maravilló ante la perfección de lo que habla creado.

- Tu nombre será T'sain -dijo-, y sé que vas a formar parte de mi vida.

Abandonó todo lo demás para enseñar a T'sain, y ella aprendió con una maravillosa rapidez.

- Ahora regresaremos a la Tierra -le dijo Turjan-, a mi casa junto al gran río, en la verde región de Ascolais.

- El cielo de la Tierra, ¿también está lleno de colores? -preguntó ella.

- No -respondió él-. El cielo de la Tierra es de un insondable azul oscuro, y un sol rojo antiguo lo cruza. Cuando llega la noche aparecen las estrellas, formando dibujos que ya te enseñaré. Embelyon es hermoso, pero la Tierra es enorme, y los horizontes se extienden en el misterio hasta muy lejos. Tan pronto como Pandelume quiera, regresaremos a la Tierra.

A T'sain le encantaba nadar en el río, y a veces Turjan se reunía con ella a remojarse un poco y a echar piedrecitas al agua mientras soñaba. La había prevenido contra T'sais, y ella había prometido ser prudente.

Pero un día, mientras Turjan se dedicaba a los preparativos para la partida, ella se fue a pasear muy lejos por las praderas, atenta solamente a los colores del cielo, la majestad de los altos árboles de imprecisas copas, las cambiantes flores a sus pies; contemplaba el mundo con una maravilla propia de aquellos recién salidos de los tanques. Vagabundeó por entre las bajas colinas y cruzó un oscuro bosque, donde encontró un fresco riachuelo. Bebió y paseó por su orilla, y finalmente llegó a una pequeña casita.

La puerta estaba abierta, de modo que T'sain miró para ver quién podía vivir allí. Pero la casa estaba vacía, y los únicos muebles eran un limpio y cuidado camastro de paja, una mesa con un cesto de nueces, una estantería con unos pocos artículos de madera y peltre.

T'sain se volvió para marcharse, pero en aquel momento oyó el ominoso golpetear de unos cascos, acercándose como el destino. El caballo negro se detuvo ante ella. T'sain retrocedió en el umbral, mientras todas las advertencias de Turjan regresaban a su mente. Pero T'sais había desmontado y avanzaba, con la espada pronta. Cuando ya la alzaba para golpear, sus ojos se cruzaron, y T'sais se detuvo, estupefacta.

Era una visión capaz de excitar el cerebro: dos hermosas gemelas llevando los mismos pantalones blancos de cintura alta, con los mismos intensos ojos y pelo descuidado, los mismos cuerpos pálidos y flexibles, el rostro de una exhibiendo odio hacia cualquier átomo del universo, el de la otra una alegre exuberancia.

T'sais consiguió hablar.

- ¿Cómo es eso, bruja? Te pareces a mi, pero no eres yo. ¿O tal vez la locura me ha concedido al fin su don para filtrar mi visión del mundo?

T'sain agitó la cabeza.

- Soy T'sain. Tú eres mi gemela, T'sais, mi hermana. Por esto debo amarte y tú debes amarme a mí.

- ¿Amar? ¡Yo no amo a nada! Te mataré y así haré el mundo un poco mejor desembarazándolo de otro mal. -Alzó de nuevo su espada.

- ¡No! -gritó T'sain, angustiada-. ¿Por qué quieres hacerme daño? ¡Yo no he hecho ningún mal!

- Tu mal es simplemente existir, y me ofendes viniendo a burlarte de mi propio horrible molde.

T'sain se echó a reír.

- ¿Horrible? No. Yo soy hermosa, porque Turjan así lo dice. En consecuencia, tú también eres hermosa.

El rostro de T'sais era como el mármol.

- Te estás burlando de ml.

- Nunca. Eres muy hermosa, de veras.

T'sais dejó caer la punta de su espada contra el suelo. Su rostro se relajó pensativamente.

- ¡Hermosa! ¿Qué es la hermosura? ¿Es posible que yo sea ciega, que exista un campo que distorsione mi visión? Dime, ¿cómo ve una la belleza?

- No lo sé -dijo T'sain-. Para mí me resulta muy fácil. ¿Acaso no es hermoso el juego de los colores en el cielo?

T'sais alzó sorprendida la vista.

- ¿Esos duros resplandores? Son rabiosos o temibles, y en cualquier caso detestables.

- Mira lo délicadas que son las flores, frágiles y encantadoras.

- Son parásitos, huelen horriblemente.

T'sain se mostró desconcertada.

- No sé cómo explicar la belleza. Parece como si tú no hallaras alegría en nada. ¿No existe realmente nada que te dé satisfacción?

- Solamente la muerte y la destrucción. Así que esto tiene que ser hermoso.

T'sain frunció el ceño.

- Yo los calificaría más bien de conceptos malignos.

- ¿Lo crees realmente así?

- Estoy segura de ello.

T'sais meditó.

- ¿Cómo puedo saber como actuar? Siempre he estado segura, ¡y ahora tú me dices que obro malignamente!

T'sain se alzó de hombros.

- He vivido poco, y no soy sabia. Sin embargo, sé que todo el mundo tiene derecho a la vida. Turjan podría explicártelo más fácilmente.

- ¿Quién es Turjan? -inquirió T'sais.

- Es un hombre muy bueno -respondió T'sain-, y lo quiero mucho. Pronto iremos a la Tierra, donde el cielo es enorme y profundo y de un color azul intenso.

- La Tierra... Si yo fuera a la Tierra, ¿podría encontrar también la belleza y el amor?

- Es posible, porque posees un cerebro que puede comprender la belleza, y una belleza propia con la que atraer el amor.

- Entonces no mataré más, independientemente de las perversidades que vea. Le pediré a Pandelume que me envíe a la Tierra.

T'sain avanzó un paso, rodeó con sus brazos a T'sais y la besó.

- Eres mi hermana y te amo.

El rostro de T'sais se heló. Rasga, clava, muerde, decía su cerebro, pero algo más profundo brotaba a través del flujo de su sangre, desde cada célula de su cuerpo, para inundarla en una repentina oleada de placer. Sonrió.

- Entonces..., yo también te quiero, hermana. No mataré más, y encontraré y descubriré la belleza en la Tierra o moriré.

T'sais montó en su caballo y partió hacia la Tierra, en busca de amor y belleza.

T'sain permaneció inmóvil en el umbral, observando a su hermana cabalgar entre los colores y desaparecer. Le llegó un grito a sus espaldas, y Turjan apareció.

- ¡T'sain! ¿Te ha hecho algún daño esa loca bruja? -No esperó una respuesta-. ¡Ya basta! La mataré con un conjuro, a fin de que no pueda producir más dolor.

Se volvió para pronunciar un terrible conjuro de fuego, pero T'sain apoyó una mano en su boca.

- No, Turjan; no debes hacerlo. Ha prometido no matar más. Va a la Tierra en busca de lo que puede que no encuentre en Embelyon.

De modo que Turjan y T'sain contemplaron a T'sais desaparecer al otro lado de la pradera multicolor.

- Turjan -dijo T'sain.

- ¿Cuál es tu deseo?

- Cuando vayamos a la Tierra, ¿me conseguirás un caballo negro como el de T'sais?

- Por supuesto -dijo Turjan, riendo, mientras emprendían el camino de regreso a la casa de Pandelume.

II

MAZIRIAN EL MAGO

Profundamente sumido en sus meditaciones, Mazirian el Mago caminaba por su jardín. Árboles cargados de embriagadores frutos colgaban sobre su camino, y las flores se inclinaban obsequiosamente a su paso. A un par de centímetros por encima del suelo, mates como ágatas, los ojos de las mandrágoras seguían el rastro de sus pies calzados de negro. Así era el jardín de Mazirian..., tres terrazas repletas con extraña y maravillosa vegetación. Algunas plantas se abrían con cambiantes iridiscencias; otras mostraban florescencias pulsantes como anémonas de mar, púrpura, verde, lila, rosa, amarillo. Aquí crecían árboles como plumosos parasoles, allí árboles con troncos transparentes estriados con venas rojas y amarillas, árboles con follaje como hojas de metal, cada hoja de un metal distinto..., cobre, plata, tantalio azul, bronce, verde iridio. Aquí florescencias como burbujas brotaban delicadamente de glaseadas hojas verdes hacia el cielo, allí un matorral esgrimía un millar de flores de forma aflautada cada una de las cuales silbaba suavemente creando música de la antigua Tierra, de la luz del sol rojo rubí, del agua empapando la negra tierra, de los lánguidos vientos. Y más allá del seto de roqual los árboles del bosque formaban una alta pared de misterio. En aquella hora evanescente de la vida de la Tierra, ningún hombre podía considerarse un familiar de las hoyas, los barrancos, las cañadas y los valles, los umbríos claros, los pabellones en ruinas, los jardines bañados por el sol, las hondonadas y los altos, los diversos riachuelos, arroyos, estanques, praderas, bosquecillos, malezas y salientes rocosos.

Mazirian recorría su jardín con el ceño pensativamente fruncido. Su paso era lento y sus manos estaban cruzadas a su espalda. Alguien había traído hasta él el desconcierto, la duda y un gran deseo: una deliciosa criatura femenina que vivía en los bosques. Había llegado a su jardín medio riendo y siempre cautelosa, cabalgando un caballo negro con ojos como cristales dorados. Muchas veces había intentado Mazirian atraparla; siempre su caballo la había llevado lejos de sus diversas añagazas, amenazas y subterfugios.

Un grito agónico sacudió el jardín. Mazirian, apresurando el paso, halló a un topo masticando el tallo de una planta-animal híbrida. Mató al merodeador, y los gritos disminuyeron a un suave jadeo. Mazirian acarició una velluda hoja, y la roja boca siseó placenteramente.

Luego: «K-k-k-k-k-k-k», dijo la planta. Mazirian se inclinó y llevó el roedor a la roja boca. La boca chupó, el pequeño cuerpo se deslizó hacia el estómago-vejiga subterráneo. La planta gorgoteó, eructó, y Mazirian la miró con satisfacción.

El sol estaba bajo en el cielo, tan impreciso y rojo que podían verse las estrellas. Y entonces Mazirian sintió una presencia que le estaba observando. Podía tratarse de la mujer del bosque, porque así había sido las otras veces. Se detuvo a medio paso, buscando la dirección de la mirada.

Gritó un conjuro de inmovilización. Tras él, la planta-animal quedó rígida, y una enorme polilla verde cayó arrastrada por el aire al suelo. Giró en redondo. Allí estaba, en el límite del bosque, más cerca de lo que nunca hasta entonces se había aproximado. No se movió mientras él avanzaba. Los viejos-jóvenes ojos de Mazirian brillaron. La llevaría a su casa y la mantendría en una prisión de cristal verde. Probaria su cerebro con fuego, con frío, con dolor y con alegría. Ella le serviría vino y haría los dieciocho movimientos de la tentación junto a la amarilla luz de la lámpara. Quizá estuviera espiándole; si era así, el Mago debía descubrirlo inmediatamente, porque no podía llamar amigo a ningún hombre y siempre tenía que estar guardando su jardín.

Ella estaba apenas a veinte pasos de distancia... Entonces hubo un sordo golpear de negros cascos contra el suelo, y ella hizo dar media vuelta a su montura y huyó por el bosque.

El Mago agitó rabioso su capa. Ella tenía una salvaguarda -un contraconjuro, una runa de protección-, y siempre acudía cuando él no estaba preparado para seguirla. Escrutó la sombría profundidad, atisbó la palidez de su cuerpo cruzando un rayo de luz rojiza; luego, una sombra negra, y había desaparecido... ¿Era una bruja? ¿Acudía por voluntad propia o -lo más probable-

la había enviado un enemigo para llenarle de inquietud? Si era así, ¿quién la guiaba? Estaba el príncipe Kandive el Dorado, o Kaiin, al que Mazirian había arrebatado su secreto de renovada juventud. Estaba Azvan el Astrónomo, estaba Turjan... No, era difícil que fuese Turjan..., y aquí el rostro de Mazirian se iluminó con agradables recuerdos. Echó el pensamiento a un lado. Podía probar con Azvan, al menos. Regresó sobre sus pasos a su sala de trabajo, se dirigió a una mesa donde descansaba un cubo de claro cristal, brillando con una aureola roja y azul. Extrajo de un armarito un gong de bronce y un martillo de plata. Golpeó el gong, y un sonido suave cantó por toda la habitación y fuera de ella, hasta muy lejos. Golpeó otra y otra vez. De pronto el rostro de Azvan brilló en el cristal, crispado por el dolor y un gran terror.

- ¡Cesa con eso, Mazirian! -exclamó Azvan-. ¡Deja de golpear el gong de mi vida!

Mazirian hizo una pausa, con una mano apoyada sobre el gong.

- ¿Me estás espiando, Azvan? ¿Has enviado a una mujer a recuperar el gong?

- No yo, Maestro, no yo. Te temo demasiado.

- Tienes que entregarme a la mujer, Azvan; insisto.

- ¡Imposible, Maestro! ¡No sé quién es ni dónde está!

Mazirian hizo como si fuera a golpear. Azvan lanzó un torrente tal de súplicas que Mazirian, con un gesto de disgusto, echó a un lado el martillo y volvió a guardar el gong en su lugar. El rostro de Azvan derivó lentamente, alejándose, y el fino cubo de cristal brilló tan vacio como antes.

Mazirian se frotó la barbilla. Al parecer iba a tener que capturar a la muchacha por sí mismo. Más tarde, cuando la negra noche se extendiera sobre el bosque, revisaría sus libros en busca de conjuros para protegerle a través de los impredecibles claros. Eran conjuros fuertemente corrosivos, de tal naturaleza que uno atormentaría el cerebro de un hombre ordinario y dos lo volverían loco. Mazirian, gracias a intensos ejercicios, podía abarcar cuatro de los más formidables, o seis de los conjuros menores.

Apartó momentáneamente el proyecto de su mente y se dirigió a un largo tanque bañado con una luz verde. Bajo el flujo de un liquido claro yacía el cuerpo de un hombre, fantasmal al verdoso resplandor, pero de gran belleza física. Su torso descendía desde unos amplios hombros por unos esbeltos costados hasta unas largas y fuertes piernas y unos arqueados pies; su rostro era limpio y frío, con duros rasgos planos. Un cabello rubio claro enmarcaba su cabeza.

Mazirian contempló aquella forma, cultivada a partir de una sola célula. Necesitaba sólo inteligencia, y esto no sabia cómo proporcionárselo. Turjan de Mir tenía el conocimiento, y Turjan -Mazirian miró con un hosco fruncimiento de ojos hacia una trampa en el suelo- se negaba a compartir con él su secreto.

Mazirian examinó pensativamente a la criatura en el tanque. Era un cuerpo perfecto; pero, ¿sería el cerebro ordenado y dócil? Tendría que descubrirlo. Puso en movimiento un dispositivo que extraía el liquido del tanque, y al cabo de pocos momentos el cuerpo permaneció tendido directamente bajo los rayos. Mazirian le inyectó un mínimo de droga en el cuello. El cuerpo se agitó. Los ojos se abrieron, parpadearon al resplandor. Mazirian apartó el proyector.

La criatura del tanque movió débilmente sus brazos y piernas, como si desconociera su uso. Mazirian observaba intensamente; quizá hubiera acertado con la síntesis correcta para el cerebro.

- ¡Siéntate! -ordenó el Mago.

La criatura clavó sus ojos en él, y los reflejos pasaron de músculo en músculo. Lanzó un rugido gutural y saltó del tanque a la garganta de Mazirian. Pese a la fuerza de Mazirian, lo agarró y lo sacudió como si fuera un muñeco.

A pesar de toda su magia, Mazirian se vio impotente. El conjuro mesmérico se había agotado, y no tenía ningún otro en su cerebro. En cualquier caso no hubiera podido pronunciar las palabras capaces de doblar el espacio con aquella insensata presa aferrando su garganta.

Su mano se cerró sobre el cuello de un garrafón de plomo. Lo hizo oscilar y lo estrelló contra la cabeza de su criatura, que se derrumbó al suelo.

Mazirian, no enteramente insatisfecho, estudió el reluciente cuerpo a sus pies. La coordinación espinal había funcionado bien. Mezcló en su mesa una poción blanca y, alzando la dorada cabeza, vertió el líquido en la laxa boca. La criatura se agitó, abrió los ojos, se apoyó sobre sus codos. La locura había abandonado su rostro..., pero Mazirian buscó en vano el destello de la inteligencia. Los ojos estaban tan vacíos como los de un reptil.

El mago agitó irritado la cabeza. Se dirigió a la ventana, y su meditabundo perfil se recortó en negro contra los ovalados paneles... ¿Turjan de nuevo? Bajo el más extremo interrogatorio, Turjan había mantenido su secreto.

La delgada boca de Mazirian se curvó duramente. Quizá si insertaba otro ángulo en el pasadizo...

El sol había desaparecido del cielo, y la oscuridad se estaba adueñando del jardín de Mazirian. Sus blancas flores nocturnas se abrieron y sus polillas grises cautivas aletearon de brote en brote. Mazirian abrió la trampilla en el suelo y descendió unos peldanos de piedra. Abajo, abajo, abajo... Finalmente, un pasadizo interceptado en ángulos rectos, iluminado por la amarillenta luz de lámparas eternas. A la izquierda estaban sus bateas de hongos, a la derecha un recia puerta de roble y hierro, cerrada con tres cerraduras. Abajo y al frente continuaban los peldaños de piedra, hundiéndose en la oscuridad.

Mazirian descorrió las tres cerraduras y abrió la puerta de par en par. La habitación al otro lado estaba desnuda excepto un pedestal de piedra que sostenía una caja con sobre de cristal. La caja medía un metro de lado y diez o doce centímetros de alto. Dentro de la caja -en realidad un pasadizo, una especie de pista de carreras con cuatro ángulos rectos- se movían dos pequeñas criaturas, la una persiguiendo, la otra eludiendo. El predador era un pequeño dragón con furiosos ojos rojos y una boca monstruosamente dentada. Caminaba por el pasadizo sobre seis patas extendidas, agitando la cola mientras lo hacía. La otra critura era solamente de la mitad del tamaño del dragón..., un hombre de rasgos fuertes, completamente desnudo, con una cinta de cobre sujetando su largo pelo negro. Se movía ligeramente más rápido que su perseguidor, que le daba incesante caza y utilizaba una cierta medida de astucia acelerando, retrocediendo y ocultándose en los ángulos con la esperanza de que el hombre doblara descuidadamente la esquina y se pusiera al alcance de sus garras. Manteniéndose constantemente alerta, el hombre conseguía permanecer lejos del alcance de los colmillos. El hombre era Turjan, al que Mazirian había capturado con engaños varias semanas antes, reducido de tamaño y aprisionado de aquel modo.

Mazirian observó con placer cómo el reptil saltaba sobre el momentáneamente relajado hombre, que consiguió escapar por el grosor de un cabello. Ya era hora, pensó Mazirian, de proporcionarles a ambos descanso y comida. Dejó caer paneles en el pasadizo, separándolo en dos mitades y aislando al hombre de la bestia. Proporcionó a ambos carne y una cazoleta de agua.

Turjan se dejó caer al suelo del pasadizo.

- Ah, estás cansado -dijo Mazirian-. ¿Quieres reposar?

Turjan guardó silencio, con los ojos cerrados. El tiempo y el mundo habían perdido significado para él. Las únicas realidades eran el pasadizo gris y la interminable huida. A intervalos desconocidos venían comida y unas cuantas horas de descanso.

- Piensa en el cielo azul -dijo Mazirian-, las blancas estrellas, tu castillo Mir de junto al río Derna; piensa en caminar libre por los prados.

Los músculos de la boca de Turjan se tensaron.

- Considera que puedes aplastar al pequeño dragón con uno de tus talones.

Turjan alzó la vista.

- Preferiría aplastar tu cuello, Mazirian.

Mazirian no se inmutó.

- Dime, ¿cómo dotas a las criaturas de tus tanques con inteligencia? Habla, y serás libre.

Turjan se echó a reír, y había locura en su risa.

- ¿Decírtelo? ¿Y luego? Me matarías con aceite hirviendo en un momento.

La delgada boca de Mazirian se frunció malhumoradamente.

- Hombre testarudo, sé cómo hacerte hablar. ¡Hablarías, aunque tu boca estuviera llena de estopa y cerrada con cera! Mañana tomaré un nervio de tu brazo y frotaré una tela áspera a todo su largo.

El pequeño Turjan, sentado con las piernas cruzando el pasadizo, bebió su agua y no dijo nada.

- Esta noche -dijo Mazirian con estudiada malevolencia-, añadiré un ángulo y cambiaré tu pista a un pentágono.

Turjan hizo una pausa y alzó la vista a través de la cubierta de cristal hacia su enemigo. Luego bebió lentamente su agua. Con cinco ángulos tendría menos tiempo para eludir la carga del monstruo, menos terreno a la vista en cada ángulo.

- Mañana -dijo Mazirian- vas a necesitar de toda tu agilidad. -Pero se le ocurrió otra cosa. Miró especulativamente a Turjan-. Sin embargo, incluso esto te ahorraré si me ayudas en otro problema.

- ¿Cuál es tu dificultad, febril Mago?

- La imagen de una criatura femenina atormenta mi cerebro, y quisiera capturarla. -Los ojos de Mazirian se volvieron brumosos ante el pensamiento-. Viene a última hora de la tarde hasta el borde de mi jardín cabalgando un gran caballo negro... ¿La conoces, Turjan?

- Yo no, Mazirian. -Turjan bebió su agua.

- Posee la suficiente magia como para bloquear el Segundo Conjuro Hipnótico de Felojun..., o quizá posea alguna runa protectora. Cuando me acerco, huye al bosque.

- ¿De veras? -murmuró Turjan, mordisqueando la carne que Mazirian le había proporcionado.

- ¿Quién puede ser esta mujer? -preguntó Mazirian, acercando su larga nariz al diminuto cautivo.

- ¿Cómo puedo saberlo?

- Debo capturarla -djo Mazirian, abstraído-. ¿Qué conjuro, qué conjuro?

Turjan alzó la vista, aunque sólo podía ver al Mago indistintamente a través de la tapa de cristal.

- Suéltame, Mazirian, y por mi palabra como Jerarca Elegido del Maram-Or te entregaré a esa chica.

- ¿Y cómo lo harás? -quiso saber el suspicaz Mazirian.

- La perseguiré dentro del bosque con mis mejores Botas Vivas y un puñado de conjuros.

- No conseguirás más que yo -replicó el Mago-. Te concederé la libertad cuando conozca la síntesis de las cosas de tus tanques. Yo mismo perseguiré a la mujer.

Turjan bajó la cabeza para que el Mago no pudiera leer en sus ojos.

- ¿Y en cuanto a mí, Mazirian? -inquirió al cabo de un momento.

- Trataré contigo cuando regrese.

- ¿Y si no regresas?

Mazirian se acarició la barbilla y sonrió, revelando unos dientes finos y blancos.

- El dragón podría devorarte en este mismo momento, si no fuera por tu maldito secreto.

El Mago subió las escaleras. La medianoche lo halló en su estudio, rebuscando entre tomos encuadernados en pergamino y sucios portafolios... Hubo un tiempo en que eran conocidos un millar o más de runas, conjuros, encantamientos, maldiciones y brujerías. La zona del Gran Motholam, Ascolais, el Ide de Kauchique, Almery al sur, la región del Muro Desmoronado al este hormigueaba con brujos de todo tipo, entre los que el jefe era el archinigromante Phandaal. Phandaal había formulado personalmente un centenar de conjuros..., aunque los rumores decían que los demonios susurraban en sus oídos cuando creaba magia. Potencilla el Piadoso, el gobernador del Gran Motholam, sometió a Phandaal al tormento, y tras una terrible noche mató a Phandaal y decretó fuera de la ley toda magia en su territorio. Los magos del Gran Motholam huyeron como escarabajos bajo una potente luz; la ciencia se vio dispersa y olvidada, hasta que ahora, en esta época crepuscular, con el sol oscureciéndose y la selva invadiendo Ascolais y la blanca ciudad de Kaiin medio en ruinas, solamente quedaban un poco más de cien conjuros retenidos en el conocimiento de los hombres. De ésos, Mazirian tenía acceso a setenta y tres, y gradualmente, mediante estratagemas o negociaciones, iba adquiriendo los otros.

Mazirian hizo una selección de sus libros y, con gran esfuerzo, forzó cinco conjuros en su cerebro: el Girador de Phandaal, el Segundo Conjuro Hipnótico de Felojun, el Excelente Spray Prismático, el Encantamiento del Alimento Constante, y el Conjuro de la Esfera Omnipotente. Realizado esto, Mazirian bebió un poco de vino y se retiró a su camastro.

Al día siguiente, cuando el sol colgaba ya bajo, Mazirian salió a pasear por su jardín. Tuvo que esperar poco tiempo. Mientras esponjaba la tierra junto a las raíces de sus geranios lunares, un suave rumor y un ruido de cascos le indicaron que el objeto de su deseo había aparecido.

Era la joven de exquisita figura de siempre, sentada erguida en su silla. Mazirian se inclinó lentamente, cuidando de no sobresaltarla, introdujo sus pies en las Botas Vivas y se las ató por encima de la rodilla.

Se puso en pie.

- Hola, muchacha -exclamó-. Has venido de nuevo. ¿Por qué acudes aquí cada atardecer? ¿Admiras las rosas? Son de un color rojo vivo porque la roja sangre de la vida circula por sus pétalos. Si no huyes, te obsequiaré con una.

Mazirian arrancó una rosa del estremeciente arbusto y avanzó hacia ella, luchando contra la urgencia de las Botas Vivas. Apenas había dado cuatro pasos cuando la mujer clavó sus rodillaas en los flancos de su montura y se sumergió entre los árboles.

Mazirian dio plena libertad a la vida de sus botas. Dieron un gran salto, y otro, y otro, y se halló de lleno en la caza.

Así entró Mazirian en el bosque de fábula. Por todos lados los musgosos troncos se retorcían hacia arriba para sostener su alta panoplia de hojas. A intervalos, lanzas de luz penetraban por entre ellas para depositar manchas carmín en la turba. En la sombra, flores de largos tallos y frágiles hongos brotaban del humus; en aquella hora menguante de la Tierra la naturaleza era suave y relajada.

Mazirian, con sus Botas de Vida, saltaba a gran velocidad por entre el bosque, pero el caballo negro, galopando sin freno, se mantenía fácilmente en cabeza.

La mujer cabalgó durante varias leguas, con su pelo flotando tras ella como un estandarte. Miró hacia atrás, y Mazirian vio aquel rostro vuelto sobre su hombro como un rostro en un sueño.

Luego ella se inclinó hacia delante; el caballo de ojos dorados siguió cabalgando a gran velocidad, y muy pronto se perdió de vista. Mazirian siguió su rastro en el suelo.

Las fuerzas empezaron a abandonar a las Botas de Vida, porque habían ido hasta lejos y a mucha velocidad. Los monstruosos saltos empezaron a hacerse más cortos y pesados, pero las zancadas de las patas del caballo que mostraban las huellas en el suelo eran también más cortas y lentas. Finalmente Mazirian penetró en una pradera y vio al caballo, sin jinete, mordisqueando la hierba. Se detuvo en seco. Toda la extensión de tierna hierba se ofrecía ante sus ojos. El rastro del caballo que conducía hasta el claro era nítido, pero no había ninguna huella de salida. En consecuencia, la mujer había desmontado en algún lugar más atrás... cuán atrás era imposible saberlo. Caminó hacia el caballo, pero el animal relinchó y corrió hacia los árboles. Mazirian hizo un esfuerzo por seguirlo, y descubrió que sus Botas colgaban lacias y fláccidas en torno a sus pies..., muertas.

Se las quitó furioso, maldiciendo el día y su mala fortuna. Agitando la capa a sus espaldas, con una ominosa tensión reflejada en su rostro, echó a andar de vuelta por el sendero.

En aquella parte del bosque eran frecuentes los afloramientos de rocas negras y verdes, basaltos y serpentinas..., heraldos de los riscos que dominaban el río Derna. En una de aquellas rocas Mazirian vio a un hombrecillo diminuto montado sobre una libélula. Tenía la piel de un tinte verdoso; llevaba un guardapolvo diáfano y una lanza dos veces más larga que él.

Mazirian se detuvo. El hombre-twk lo miró impasible.

- ¿Has visto a una mujer de mi raza pasar junto a ti, hombre-twk?

- He visto a esa mujer -respondió el hombre-twk tras un instante de deliberación.

- ¿Dónde puedo encontrarla?

- ¿Qué puedo esperar por la información?

- Sal... tanta como puedas cargar.

El hombre-twk hizo un floreo con su lanza.

- ¿Sal? No. Liane el Caminante le proporciona al cacique Dandanflores sal para toda la tribu.

Mazirian pudo imaginar los servicios por los cuales el bandido-trovador pagaba la sal. Los hombres-twk, volando rápido con sus libélulas, veían todo lo que ocurría en el bosque.

- ¿Un frasco de aceite de mis flores telanxis?

- Bueno -dijo el hombre-twk-. Muéstrame el frasco.

Mazirian lo hizo.

- Abandonó el sendero en el roble derribado por un rayo que yace tendido un poco más adelante de ti. Se dirigió directamente hacia el valle del río, el camino más corto al lago.

Mazirian depositó el frasco junto a la libélula y echó a andar hacia el roble. El hombre-twk lo observó marcharse, luego desmontó y ató el frasco a la parte inferior de la luciérnaga, junto a la madeja de fino hilo que la mujer le había dado para que dirigiera a Mazirian.

El Mago llegó al roble y pronto descubrió el rastro sobre el lecho de hojas. Un largo claro se abría ante él, descendiendo suavemente hasta el río. Los árboles se alzaban imponentes a ambos lados, y los largos rayos del sol poniente se inclinaban hacia un lado, tiñéndolo de rojo sangre y dejando el otro profundamente sumido en las sombras. Tan profundas eran las sombras que Mazirian no vio al ser sentado sobre un árbol caído; captó su presencia tan sólo cuando se preparaba a saltar sobre su espalda.

Mazirian se dio rápidamente la vuelta para enfrentarse a su atacante, que retrocedió inmediatamente y adoptó de nuevo su posición sentada. Era un deodand, de forma y rasgos

parecidos a los de un hombre agraciado, delicamente musculoso, pero con la piel de un lustre negro mate y unos grandes ojos rasgados.

- Ah, Mazirian, merodeas por los bosques muy lejos de tu casa. -La suave voz del negro ser resonó por todo el claro.

Mazirian sabía que el deodand deseaba su cuerpo por la carne. ¿Cómo había conseguido escapar la muchacha? Su rastro pasaba directamente por allí.

- Estoy buscando, deodand. Contesta a mis preguntas, y te alimentaré con mucha carne.

Los ojos del deodand destellaron, aleteando sobre el cuerpo de Mazirian.

- Puedes hacerlo en cualquier caso, Mazirian. ¿Llevas contigo poderosos conjuros hoy?

- Los llevo. Dime, ¿cuánto tiempo hace desde que pasó la muchacha? ¿Lo hizo rápido, lento, sola o en compañía? Responde, y de daré tanta carne como desees.

Los labios del deodand se curvaron burlonamente.

- ¡Ciego Mago! Ella no ha abandonado el claro. -Señaló, y Mazirian siguió la dirección del negro brazo. Pero saltó hacia atrás en el momento en que el deodand se lanzaba contra él. De su boca brotó el Encantamiento Giratorio de Phandaal. El deodand fue arrancado del suelo y llevado muy alto en el aire, donde quedó colgado, girando sobre sí mismo, subiendo y bajando, más aprisa y más lento, hasta la cima de los árboles, hasta casi el mismo suelo. Tras unos instantes bajó de nuevo al deodand e hizo que se detuvieran sus rotaciones.

- ¿Quieres morir rápido o lentamente? -preguntó Mazirian-. Ayúdame y te mataré de inmediato. De otro modo te llevaré muy alto, allá donde vuela el pelgrane.

La furia y el miedo atragantaron al deodand.

- ¡Que el oscuro Thial atraviese tus ojos! ¡Que Kraan bañe tu cerebro aún vivo en ácido! -Y añadió tales maldiciones que Mazirian se sintió obligado a murmurar contra maldiciones.

- Está bien, arriba entonces -dijo finalmente Mazirian, con un gesto de su mano. En negro cuerpo partió disparado hasta más arriba de la copa de los árboles, para quedar girando lentamente a la luz carmesí del sol poniente. Apenas un momento más tarde una forma moteada parecida a un murciélago con un curvado pico planeó acercándosele, y de un picotazo hizo un profundo desgarrón en la negra pierna antes de que el aullante deodand pudiera alejarla pateando. Otra y otra forma parecidas aletearon acercándose contra el sol.

- ¡Bájame, Mazirian! -llegó la débil llamada-. Te diré todo lo que sé.

Mazirian lo devolvió al suelo.

- Pasó sola antes de que tú llegases. Quise atacarla, pero me repelió con un puñado de polvo de thile. Fue hasta el extremo del claro y tomó el sendero del río. Este sendero pasa también junto a la guarida de Thrang. Así que está perdida, porque éste se saciará con ella hasta que muera.

Mazirian se frotó la mandíbula.

- ¿Llevaba con ella conjuros?

- No lo sé. Pero necesitará una fuerte magia para escapar al demonio Thrang.

- ¿Tienes algo más que decirme?

- No.

- Entonces puedes morir. -Y Mazirian hizo que la criatura girara a mayor y mayor velocidad, cada vez más rápido hasta que solamente fue una mancha imprecisa. Se oyó un gemido estrangulado, y finalmente el cuerpo del deodand se desmembró. La cabeza salió disparada como una bala claro abajo; brazos, piernas, vísceras, partieron en todas direcciones.

Mazirian siguió su camino. Al final del claro el sendero descendía en una empinada cuesta cruzando una veta de serpentina verde oscuro hasta el río Derna. El sol se había puesto, y las sombras estaban llenando el valle. Mazirian alcanzó la orilla del río y avanzó siguiendo la corriente hacia un lejano reflejo conocido como Sanra Water, el Lago de los Sueños.

Un horrible olor llenó el aire, un hedor a putrescencia y suciedad. Mazirian siguió avanzando más cautelosamente, porque la guarida de Thrang el oso devoracadáveres estaba cerca, y en el aire flotaba una sensación de magia... una fuerte y brutal brujería que sus conjuros, mucho más sutiles, no podían contener.

Le llegó el sonido de voces, los tonos guturales de Thrang junto con jadeantes gritos de terror. Mazirian dio la vuelta a un estribo rocoso e inspeccionó el origen de los sonidos.

La guarida de Thrang era un nicho en la roca, donde un fétido montón de hierba y pieles le servía de camastro. Había construido un tosco corral para mantener encerradas a tres mujeres, que mostraban multitud de arañazos en sus cuerpos y los efectos de mucho horror en sus rostros. Thrang las había tomado de la tribu que vivía en barcazas a lo largo de la orilla del lago. Ahora estaban mirando mientras el monstruo forcejeaba para dominar a la mujer que acababa de capturar. Su redondo rostro humano, de color gris, estaba contorsionado mientras intentaba desgarrar las ropas de la mujer con sus manos humanas. Pero ella conseguía mantenerse lejos del gran cuerpo sudoroso con una sorprendente destreza. Mazirian entrecerró los ojos. ¡Magia, magia!

De modo que se mantuvo inmóvil, observando, meditando en la forma de destruir a Thrang sin causarle daño a la mujer. Pero ella lo vio por encima del hombro de Thrang.

- ¡Mira! -jadeó-. ¡Mazirian ha venido a matarte!

Thrang se volvió en redondo. Vio a Mazirian y cargó contra él a cuatro patas, lanzando rugidos de loca pasión. Mazirian se preguntó más tarde si el devoracadáveres habría lanzado alguna especie de conjuro, porque una extraña parálisis se apoderó de su cerebro. Quizá el conjuro residiera en la visión del rostro gris blanquecino de Thrang contorsionado por la rabia, de sus enormes brazos lanzados hacia delante para agarrar.

Mazirian se desprendió del conjuro, si eso era, y lanzó uno propio, y todo el valle se vio iluminado por zigzagueantes dardos de fuego; cayendo de todas direcciones para hendir el desmañado cuerpo de Thrang en un centenar de lugares. Se trataba del Excelente Spray Prismático..., cortantes líneas multicolores. Thrang estaba muerto casi al instante, con borbotones de sangre púrpura manando de incontables agujeros allá donde la lluvia radiante lo había atravesado.

Pero Mazirian le prestó poca atención. La muchacha había huido. Vio su blanca figura correr a lo lago del río hacia el lago, y reanudó la persecución, sin preocuparse de los desgarradores lamentos de las tres mujeres encerradas en el corral.

Ahora el lago se extendía ante él, una gran lámina de agua cuya otra orilla apenas era visible. Mazirian descendió hasta la arenosa orilla y se detuvo escrutando la oscura superficie de Sanra Water, el Lago de los Sueños. Una profunda noche, con apenas un asomo del ocaso en el horizonte, se había apoderado del cielo, y las estrellas empezaban a brillar en la lisa superficie. El agua era fría y quieta, sin mareas, como todas las aguas de la Tierra desde que la Luna había abandonado el cielo.

¿Dónde estaba la mujer? Allí, una pálida forma blanca, inmóvil en las sombras, al otro lado del río. Mazirian se irguió en la orilla, alto y dominante, con una ligera brisa agitando su capa en torno a sus piernas.

- Hey, muchacha -llamó-. Soy yo, Mazirian, el que te salvó de Thrang. Acércate para que pueda hablarte.

- A esta distancia te oigo perfectamente, Mago -respondió ella-. Cuanto más me acerque, más aprisa tendré que huir.

- ¿Por qué huyes? Regresa conmigo y serás la dueña de muchos secretos y tendrás mucho poder.

Ella se echó a reír.

- Si desease todo eso, Mazirian, ¿hubiera huido tan lejos?

- ¿Quién eres, pues, que no deseas los secretos de la magia?

- Para ti, Mazirian, no tengo nombre, a menos que me maldigas. Ahora me iré allá donde tú no puedas ir.

- Echó a correr hacia la orilla, se metió lentamente en el agua hasta que ésta rodeó su cintura, luego se hundió hasta desaparecer de su vista. Ya no estaba.

Mazirian dudó, indeciso. No era bueno usar tantos conjuros y desprenderse así de tanto poder. ¿Qué podía existir debajo del lago? La sensación de una tranquila magia flotaba por el lugar, y aunque él no era enemigo del Señor del Lago, otros seres podían resentirse de una violación de sus dominios. Sin embargo, cuando la figura de la muchacha no volvió a romper la superficie, pronunció el Encantamiento del Alimento Constante y entró en las frías aguas.

Se sumergió profundamente en el Lago de los Sueños, y mientras permanecía en el fondo, con los pulmones respirando normalmente gracias al encantamiento, se maravilló ante el lugar encantado al que había llegado. En vez de oscuridad, una luz verdosa resplandecía por todas partes, y el agua apenas era menos clara que el aire. Las plantas ondulaban a la corriente, y con ellas se movían las flores del lago, salpicadas de rojo, azul y amarillo. Entre ellas se movían, entrando y saliendo, bancos de peces de muchas formas y grandes ojos.

El fondo descendía en peldaños rocosos hasta una amplia llanura donde árboles subacuáticos flotaban sujetos por esbeltos tallos en elaboradas frondas de frutos acuáticos color púrpura, de forma ininterrumpida hasta que la sumergida distancia lo velaba todo. Vio a la mujer, ahora una blanca ninfa de agua, con su pelo flotando como una oscura niebla. Medio nadaba, medio corría a través del arenoso suelo del mundo acuático, mirando ocasionalmente hacia atrás por encima del hombro. Mazirian fue tras ella, con su capa agitándose detrás.

Avanzó hacia ella, exultante. Tenía que castigarla por haberlo llevado hasta tan lejos... Las antiguas escaleras de piedra debajo de su sala de trabajo conducían hasta muy profundo y finalmente se abrían a estancias que se iban haciendo más y más grandes a medida que uno bajaba más y más. Mazirian había hallado una oxidada jaula en una de esas estancias. Una semana o dos encerrada en la oscuridad doblegaría su obstinación. Y una vez había disminuido el tamaño de una mujer hasta hacerla tan pequeña como su pulgar y la había encerrado en una botella de cristal junto con dos zumbantes moscas...

Un templo blanco en ruinas se destacó entre el verdor. Había muchas columnas, algunas caídas, otras sosteniendo aún el frontón. La mujer penetró en el gran pórtico bajo la sombra del arquitrave. Quizá intentaba eludirle; tenía que seguirla de cerca. El blanco cuerpo resplandeció en el extremo más alejado de la nave, ahora nadando por encima de la tribuna y penetrando en una abertura semicircular detrás.

Mazirian la siguió tan rápido como fue capaz, medio nadando, medio caminando a través de la solemne penumbra. Miró hacia la oscuridad. Pequeñas columnas sostenían precariamente un domo del que había caído la piedra angular. Se sintió invadido por un miedo repentino, luego por una completa seguridad, cuando vio el destello de movimiento arriba. Las columnas cedieron por todos lados, y una avalancha de bloques de mármol cayó sobre su cabeza. Retrocedió frenéticamente.

La conmoción cesó, el polvo blanco del antiguo mortero fue arrastrado lejos. En la tribuna del templo principal la mujer permanecía arrodillada sobre sus esbeltas piernas, mirando hacia abajo para ver si había conseguido matar a Mazirian.

Había fallado. Dos columnas, por una afortunada casualidad, se habían derrumbado a ambos lados de él, y una losa había protegido su cuerpo de los bloques. Agitó dolorido la cabeza. A través de una grieta en el mármol caído pudo ver a la mujer, inclinada para intentar localizar su cuerpo. ¿Así que quería matarle? ¿A él, a Mazirian, que había vivido ya más años de los que podía recordar sin esforzarse? Más iba a odiarle y temerle luego. Apeló a su encantamiento, el Conjuro de la Omnipotente Esfera. Una película de fuerza se formó en torno a su cuerpo, expandiéndose y empujando a un lado todo lo que se le resistiera. Cuando las ruinas de mármol hubieron sido retiradas, destruyó la esfera, se puso en pie, y miró a su alrededor con ojos llameantes en busca de la mujer. Estaba casi fuera de su vista, tras unos matorrales de largas algas púrpura, trepando por la ladera en dirección a la orilla. Se lanzó en su persecución con todo su poder.

T'sain salió a la orilla. Todavía tenía tras ella a Mazirian el Mago, cuyo poder había vencido cada uno de sus planes. El recuerdo de su rostro pasó ante ella y se estremeció. No debía cogerla ahora.

El cansancio y la desesperación frenaron sus pies. Tenía a su disposición dos conjuros solamente, el Encantamiento del Alimento Constante y un conjuro que proporcionaba fuerza a sus brazos..., el que le había permitido mantener a raya a Thrang y derrumbar el templo encima de Mazirian. Los había agotado los dos; ahora estaba desprovista de protección; pero, por otro lado, era probable que a Mazirian tampoco le quedara nada.

Quizá ignorara la existencia de la cizaña-vampiro. Corrió ladera arriba y se detuvo detrás de una extensión de pálida hierba azotada por el viento. Y entonces Mazirian salió del lago, una magra forma visible contra el destello del agua.

Retrocedió, manteniendo la inocente mancha de hierba entre los dos. Si la hierba fallaba... Su mente se encogió ante el pensamiento de lo que debería hacer.

Mazirian caminó por encima de la hierba. Las afiladas hojas se convirtieron en vigorosos dedos. Se retorcieron en torno a sus tobillos, sujetándolo con una invencible presa, mientras otras tanteaban en busca de su piel.

Así que Mazirian apeló a su último conjuro..., el encantamiento de la parálisis, y la hierba vampira se relajó y cayó blandamente sobre el suelo. T'sain miró, sintiendo que morían todas sus esperanzas. Él avanzaba ahora rápidamente hacia ella, con su capa flotando detrás. ¿No sentía debilidad? ¿No le dolían sus fibras, no le faltaba el aliento? Dio media vuelta y huyó por la pradera, hacia un bosquecillo de negros árboles. Su piel se estremeció de frío ante las profundas sombras, los lúgubres troncos. Se sumergió en la temida oscuridad. Antes de que el bosque despertara tenía que ir tan lejos como fuera posible.

¡Snap! Una liana restalló hacia ella. Siguió corriendo. Otra y otra... Cayó. Otro gran látigo, y otro, la golpearon. Se puso en pie, tambaleante, y siguió corriendo, manteniendo los brazos por delante de su rostro. ¡Snap! Los tallos silbaban en el aire, y el último golpe le hizo dar media vuelta sobre si misma. Así vio a Mazirian.

Estaba luchando. A medida que los golpes llovían sobre él, intentaba agarrar las lianas y romperlas. Pero eran flexibles y resistentes más allá de sus poderes, y se apartaban para golpearle de nuevo. Enfurecidas por su resistencia, se concentraban en el infortunado Mago, que espumeaba y luchaba con trascendente furia, y gracias a ello a T'sain se le permitió arrastrarse hasta el lindero del bosque con vida.

Miró hacia atrás, maravillada ante la expresión del anhelo de vivir de Mazirian. Se tambaleaba en medio de una nube de látigos, su furiosa y obstinada figura apenas silueteada. Se debilitó e

intentó huir, y entonces cayó. Los golpes llovieron sobre él..., sobre su cabeza, hombros, largas piernas. Intentó volver a ponerse en pie, pero se derrumbó de nuevo.

T'sain cerró los ojos, relajada. Notó que la sangre brotaba de su carne rota. Pero la misión más vital aún quedaba por cumplir. Se puso en pie y siguió adelante, tambaleándose. Durante largo tiempo el resonar de muchos golpes siguió llegando a sus oídos.

El jardín de Mazirian era abrumadoramente hermoso por la noche. Las flores-estrella se abrían magníficamente, cada una de ellas de una perfección mágica, y las polillas cautivas semivegetales iban de un lado para otro. Los nenúfares fosforescentes flotaban como rostros encantados en el estanque, y el arbusto que Mazirian había traído de Almery, al sur, teñía el aire con un perfume afrutado.

T'sain, vacilando, jadeante, cruzó el jardín. Algunas de las flores despertaron y la miraron con curiosidad. El híbrido semianimal le zumbó adormecido, intentando reconocer los pasos de Mazirian. Se oía, muy apagada, la soñadora música de las flores de capullo azul cantando a las antiguas noches, cuando una luna blanca iluminaba el cielo y grandes tormentas y nubes y truenos regían las estaciones.

T'sain pasó sin oír nada de aquello. Entró en la casa de Mazirian, halló la sala de trabajo, donde ardían las lámparas eternas. La cosa del tanque de Mazirian se sentó bruscamente y alzó su cabeza de pelo dorado y la miró con sus hermosos ojos vacíos.

Encontró las llaves de Mazirian en el armarito, y consiguió abrir la trampilla en el suelo. Allá se dejó caer para descansar un poco, y permitió que el resplandor rosado empapara sus ojos. Empezaron a llegarle visiones... Mazirian, alto y arrogante, avanzando para matar a Thrang; las extrañamente coloreadas flores bajo el lago; Mazirian, perdida toda su magia, luchando contra las lianas... Fue sacada de su semitrance por la cosa del tanque acariciando tímidamente su cabello.

Se despertó de golpe y medio caminó, medio se dejó caer por las escaleras. Descorrió la triple cerradura de la puerta, abrió ésta de par en par casi con la última y desesperada energía de su cuerpo. Se tambaleó hasta aferrarse al pedestal donde se hallaba la caja con tapa de cristal y Turjan y el dragón se dedicaban a su desesperado juego. Arrojó el cristal a un lado, estrellándolo contra el suelo, alzó suavemente a Turjan y lo depositó en el suelo.

El conjuro fue roto por el contacto con la runa de su muñeca, y Turjan fue de nuevo un hombre. Miró estupefacto a la casi irreconocible T'sain.

Ella intentó sonreírle.

- Turjan... Estás libre...

- ¿Y Mazirian?

- Muerto. -cayó blandamente al suelo de piedra y quedó allá tendida, inmóvil. Turjan la observó con una extraña emoción en sus ojos.

- T'sain, querida criatura de mi mente -susurró-. Eres más noble tú que yo, que utilicé la única vida que conocías para mi libertad.

Alzó el cuerpo de la muchacha entre sus brazos.

- Pero te restauraré en los tanques. Con tu cerebro crearé otra T'sain, tan hermosa como tú. Vamos.

La llevó escaleras arriba.

III

T'SAIS

T'sais surgió cabalgando del bosquecillo. Detuvo el caballo en el lindero, como indecisa, y permaneció sentada en la silla contemplando la brillante pradera color pastel hasta el río... Agitó sus rodillas y el caballo siguió avanzando por el césped.

Cabalgó profundamente sumida en sus pensamientos, y sobre su cabeza el cielo se agitó y volvió a agitarse, como una enorme extensión de ventosa agua, en tremendas sombras de horizonte a horizonte. La luz que llegaba de arriba, trabajada y refractada, inundaba el paisaje con un millar de colores, y así, mientras T'sais cabalgaba, primero un rayo verde incidió sobre ella, luego otro ultramarino, y topacio, y rojo rubí, y el paisaje cambió con tonos y sutilezas semejantes.

T'sais cerró los ojos a la cambiante luz. Crispaba sus nervios, confundía su visión. El rojo resplandecía, el verde sofocaba, los azules y púrpuras apuntaban misterios más allá del conocimiento. Era como si todo el universo hubiera sido especialmente diseñado con un ojo puesto en crisparla, en provocar su furia... Una mariposa con las alas moteadas como una alfombra preciosa pasó junto a ella, y T'sais hizo un gesto para golpearla con su espada. Se contuvo con un gran esfuerzo; porque T'sais era de naturaleza apasionada y no dada a la contención. Bajó la vista hacia las flores bajo los cascos de su caballo: pálidas margaritas, campánulas. Nada deseaba más que pisotearlas hasta reducirlas a pulpa, arrancarlas de sus raíces. Le habían sugerido que el fallo no estaba en el universo, sino en ella. Tragándose su enorme enemistad hacia la mariposa y las flores y las cambiantes luces del cielo, prosiguió cruzando el prado.

Un bosquecillo de oscuros árboles se erguía ante ella, y más allá había grupos de juncos y el resplandor del agua, todo ello cambiando de matiz a medida que la luz cambiaba en el cielo. Se desvió y siguió la orilla del río hasta la larga y baja edificación.

Desmontó, caminó lentamente hasta la puerta de negra madera ahumada que ostentaba la imagen de un rostro sardónico. Tiró de la lengua del rostro y dentro sonó una campanilla.

No hubo respuesta.

- ¡Pandelume! -llamó.

Finalmente sonó una ahogada voz:

- ¡Entra!

Empujó la puerta y penetró en una habitación de techo alto, desnuda excepto un diván acolchado y un deslucido tapiz.

- ¿Cuál es tu deseo? -La voz, suave y de una infinita melancolía, procedía del otro lado de la pared.

- Pandelume, hoy he aprendido que matar es malo, y más aún, que mis ojos me traicionan, y que hay belleza allá donde yo sólo veo dura luz y formas malignas.

Por un período de tiempo Pandelume guardó silencio; luego la ahogada voz respondió a la implícita súplica de conocimiento:

- Eso es, en su mayor parte, cierto. Las criaturas vivas, si no otra cosa, tienen el derecho a la vida. Es su única posesión auténticamente preciosa, y robarles la vida es un acto perverso... En cuanto a lo otro, el fallo no está en ti. La belleza está en todas partes, libre para ser vista por todos... por todos excepto por ti. Por ello siento pesar, porque yo fui quien te creó. Yo elaboré tu célula primaria; yo moldeé las cadenas de vida con el esquema de tu cuerpo y cerebro. Y pese a mi habilidad me equivoqué, de modo que, cuando saliste del tanque, descubrí que había modelado una imperfección en tu cerebro; que veías fealdad en la belleza, maldad en la bondad. La auténtica fealdad, el auténtico mal, no los has visto nunca, porque en Embelyon no hay nada

perverso o inicuo... Si fueras tan desafortunada como para encontrar algo así, temería por tu cerebro.

- ¿No puedes cambiarme? -exclamó T'sais-. Eres un mago. ¿Debo vivir toda mi vida ciega a la alegría?

La sombra de un suspiro permeó la pared.

- Soy un mago, es cierto, que conoce todos los conjuros ideados hasta ahora, todos los artificios de runas, encantamientos, designios, exorcismos, talismanes. Soy Maestro Matemático, el primero desde Phandaal, y sin embargo no puedo hacerle nada a tu cerebro sin destruir tu inteligencia, tu personalidad, tu alma..., porque yo no soy ningún dios. Un dios puede hacer que las cosas existan con el deseo de su voluntad; yo debo confiar en la magia, los conjuros que hacen que el espacio vibre y se doblegue.

La esperanza se desvaneció de los ojos de T'sais.

- Deseo ir a la Tierra -dijo finalmente-. El cielo de la Tierra es de un firme color azul, y un sol rojo va de horizonte a horizonte. Estoy cansada de Embelyon, donde no hay más voz que la tuya.

- La Tierra -murmuró Pandelume-. Un lugar deslustrado, antiguo más allá de todo conocimiento. Hubo una época en que fue un mundo alto de nebulosas montañas y brillantes ríos, y el sol era una esfera blanca resplandeciente. Siglos de lluvias y vientos han golpeado y redondeado el granito, y el sol es débil y rojo. Los continentes se han hundido y se han alzado. Un millón de ciudades han erigido torres y las han visto caer reducidas a polvo. En lugar de los antiguos pueblos ahora viven en ella unos pocos miles de extrañas almas. Hay maldad en la Tierra, maldad destilada por el tiempo... La Tierra se está muriendo y en ella todo es crepúsculo... -Hizo una pausa.

T'sais dijo dubitativamente:

- Sin embargo he oído que la Tierra es un lugar de belleza, y quiero conocer la belleza, aunque muera de ello.

- ¿Cómo reconocerás la belleza cuando la veas?

- Todos los seres humanos reconocen la belleza... ¿No soy yo humana?

- Por supuesto.

- Entonces encontraré la belleza, y quizás incluso...

- T'sais vaciló ante la palabra, tan extraña era a su mente, y sin embargo tan cargada de inquietantes implicaciones.

Pandelume guardó silencio. Finalmente:

- Ve si quieres. Te ayudaré tanto como pueda. Te daré runas para resguardarte de la magia; infundiré vida a tu espada; y te daré un consejo, que es éste: Guárdate de los hombres, porque los hombres saquean la belleza para saciar su lascivia. No le concedas intimidad a ninguno... Te proporcionaré un saquito de joyas, que tienen mucho valor en la Tierra. Con ellas podrás conseguir mucho. Pero, también respecto a ellas, no las muestres a nadie, porque algunos hombres matarían por un trocito de cobre.

Se produjo un denso silencio, un peso pareció alzarse del aire.

- Pandelume -llamó suavemente T'sais. No hubo respuesta.

Al cabo de un momento Pandelume regresó, y la sensación de su presencia alcanzó la mente de la mujer.

- Dentro de un momento podrás entrar en esta habitación -dijo la voz.

T'sais aguardó unos instantes; luego, cuando le fue dicho, entró en la habitación contigua.

- En el banco de la izquierda -dijo la voz de Pandelume- encontrarás un amuleto y un saquito de gemas. Pon el amuleto en tu muñeca; reflejará la magia lanzada malignamente contra ti hacia aquél que haya pronunciado el conjuro. Es una runa muy poderosa; guárdala bien.

T'sais obedeció, y ató las joyas a la parte interior de su cinturón.

- Deposita tu espada sobre este banco, sitúate de pie sobre la runa del suelo y cierra fuertemente los ojos. Tengo que entrar en la habitación. Te lo advierto, no intentes mirarme... porque las consecuencias serían terribles.

T'sais se desprendió de su espada, se situó sobre la runa de metal, cerró los ojos. Oyó unos pasos lentos, oyó el clinc del metal, luego un agudo e intenso chillido, que murió lentamente.

- Tu espada vive -dijo Pandelume, y su voz sonó extrañamente alta, como si viniera de muy cerca-. Matará a tus enemigos con inteligencia. Tiende tu mano y cógela.

T'sais enfundó de nuevo su ligero espadín, ahora cálido y como vibrante.

- ¿Dónde irás de la Tierra? -preguntó Pandelume-. ¿A la tierra de los hombres, o a la gran selva de ruinas?

- A Ascolais -dijo T'sais, porque quien le había hablado de la belleza había mencionado esa región.

- como desees -dijo Pandelume-. ¡Ahora atiende! Si alguna vez quieres regresar a Embelyon...

- No -dijo T'sais-. Antes moriré.

- Tú tienes la última palabra.

T'sais guardó silencio.

- Ahora te tocaré. Por un momento sentirás como un vahído... y luego abrirás los ojos en la Tierra. Es casi de noche, y cosas terribles merodean en la oscuridad. Así que busca rápidamente refugio.

T'sais sintió con gran excitación el contacto de Pandelume. Hubo como una oscilación en su cerebro, un rápido e inimaginable vuelo... Había un suelo extraño bajo sus pies, un aire extraño contra su rostro, un aroma desconocido en su olfato. Abrió los ojos.

El paisaje era extraño y nuevo. Había un cielo azul oscuro, un sol antiguo. Estaba de pie en una pradera, rodeada por altos y melancólicos árboles. Aquellos árboles eran distintos de los tranquilos gigantes de Embelyon; eran densos y tristes, y su sombra era enigmática. Nada ante su vista, nada en la Tierra era duro o anguloso..., el suelo, los árboles, el reborde de roca que remataba uno de los lados de la pradera; todo había sido desgastado, alisado, envejecido, ablandado. La luz del sol, aunque opaca, era intensa, y daba a todos los objetos, las rocas, los árboles, la tranquila hierba y las flores, una sensación de saber y antigüedad.

A un centenar de pasos de distancia se alzaban las musgosas ruinas de un castillo desmoronado hacia mucho. Las piedras estaban ennegrecidas ahora por los líquenes, por el humo, por la edad; la hierba ganaba terreno por entre los cascotes..., el conjunto ofrecía un cuadro casi sobrenatural a la alargada luz del anochecer.

T'sais se acercó lentamente. Algunas de las paredes se mantenían aún en pie, piedra sobre desgastada piedra, el mortero disuelto hacia largo tiempo. Avanzó maravillada en torno a una gran efigie, desmoronada, descantillada, cuarteada, casi enteramente enterrada; se detuvo un momento, desconcertada, ante los caracteres grabados en la base. Contempló con ojos muy abiertos lo que quedaba del rostro: unos ojos crueles, una boca burlona, una nariz rota. T'sais se estremeció débilmente. No había nada para ella allí; se volvió para irse.

Una risa, aguda, alegre, resonó por todo el claro. T'sais, pensando en las advertencias de Pandelume, aguardó en una oscura cavidad. Un movimiento aleteó entre los árboles; un hombre y una mujer salieron a la desvaneciente luz solar; luego apareció un joven caminando tan ligero

como el aire, cantando y silbando. Llevaba una espada ligera, que utilizaba para hostigar a los otros dos, que estaban atados.

Se detuvieron ante las ruinas, cerca de T'sais, y ésta pudo ver los rostros. El hombre atado era un infeliz de rostro delgado con una áspera barba rojiza y ojos penetrantes y desesperados; la mujer era baja y gordita. Su captor era Liane el Caminante. Su pelo castaño oscilaba suavemente, sus rasgos se movían con encanto y flexibilidad. Tenía unos ojos color avellana dorado, grandes y hermosos, nunca quietos. Llevaba zapatos de piel roja con las puntas enrolladas, un traje rojo y verde, una capa verde y un sombrero de pico con una pluma roja.

T'sais observó sin comprender. Los tres eran igual de viles, de sangre pegajosa, pulpa roja, suciedad interior. Liane parecía ligeramente menos innoble..., era el más ágil, el más elegante. Y T'sais lo observó con un cierto interés.

Liane trazó diestramente unos lazos en torno a los tobillos del hombre y la mujer, y los empujó de modo que cayeron entre los pedernales. El hombre gruñó débilmente; la mujer cayó sollozando.

Liane hizo un alegre floreo con su sombrero y saltó hacia las ruinas, alejándose un poco. A menos de veinte pasos de T'sais deslizó a un lado una piedra de las antiguas losas, volvió con yesca y pedernal, y encendió un fuego. Sacó de su bolsillo un trozo de carne, que asó y comió delicadamente, chupándose los dedos.

Ninguna palabra se había cruzado todavía entre ellos. Finalmente Liane se puso en pie, se estiró y miró al cielo. El sol estaba hundiéndose tras la oscura pared de los árboles, y las azules sombras estaban llenando el claro.

- Vayamos a los negocios -exclamó Liane. Su voz era chillona y clara como la llamada de una flauta-. Primero -e hizo un solemne gesto bufo- tengo que asegurarme de que vuestras revelaciones posean el peso de la sobriedad y la verdad.

Se inclinó sobre su escondite bajo las losas y extrajo cuatro recios palos. Colocó uno de ellos a través de los muslos del hombre, pasó el segundo, cruzando éste, a través de la entrepierna del cautivo, de modo que con un ligero esfuerzo podía aplastarle al hombre los muslos tirando hacia abajo o la entrepierna tirando hacia arriba. Probó su dispositivo, y cloqueó cuando el hombre lanzó un grito. Ajustó un dispositivo similar a la mujer.

T'sais observaba perpleja. Evidentemente, el joven estaba preparándose para causar dolor a sus cautivos. ¿Era aquella una costumbre de la Tierra? ¿Pero cómo podía juzgar ella, que no sabía nada del bien ni del mal?

- ¡Liane! ¡Liane! -exclamó el hombre-. ¡Salva a mi esposa! ¡Ella no sabe nada! ¡Sálvala a ella, y tendrás todo lo que poseo, y te serviré durante toda mi vida!

- ¡Jo! -rió Liane, y la pluma de su sombrero se estremeció-. Gracias, gracias por tu oferta..., pero Liane no quiere gavillas de madera ni nabos. A Liane le gustan la seda y el oro, el resplandor de las dagas, los sonidos que lanza una chica cuando hace el amor. Así que gracias..., pero busco al hermano de tu esposa, y cuando tu esposa se ahogue y grite, me dirás dónde se oculta.

La escena estaba empezando a adquirir significado para T'sais. Los dos cautivos estaban ocultando información que el joven deseaba; en consecuencia, éste iba a hacerles daño hasta que, en su desesperación, le dijeran lo que les pedía. Un hábil artificio, en el que difícilmente hubiera pensado ella.

- Tengo que asegurarme -dijo Liane- de que las mentiras no se hallen arteramente mezcladas con la verdad. Entendedlo -les confió-: cuando alguien es sometido a tortura, se halla demasiado perturbado para inventar, para fabricar..., y en consecuencia no dice más que la verdad. -Tomó un tizón del fuego, lo encajó entre los atados tobillos del hombre, y al instante saltó para empezar a manejar la palanca de tortura de la mujer.

- ¡No sé nada, Liane! -balbuceó el hombre-. ¡No sé nada..., oh, de veras!

Liane se apartó insatisfecho. La mujer se había desvanecido. Apartó el tizón del hombre y lo volvió a arrojar irritadamente a las brasas.

- ¡Qué fastidio! -dijo, pero al cabo de poco su buen humor volvió a reafirmarse-. oh, bueno, tenemos mucho tiempo. -Se acarició su puntiaguda barbilla.

Hubo una pausa.

- Quizás estés diciendo la verdad -murmuró de pronto-. Quizá tu buena esposa sea la informante, después de todo. -La revivió con unos cuantos bofetones y un aromático que sostuvo bajo su nariz. Ella lo miró torpemente, con el rostro hinchado y contorsionado.

- Escucha -dijo Liane-. Voy a entrar en la segunda fase de la cuestión. Razono, pienso, teorizo, digo, quizás el marido no sepa dónde ha huido aquél a quien busco, quizá solamente la esposa lo sepa.

La mujer abrió ligeramente la boca.

- Es mi hermano... Por favor...

- ¡Ah! ¡Así que lo sabes! -exclamó alegremente Liane, y caminó arriba y abajo delante del fuego-. ¡Ah, lo sabes! Entonces sigamos. Ahora escucha. Con estos palos voy a hacer gelatina de las piernas de tu hombre, y le meteré la espina dorsal a través del estómago..., a menos que hables.

Se puso a la tarea.

- No digas nada... -jadeó el hombre, y se hundió en el dolor. La mujer maldijo, sollozó, suplicó. Finalmente:

- ¡Lo diré, te lo diré todo! -exclamó-. ¡Dellare ha ido a Efred!

Liane relajó sus esfuerzos.

- Efred. Bien. En la región del Muro Desmoronante. -Frunció los labios-. Puede que sea cierto. Pero desconfío. Debes decirmelo otra vez, bajo la influencia del evocador de la verdad. -Y trajo un tizón del fuego y lo ajustó a sus tobillos..., y siguió trabajando con el hombre. La mujer no habló.

- Habla, mujer -exclamó Liane, jadeando-. Este trabajo me hace sudar. -La mujer no habló. Sus ojos estaban muy abiertos y miraban opacamente hacia arriba.

- ¡Está muerta! -gritó su marido-. ¡Muerta! ¡Mi esposa está muerta! Ah... ¡Liane, eres un demonio, una obscenidad! ¡Te maldigo! Por Thial, por Kraan... -su voz tembló al borde de una aguda histeria.

T'sais se sintió alterada. La mujer estaba muerta. ¿No era malo matar? Eso era lo que había dicho Pandelume. Si la mujer fuera buena, como el hombre de la barba había dicho, entonces Liane era malvado. Todo cosas de sangre y suciedad, por supuesto. Sin embargo, era malvado hacerle daño a una cosa viva hasta matarla.

No conociendo el miedo, salió de su escondite y avanzó a la luz del fuego. Liane alzó la vista y saltó hacia atrás. Pero el intruso era una muchacha esbelta de apasionada belleza. Cabrioleó, dio unos pasos de danza.

- ¡Bienvenida, bienvenida! -Miró con desagrado los cuerpos tendidos en el suelo-. Desagradable; debemos ignorarlos. -Echó hacia atrás su capa, la escrutó con sus luminosos ojos color avellana, se pavoneó hacia ella como un gallo en celo-. Eres encantadora, querida, y yo..., yo soy el hombre perfecto; pronto lo verás.

T'sais apoyó la mano sobre su espada, y ésta saltó por sí misma de su funda. Liane dio un salto atrás, alarmado por la hoja y probalemente también por el resplandor que brillaba en lo profundo del retorcido cerebro de la mujer.

- ¿Qué significa esto? Vamos, vamos -se agitó-. Devuelve a su sitio tu acero. Es duro y afilado. Debes mantenerlo apartado. Soy un hombre de buen talante, pero no tolero que me irriten.

T'sais se detuvo junto a los cuerpos tendidos. El hombre atado la miró febrilmente. La mujer seguía mirando con fijeza el oscuro cielo.

Liane saltó hacia delante, planeando sujetarla e inmovilizarla mientras su atención estaba distraída. La espada saltó hacia arriba por sí misma, avanzó de punta, se clavó en el ágil cuerpo.

Liane el Caminante cayó de rodillas, tosiendo sangre. T'sais tiró de su espada, limpió la sangre en la verde capa y la envainó con dificultad. Deseaba seguir pinchando, atravesando, matando.

Liane yacía inconsciente. T'sais apartó la vista de él, asqueada. Una vocecita llegó hasta ella:

- Libérame

T'sais lo pensó, luego cortó las ligaduras. El hombre se dirigió tambaleando a su esposa, la sacudió, soltó sus cuerdas, la llamó, sujetando su rostro. No hubo respuesta. Saltó en pie, con la locura reflejada en su rostro, y le aulló a la noche. Alzando la fláccida forma entre sus brazos, se alejó tambaleante hacia la oscuridad, tropezando, cayendo, maldiciendo...

T'sais se estremeció. Miró al tendido Liane, luego al negro bosque donde no llegaba la luz del oscilante círculo de llamas. Lentamente, con muchas miradas hacia atrás, abandonó las desmoronantes ruinas, el prado. La sangrante figura de Liane quedó junto al muriente fuego.

El resplandor de las llamas desapareció, se perdió en la oscuridad. T'sais tanteó su camino entre los imponentes troncos; y la lobreguez se vio magnificada por la deformación de su cerebro. Nunca había habido noche en Embelyon, sólo una opalescente disminución de la luz diurna. De modo que T'sais continuó descendiendo por el suspirante bosque, envarada, atenta, pero ignorante e ignorada de las cosas que hubiera podido encontrar: los deodans, la pelgrana, los merodeantes erbs (criaturas mezcla de animal, hombre y demonio), los gids, cuyos saltos de seis metros sobre la turba les permitían caer sobre sus víctimas y aferrarlas en un abrazo definitivo.

T'sais recorrió su camino sin ser molestada, alcanzó el borde del bosque. El terreno empezó a ascender, los árboles se hicieron más escasos, y T'sais salió a una extensión ilimitada y oscura. Era el páramo de Modavna, un lugar histórico, una región que había visto la huella de muchos pies y había absorbido mucha sangre. En una famosa matanza, Golickan Kodek el Conquistador había conducido hasta allá a los pobladores de dos grandes ciudades, G'Vasan y Bautiku, los había hecho formar en un círculo de cinco kilómetros de diámetro, luego los había ido empujando más y más hacia el centro, apretándolos unos contra otros, presas del pánico, con su caballería armada subhumana, hasta que finalmente consiguió formar un gigantesco y agitante montón de ciento cincuenta metros de altura, una pirámide de aullante carne. Se dice que Golickan Kodek meditó diez minutos ante aquel monumento, luego se volvió y cabalgó en su montura de vuelta a la tierra de Laidenur, de donde había venido.

Los fantasmas de las antiguas poblaciones habían palidecido y se habían disuelto, y el páramo de Modavna era menos sofocante que el bosque. Los matorrales crecían como manchones en el suelo. Una línea de riscos rocosos se alzaba en el horizonte, afilados contra un débil resplandor residual violeta. T'sais siguió su camino, aliviada de que el cielo se hubiera abierto sobre su cabeza. Unos pocos minutos más tarde llegó a un antiguo camino de losas de piedra, cuarteadas y rotas, bordeado por una zanja donde crecían luminosas flores con forma de estrella. El viento suspiraba por el páramo, depositando humedad sobre su rostro. Se dirigió al camino. No había el menor abrigo visible, y el viento agitaba friamente su capa.

Un rumor de pasos, un agitar de formas, y T'sais estaba forcejeando contra duras manos aferrantes. Luchó para alcanzar su espada, pero sus brazos estaban inmovilizados.

Alguien rascó una luz, encendió una antorcha, para examinar su presa. T'sais vio tres vagabundos de los páramos, barbudos y llenos de cicatrices; llevaban ropas acolchadas grises, manchadas y sucias de lodo y porquería

- ¡Hey, es una hermosa doncella! -exclamó uno, mirando con lascivia.

- Veré si tiene plata -dijo otro, y deslizó sus mano con maligna intimidad por todo el cuerpo de T'sais. Halló el saquito de joyas y las hizo girar en su palma, un puñado de fuego de cien colores-. ¡Mirad eso! ¡Una riqueza de príncipes!

- ¡O de magos! -dijo otro. Y con una duda repentina relajaron sus presas. Pero T'sais seguía sin poder alcanzar su espada.

- ¿Quién eres, mujer de la noche? -preguntó uno con un cierto respeto-. ¿Una bruja, para poseer tales joyas y caminar por el páramo de Modavna sola?

T'sais no tenía ni ingenio ni experiencia para improvisar falsedades.

- ¡No soy ninguna bruja! ¡Soltadme, hediondos animales!

- ¿No eres una bruja? Entonces, ¿qué clase de mujer eres? ¿De dónde vienes?

- Soy T'sais, de Embelyon -exclamó la muchacha irritadamente-. Me creó Pandelume, y busco el amor y la belleza en la Tierra. ¡Ahora dejad caer vuestras manos, para que pueda proseguir mi camino!

El primer vagabundo se echó a reír.

- ¡Jo, jo! ¡Busca el amor y la belleza! Has conseguido ya algo en tu búsqueda, muchacha..., porque aunque nosotros no somos bellezas, por supuesto, con Tagman cubierto de costras y Lasard sin dientes ni orejas..., ¡seguimos teniendo mucho amor! ¡Te demostraremos tanto amor como desees, ¿verdad, compañeros?!

Y pese a los horrorizados gritos de T'sais, la arrastraron a través del páramo hacia una cabaña de piedra.

Entraron, y uno avivó un rugiente fuego, mientras los otros dos despojaban a T'sais de su espada y la arrojaban a un rincón. Cerraron la puerta con una gran llave de hierro, y la soltaron. Saltó hacia su espada, pero un bofetón la envió al sucio suelo.

- ¡Será mejor que te estés quieta, gatita salvaje! -jadeó Tagman-. Tendrías que sentirte feliz -renovaron sus burlas-, porque aunque admitimos que no somos bellezas, te vamos a mostrar todo el amor que puedas desear en tu vida.

T'sais se acurrucó en un rincón.

- No sé lo que es el amor -jadeó-. Pero sea lo que sea, ¡no lo quiero de ninguno de vosotros!

- ¿Es posible? -croaron-. ¿Todavía eres inocente?

- Y T'sai escuchó con ojos vidriosos mientras procedían a describirle con horribles detalles su concepto del amor.

T'sais saltó del rincón presa de un terrible frenesí, pateando, golpeando con sus puños a los vagabundos. Y cuando hubo sido devuelta al rincón, magullada y medio muerta, los hombres sacaron un gran tarro de aguamiel, para fortalecerse antes del placer.

Luego echaron a suertes quién sería el primero en gozar de la muchacha. Fue declarado el resultado, e inmediatamente se produjo una disputa, con los dos restantes afirmando que el vencedor había hecho trampa. Se dijeron palabras furiosas, y mientras T'sais observaba, aturdida y horrorizada más allá del concepto de una mente normal, lucharon como toros en celo, con grandes maldiciones y terribles golpes. T'sais reptó hasta su espada y ésta, cuando sintió su contacto, saltó en el aire como un pájaro. Se lanzó por sí misma a la lucha, arrastrando a T'sais detrás. Los tres hombres gritaron roncamente, el acero llameó..., dentro, fuera, más rápido que

el ojo. Gritos, gruñidos..., y tres cuerpos tendidos en el suelo de tierra, cadáveres con las bocas muy abiertas. T'sais encontró la llave, abrió la puerta, huyó locamente en medio de la noche.

Corrió por el oscuro y ventoso páramo, cruzó el camino, cayó en la zanja, se arrastró por la fría y lodosa pendiente del otro lado, cayó de rodillas... ¡Esto era la Tierra! Recordó Embelyon, donde las cosas más malignas eran flores y mariposas. Recordó cómo éstas habían despertado su odio.

Embelyon estaba perdido, había renunciado a él. Y T'sais lloró.

Un rumor entre los brezos la alertó. Horrorizada, alzó la cabeza, escuchó. ¿Qué nuevo ultraje para su mente? De nuevo el siniestro sonido, como de unos pasos cautelosos. Escrutó con horror la oscuridad.

Una figura negra brotó de la noche, arrastrándose a lo largo de la zanja. La vio a la luz de las luciérnagas..., un deodand surgido del bosque, una cosa de apariencia humana, completamente desprovista de pelo, con una piel tan negra como el carbón, un rostro agraciado, desfigurado y vuelto demoníaco por dos colmillos que relucían largos, afilados y blancos sobre su labio inferior. Llevaba ropas de cuero, y sus largos ojos hendidos estaban clavados hambrientamente en T'sais. Saltó hacia ella con un grito de exultación.

T'sais tropezó, cayó, se puso rápidamente en pie. Gimiendo, echó a correr por el páramo, insensible a las desgarrantes espinas de la aulaga. El deodand saltó tras ella, emitiendo fantasmales sonidos.

Cruzando el páramo, la turba, el mantillo, los brezos y los riachuelos, a través de las oscuras extensiones, la caza prosiguió: la muchacha huyendo con los ojos clavados en la nada, el perseguidor lanzando sus gimientes lamentos.

Un vislumbre, una luz al frente..., una cabaña. T'sais, con el aliento convertido en sollozos, llegó tambaleante al umbral. La puerta, piadosamente, cedió. Casi cayó dentro, cerró la puerta a sus espaldas, bajó la barra. El peso del deodand golpeó contra la barrera.

La puerta era recia, las ventanas pequeñas y cruzadas por barras de hierro. Estaba a salvo. Se dejó caer de rodillas, la respiración raspando en su garganta, y lentamente se hundió en la inconsciencia...

El hombre que vivía en la cabaña se alzó de su profundo asiento ante el fuego, alto, ancho de hombros, moviéndose con un paso curiosamente lento. Quizá fuera joven, pero nadie lo sabía, porque rostro y cabeza permanecían cubiertos por una negra capucha. Tras las ranuras de la tela había unos firmes ojos azules.

El hombre se detuvo de pie junto a T'sais, que yacía como una muñeca sobre el suelo de ladrillo rojo. Se inclinó, alzó la inconsciente forma y la llevó a un amplio y mullido camastro al lado del fuego. Le quitó las sandalias, la vibrante espada, la empapada capa. Trajo ungüento y se lo aplicó a sus moraduras y arañazos. La envolvió en una suave manta de franela, puso una almohada bajo su cabeza y, una vez asegurado de que estaba cómoda, regresó a sentarse junto al fuego.

El deodand, fuera, había vacilado, observando a través de la ventana protegida con hierro. Entonces llamó a la puerta.

- ¿Quién hay ahí? -inquirió el hombre de la capucha negra, volviéndose ligeramente.

- Deseo lo que ha entrado -dijo la suave voz del deodand-. Ansío su carne.

El hombre de la capucha habló secamente.

- Vete, antes de que pronuncie un conjuro que te hará arder en medio del fuego. ¡Y nunca vuelvas!

- Me voy -dijo el deodand, porque temía enormemente la magia, y desapareció en la noche.

Y el hombre se volvió de nuevo y siguió sentado, mirando el fuego.

T'sais sintió un líquido caliente y aromático en su boca y abrió los ojos. Arrodillado a su lado había un hombre alto, encapuchado en negro. Un brazo sostenía sus hombros y cabeza, el otro mantenía una cuchara de plata ante su boca.

T'sais intentó retroceder.

- Tranquila -dijo el hombre-. Nadie te va a hacer ningún daño. -Lentamente, dubitativa, la muchacha se relajó y permaneció inmóvil.

La rojiza luz del sol penetraba por las ventanas, y la cabaña era cálida. Estaba panelada con madera dorada, con un adorno en relieve pintado de rojo y azul y marrón delimitando el techo. El hombre trajo más caldo del fuego y pan de una alacena, y lo colocó todo delante de ella. Tras un momento de vacilación, T'sais comió.

Los recuerdos volvieron repentinamente a ella; se estremeció, miró alocadamente a su alrededor. El hombre notó su tenso rostro. Se inclinó y apoyó una mano en su cabeza. T'sais permaneció quieta, medio temerosa.

- Estás a salvo aquí -dijo el hombre-. No temas nada.

Una vaguedad invadió a T'sais. Los ojos empezaron a pesarle. Durmió.

Cuando despertó la cabaña estaba vacía, y la amarronada luz solar penetraba oblicuamente por una ventana del otro lado. Estiró los brazos, colocó las manos debajo de su cabeza, y permaneció tendida, pensando. Aquel hombre de la capucha negra, ¿quién era? ¿Era malo? Todo lo demás de la Tierra lo había sido. Sin embargo, no había hecho nada por hacerle daño... Observó sus ropas en el suelo. Se levantó y se vistió. Fue a la puerta y la abrió. Ante ella se extendía el páramo, que se desvanecía allá a lo lejos en la oblicuidad del horizonte. A su izquierda se alzaba un conglomerado de rocosos riscos, negras sombras y ominosas piedras rojas. A la derecha se extendía el negro lindero del bosque.

¿Era aquello hermoso?, se preguntó T'sais. Su deformado cerebro vio desolación en la línea del páramo, afilada dureza en los riscos, y en el bosque... terror.

¿Era aquello belleza? Sintiéndose perdida, volvió la cabeza, miró de reojo. Oyó pasos, se sobresaltó, con los ojos muy abiertos, esperando cualquier cosa. Era el hombre de la capucha negra, y T'sais se reclinó aliviada en la jamba de la puerta.

Lo observó acercarse, alto y fuerte, con pasos lentos. ¿Por qué llevaba la capucha? ¿Se avergonzaba de su rostro? Podía comprender algo de aquello, porque ella misma hallaba el rostro humano repelente..., un objeto de ojos acuosos, húmedos y desagradables orificios, esponjosas excrecencias.

El hombre se detuvo ante ella.

- ¿Tienes hambre?

T'sais se lo pensó.

- Sl.

- Entonces comamos.

Entró en la cabaña, avivó el fuego, y ensartó carne en un espetón. T'sais se quedó de pie un poco retirada, insegura. Siempre se había servido a sí misma. Sintió un extraño desasosiego: la cooperación era una idea con la que nunca se había enfrentado.

Finalmente el hombre se alzó, y se sentaron a comer a su mesa.

- Háblame de ti -dijo él tras unos breves momentos. De modo que T'sais, que nunca había aprendido otra cosa más que a ser sincera, le contó su historia.

- Soy T'sais. Vine a la Tierra desde Embelyon, donde el mago Pandelume me creó.

- ¿Embelyon? ¿Dónde está Embelyon? ¿Y quién es Pandelume?

- ¿Dónde está Embelyon? -repitió ella, desconcertada-. No lo sé. Es un lugar que no se halla en la Tierra. No es muy grande, y luces de muchos colores brotan del cielo. Pandelume vive en Embelyon. Es el mayor de los magos vivos o eso al menos me dijo.

- Ah -dijo el hombre-. Creo que entiendo...

- Pandelume me creó -prosiguió T'sais-, pero hubo un fallo en el esquema. -Y T'sais miró fijamente al fuego-. Veo el mundo como un deprimente lugar de horror; todos los sonidos son desagradables para mí, todas las criaturas vivas malignas en distinto grado..., cosas de movimientos sinuosos y suciedad interior. Durante la primera parte de mi vida solamente pensaba en golpear, aplastar, destruir. No conocía nada excepto el odio. Luego encontré a mi hermana T'sain, que es como yo pero sin el defecto. Ella me habló del amor y la belleza y la felicidad..., y vine a la Tierra buscándolos.

Los graves ojos azules la estudiaron.

- ¿Los has encontrado?

- Hasta ahora -dijo T'sais con una voz lejana- sólo he encontrado más maldad de la que nunca hallé en mis pesadillas. -Lentamente, le contó sus aventuras.

- Pobre criatura -exclamó el hombre, y la estudió de nuevo.

- Creo que debo matarme -dijo T'sais, con la misma voz distante-, porque lo que deseo se halla infinitamente perdido. -Y el hombre, mirándola, vio como el rojo sol del atardecer ponía tonos cobrizos en su piel, observó el suelto pelo negro, los largos ojos pensativos. Se estremeció ante el pensamiento de aquella criatura perdida en el polvo de los olvidados billones de años de la Tierra.

- ¡No! -dijo secamente. T'sais le miró sorprendida. La vida de cada cual era propia, una podía hacer con ella lo que quisiese-. ¿No has encontrado nada en la Tierra que lamentaras abandonar? -preguntó.

T'sais frunció las cejas.

- No puedo pensar en nada..., excepto la paz de esta cabaña.

El hombre se echo a reír.

- Entonces éste será tu hogar, durante tanto tiempo como quieras, y yo intentaré mostrarte que el mundo es a veces bueno, aunque en realidad -su voz cambió- yo tampoco lo he hallado así.

- Dime -inquirió T'sais-, ¿cuál es tu nombre? ¿Por qué te ocultas tras esta capucha?

- ¿Mi nombre? Etarr -dijo él con una voz sutilmente dura-. Etarr es suficiente. Llevo la máscara debido a la mujer más perversa de Ascolais..., Ascolais, Almery, Kauchique..., de todo el mundo. Ella hizo mi rostro de tal modo que ni siquiera yo puedo soportar mi propia visión.

Se relajó y lanzó una cansada risa.

- Ya no vale la pena encolerizarse por ello.

- ¿Vive ella todavía?

- Sí, vive, y sin duda sigue derramando el mal sobre todo lo que se cruza en su camino. -Permaneció sentado, mirando al fuego-. Hubo un tiempo en que yo no sabía nada de eso. Ella era joven, hermosa, llena de un millar de fragancias y una encantadora alegría. Yo vivía junto al océano..., en una villa blanca entre álamos. Al otro lado de la Bahía Tenebrosa, el Cabo de los Tristes Recuerdos se adentraba en el océano, y cuando el atardecer volvía el sol rojo y las montañas negras, el cabo parecía dormir sobre el agua como uno de los antiguos dioses de la Tierra... Pasé allí toda mi vida, y me sentía tan contento como uno puede estarlo mientras la Tierra moribunda gira siguiendo sus últimas órbitas.

»Una mañana alcé la vista de mis mapas estelares y vi a Javanne cruzando el portal. Era tan joven y esbelta como tú. Su pelo era de un rojo maravilloso, y caía a mechones sobre sus hombros. Era muy hermosa y, con su túnica blanca, pura e inocente.

»La amé, y ella dijo que me amaba también. Y me entregó una banda de metal negro para que yo la llevara. En mi ceguera me la puse en mi muñeca, sin reconocerla nunca por la maléfica runa que era en realidad. Y transcurrieron semanas de gran deleite. Pero finalmente descubrí que Javanne era uno de los anhelos oscuros que el amor de un hombre jamás puede reprimir. Y una medianoche la descubrí en pleno abrazo con un desnudo demonio negro, y la visión retorció mi mente.

»Retrocedí, abrumado. No había sido visto, y me alejé lentamente. Por la mañana ella llegó corriendo por la terraza, sonriente y feliz, como una niña. «Déjame», le dije. «Eres perversa más allá de toda imaginación.» Ella pronunció una palabra, y la runa en mi muñeca me esclavizó. Mi mente era mía, pero mi cuerpo era de ella, obligado a obedecer sus órdenes.

»Y ella me hizo decir lo que había visto, y se burló y rió. Y me sometió a horrendas degradaciones, y apeló a cosas de Kalu, de Fauvune, de Jeldred, para burlarse y envilecer mi cuerpo. Me hizo asistir como testigo a sus juegos con esas cosas, y cuando señalé la criatura que más me horrorizaba, me dio mediante su magia su rostro, el rostro que llevo ahora.

- ¿Puede existir una mujer así? -se maravilló T'sais.

- Existe. -Los graves ojos azules la estudiaron atentamente-. Al fin, una noche, mientras los demonios me hacían dar tumbos por entre los riscos detrás de las colinas, una punta de pedernal arrancó la runa de mi brazo. Me vi libre; canté un conjuro que envió a las formas chillando a través del espacio, y regresé a la villa. Y hallé a Javanne con su pelo rojo en la gran sala, y sus ojos eran fríos e inocentes. Extraje mi cuchillo para apuñalar su garganta, pero ella dijo: «¡Detente! Mátame y llevarás por siempre tu rostro de demonio, porque solamente yo sé cómo cambiarlo.» Y echó a correr alegremente fuera de la villa, y yo, incapaz de seguir soportando la visión de aquel lugar, vine a los páramos. Y no dejo de buscarla, para recuperar mi rostro.

- ¿Dónde está ella ahora? -preguntó T'sais, cuyos problemas parecían pequeños comparados con los de Etarr el Enmascarado.

- Mañana por la noche sabré dónde encontrarla. Es la noche del Sabat Negro..., la noche dedicada al mal desde el alba de la Tierra.

- ¿Y asistirás a ese festival?

- No como celebrante..., aunque en verdad -dijo pesarosamente Etarr-, sin mi capucha podría pasar por una de las cosas que estarán allí, y nadie repararía en mi presencia.

T'sais se estremeció y apretó su espalda contra la pared. Etarr vio el gesto y suspiró.

Otra idea se le ocurrió a la muchacha.

- Con todo el mal que has sufrido, ¿sigues hallando belleza en el mundo?

- Por supuesto -dijo Etarr-. Mira cómo se extienden estos páramos, claros y diáfanos, llenos de sutiles y maravillosos colores. Mira cómo se alzan majestuosamente los riscos, como la espina dorsal del mundo. Y tú -la miró directamente al rostro-, tú eres de una belleza que lo supera todo.

- ¿Que supera a Javanne? -preguntó T'sais, y pareció desconcertada mientras Etarr se echaba a reír.

- Que supera a Javanne, por supuesto -le aseguró.

El cerebro de T'sais fue en otra dirección.

- Y Javanne, ¿deseas vengarte de ella?

- No -respondió Etarr, con la mirada perdida en el páramo, muy a lo lejos-. ¿Qué es la venganza? No me preocupa. Muy pronto, cuando el sol se apague definitivamente, los hombres mirarán a la noche eterna, y todos morirán, y la Tierra seguirá albergando su historia, sus ruinas, sus montañas reducidas a montículos..., todo en medio de la infinita oscuridad. ¿Para qué la venganza?

Finalmente abandonaron la cabaña y caminaron por el páramo, y Etarr intentó mostrarle su belleza..., el perezoso rio Scaum fluyendo entre verdes matorrales, las nubes flotando en la suave luz solar sobre los riscos, un pájaro planeando con sus alas extendidas, la amplia y brumosa extensión del páramo de Modavna. Y T'sais luchó denodadamente para hacer que su cerebro viera aquella belleza, y siempre fracasó. Pero había aprendido a dominar la loca furia que la visión del mundo había despertado antes en ella. Y su ansia de matar disminuyó, y su rostro se relajó de su tensión.

Así que siguieron deambulando, cada cual sumido en sus propios pensamientos. Y contemplaron la melancólica gloria del atardecer, y vieron las blancas estrellas asomarse lentamente en el cielo.

- ¿No son hermosas las estrellas? -murmuró Etarr tras su negra capucha-. Tienen nombres más antiguos que el hombre.

Y T'sais, que solamente sabía ver melancolía en el ocaso, y que creía que las estellas no eran más que pequeños destellos carentes de significado, no supo qué responder.

- Seguramente otras dos personas desgraciadas han dejado de existir -suspiró.

Etarr no dijo nada. Caminaron en silencio. De pronto él sujetó su brazo y tiró de ella tras un matorral de aulaga. Tres grandes formas se agitaban aleteantes a la luz crepuscular.

- ¡Los peigrane!

Pasaron muy cerca sobre sus cabezas..., criaturas gargolescas, con alas que crujían como bisagras oxidadas. T'sais tuvo un atisbo de un cuerpo duro y correoso, un gran pico curvado, unos ojos astutos en un rostro marchito. Se acurrucó contra Etarr. Los peigrane aletearon en dirección al bosque.

Etarr rió secamente.

- Te asusta el rostro de los pelgrane. El que yo llevo haría huir de inmediato a los pelgrane.

A la mañana siguiente la llevó al bosque, y ella descubrió que los árboles le recordaban Embelyon. Regresaron a la cabaña a primera hora de la tarde, y Etarr se retiró a sus libros.

- No soy un mago -le dijo tristemente-. Tan sólo conozco unos pocos conjuros muy sencillos. Sin embargo hago ocasional uso de la magia, que puede protegerme del peligro esta noche.

- ¿Esta noche? -inquirió vagamente T'sais, porque lo había olvidado.

- Esta noche es el Sabat Negro, y tengo que ir para encontrar a Javanne.

- Querría ir contigo -dijo T'sais-. Así vería el Sabat Negro, y a Javanne también.

Etarr le aseguró que la visión y los sonidos de la celebración iban a horrorizarla y atormentar su cerebro. T'sais insistió, y Etarr transigió finalmente en que le siguiera, cuando dos horas después del anochecer emprendió el camino en dirección a los riscos.

Pasando los brezales, subiendo escamosas afloraciones rocosas, Etarr emprendió el camino en la oscuridad, con T'sais convertida en una esbelta sombra tras él. Ante ellos se alzaba una pronunciada pendiente. Se metieron en una negra fisura, ascendieron un largo tramo de escalones de piedra, tallados en un pasado inmemorial, mientras el páramo de Modavna se convertía en un negro mar a sus pies.

Etarr le hizo un gesto a T'sais de que extremara sus precauciones. Penetraron en una abertura entre dos rocas imponentes; ocultos en las sombras, observaron la asamblea que tenía lugar allá abajo.

Estaban encima de un anfiteatro iluminado por dos resplandecientes fuegos. En el centro de alzaba un estrado de piedra, tan alto como un hombre. En torno al fuego, en torno al estrado, una cuarentena de figuras, envueltas en monjiles ropas grises, se agitaban sudorosamente, sus rostros invisibles.

T'sais sintió un estremecimiento de premonición. Miró dubitativa a Etarr.

- Incluso aquí hay belleza -susurró el hombre-. Es extraño y grotesco, pero no deja de ser una visión que encandila la mente. -T'sais miró de nuevo, con un asomo de comprensión.

Más figuras vestidas con hábitos y encapuchadas se estaban reuniendo ahora en torno a los fuegos; T'sais no pudo decir de dónde habían venido. Era evidente que el festival recién acababa de empezar, que los celebrantes estaban simplemente probando sus pasiones. Cabrioleaban, se entremezclaban, tejían y destejían sus movimientos, y ahora estaban iniciando un sordo canto.

Los zigzagueos y las gesticulaciones se hicieron febriles, y las figuras encapuchadas se apiñaron más cerca de estrado. Y luego alguien saltó sobre el estrado y se despojó de sus ropas..., una bruja de mediana edad, de acuclillado cuerpo desnudo y amplio rostro. Tenía unos ojos resplandecientes por el éxtasis, unos rasgos anchos que se agitaban en un incesante movimiento idiota. Con la boca abierta, la lengua colgante, el rígido pelo negro como la cerdas de una escoba cayendo a ambos lados de su rostro al ritmo de los movimientos de su cabeza, bailó una libidinosa danza a la luz de los fuegos, mirando furtivamente por encima de la congregación. El canto de las cabrioleantes figuras a sus pies se hinchó hasta convertirse en un malsano coro, y sobre sus cabezas aparecieron negras formas, que se posaron con una diabólica confianza.

La muchedumbre empezó a despojarse de sus ropas, revelando todo tipo de hombres y mujeres, viejos y jóvenes... Brujas de cabello naranja de la Montaña Cobalto; hechiceras del bosque de Ascolais; magos de barba blanca de la región de Forlorn, con pequeños súcubos balbuceantes. Y aquél vestido con espléndidas sedas era el príncipe Datul Omaet de Cansapara, la ciudad de caídas columnas al otro lado del golfo de Melantine. Y otra criatura escamosa y de ojos atentos a todo procedía de los hombres reptiles de las yermas colinas de Almery del Sur. Y aquellas dos muchachas, que no se separaban nunca, eran sapónides, ejemplares de la casi extinta raza de las tundras del norte. Aquéllas otras esbeltas y de ojos oscuros eran necrófagas de la región del Muro Desmoronante. Y la bruja de ojos soñadores y pelo azul... moraba en el Cabo de los Tristes Recuerdos y aguardaba por la noche junto a la playa a todos aquellos que regresaban del mar.

Y mientras la bruja acuclillada con la negra pelambrera y los oscilantes pechos danzaba, los comulgantes se exaltaron más y más, alzaron los brazos, contorsionaron los cuerpos, e imitaron todas las obscenidades y perversiones que pasaron por sus mentes.

Excepto uno..., una tranquila figura aún envuelta en sus ropas, que avanzaba lentamente por entre la saturnada con una maravillosa gracia. Subió al estrado, dejó que la ropa se deslizara de su cuerpo, allí estaba Javanne, de pie, enfundada en una prieta túnica de gasa blanca sujeta a la cintura, fresca y casta como una pulgarada de sal. Su brillante pelo rojo caía sobre sus hombros como una cascada, y unos mechones rizados en la punta colgaban sobre sus pechos. Con sus enormes ojos grises púdicos, su boca color fresa ligeramente entreabierta, miró a uno y otro lado de la multitud. Gritaron y exultaron, y Javanne, con hipnótica deliberación, empezó a mover su cuerpo.

Javanne bailó. Alzó los brazos, tejió un movimiento descendente, retorció su cuerpo sobre unas esbeltas piernas blancas... Javanne bailó, y su rostro resplandeció con las más temerarias pasiones. Una forma imprecisa se dejó caer desde arriba, una hermosa semicriatura, y unió su cuerpo al de Javanne en un fantástico abrazo. Y la muchedumbre, abajo, gritó, saltó, rodó, se agitó, se unió en una rápida culminación de sus anteriores mímicas.

T'sais observaba entre las rocas, con la mente sometida a una intensidad que ningún cerebro normal podría comprender. Pero -extraña paradoja- lo que veía y oía la fascinaba, llegaba más abajo de su deformación, tocaba los oscuros acordes latentes de la humanidad. Etarr la miró, con sus ojos despidiendo fuego azul, y ella le devolvió la mirada en un tumulto de emociones contradictorias. Él cedió y apartó la mirada; finalmente ella volvió la vista de nuevo a la orgía de abajo..., un sueño hipnótico, un tumulto de carne enloquecida a la oscilante luz de los fuegos. Un aura palpable brotaba de toda la escena, una textura espacial formada por multitud de depravaciones. Y los demonios planeaban como pájaros cayendo sobre sus presas y se unían al delirio. T'sais vio inmundo rostro tras inmundo rostro, y cada uno de ellos quemó su cerebro hasta que creyó que iba a gritar y morir..., rostros de ojos lujuriosos, mejillas abultadas, cuerpos lunáticos, rostros negros con nariz de halcón, expresiones que iban más allá de todo pensamiento, saltando, agitándose, arrastrándose, la hez del país de los demonios. Y uno tenía una nariz como un triple gusano, una boca que era un volcán de putrefacción, una mandíbula moteada y una frente negra y malformada; un conjunto de repulsión y horror. Etarr llamó la atención de T'sais hacia él. La muchacha miró, y sintió que sus músculos se agarrotaban.

- Éste -dijo Etarr con voz ahogada-, éste es el rostro gemelo al que oculto bajo la capucha. -Y T'sais, mirando hacia el negro velo de Etarr, no pudo impedir un movimiento de retroceso.

Él dejó escapar una risita enfermiza, amarga... Al cabo de un momento, T'sais adelantó una mano y acarició su brazo.

- Etarr.

Se volvió hacia ella.

- ¿Sí?

- Mi cerebro está deformado. Odio todo lo que veo. No puedo controlar mis temores. Pese a ello, lo que yace bajo mi cerebro: mi sangre, mi cuerpo, mi espíritu..., lo que soy yo te ama, a ti, a lo que hay debajo de esta máscara.

Etarr estudió el blanco rostro con una feroz intensidad.

- ¿Cómo puedes amar cuando odias?

- Te odio con el odio que siento hacia todo el mundo; te amo con un sentimiento que ninguna otra cosa puede despertar.

Etarr apartó su mirada.

- Formamos una extraña pareja...

El torbellino, el agitar de la unión de carne y semicarne, se apaciguó. Un hombre alto con un sombrero negro cónico apareció en el estrado. Echó hacia atrás su cabeza, gritó conjuros al cielo, entretejió runas en el aire con los brazos. Y mientras cantaba, muy en lo alto empezó a formarse una gigantesca figura oscilante, alta, más alta que los más altos árboles, más alta que el mismo cielo. Tomó forma lentamente, brumas grises doblándose y desdoblándose, y finalmente su silueta se hizo clara..., la trémula figura de una mujer, hermosa, grave, majestuosa. La figura se afirmó lentamente, resplandeciendo con una verdosa luz ultraterrena. Parecía tener el cabello dorado, peinado al estilo de un nebuloso pasado, y sus ropas eran las de los antiguos.

El mago que la había reclamado gritó, exultó, aulló enormes retos que resonaron más allá de los riscos.

- ¡Vive! -murmuró T'sais, sobrecogida-. ¡Se mueve! ¿Quién es?

- Es Ethodea, diosa de piedad, venida de un tiempo en el que el sol todavía era amarillo -dijo Etarr.

El mago alzó su brazo extendido, y una gran bola de fuego púrpura flotó hacia arriba y fue a estrellarse contra la opaca forma verde. El tranquilo rostro se retorció con angustia, y los

demonios, brujas y necrófagos que observaban gritaron alegremente. El mago en el estrado alzó de nuevo su brazo, y bola tras bola de fuego púrpura partieron a golpear a la diosa cautiva. Los gritos y aullidos de los reunidos en torno a los fuegos eran terribles de oír.

Luego se produjo la clara y nítida llamada de una corneta, interrumpiendo bruscamente la exultación. La concurrencia se sobresaltó, expectantemente alerta.

La corneta, musicalmente intensa, sonó de nuevo, más fuerte, un sonido extraño al lugar. Y de pronto, surgiendo por encima de los riscos como espuma, cargó una compañía de hombres ataviados de verde, avanzando con una frenética resolución.

- ¡Valdaran! -exclamó el mago sobre la tribuna, y la verde figura de Ethodea se estremeció, osciló y desapareció.

El pánico se apoderó de todo el anfiteatro. Hubo roncos gritos, un entremezclar de letárgicos cuerpos, una nube de formas ascendentes cuando los demonios emprendieron el vuelo. Unos pocos de los magos se mantuvieron firmes para cantar conjuros de fuego, disolución parálisis contra el asalto, pero había una fuerte contra magia, y los invasores saltaron sin el menor daño al anfiteatro, derribando el estrado. Sus espadas se alzaron, cayeron, pinchando, cortando, rebanando sin freno ni piedad.

- La Legión Verde de Valdaran el Justo -murmuró Etarr-. ¡Mira, ahí está él! -Señaló a una meditabunda figura ataviada de negro sobre la cresta del risco, observándolo todo con salvaje satisfacción.

Ni los demonios escaparon. Apenas empezaron a aletear en la noche, grandes pájaros cabalgados por hombres de verde planearon sobre ellos desde la oscuridad. Llevaban tubos que derramaban haces de irritante luz, y los demonios que eran alcanzados por ella lanzaban terribles gritos y caían a plomo al suelo, donde estallaban en un polvo negro.

Unos pocos magos habían escapado a los riscos, para agazaparse y ocultarse entre las sombras. T'sais y Etarr oyeron un arrastrarse y unos jadeos bajo ellos. Trepando frenéticamente por entre las rocas ascendía aquélla a la que Etarr había venido a buscar.. - Javanne, con su rojo pelo enmarcando enmarañado su joven rostro. Etarr dio un salto, la atrapó, la sujetó con fuertes brazos.

- Ven -le dijo a T'sais, y manteniendo sujeta a la pataleante figura echó a andar hacia la oscuridad.

A medida que se alejaban por el páramo, el tumulto fue cediendo tras ellos en la distancia. Etarr dejó a la mujer en el suelo, liberó su boca. Ella vio por primera vez a quien la había capturado. Las llamas murieron en su rostro, y pudo verse florecer una sonrisa en medio de la noche. Se peinó la larga cabellera con los dedos, disponiendo los rizos sobre sus hombros, todo ello sin dejar de mirar a Etarr. T'sais se acercó, y Javanne le lanzó una lenta mirada valorativa.

Se echó a reír.

- Así, Etarr, que me has sido infiel. Has encontrado una nueva amante.

- Ella no te concierne -dijo Etarr.

- Echala -dijo Javanne-, y te amaré de nuevo. ¿Recuerdas cómo me besaste la primera vez, bajo los álamos, en la terraza de tu villa?

Etarr dejó escapar una corta y seca risa.

- Sólo hay una cosa que necesito de ti, y es mi rostro.

- ¿Tu rostro? -se burló Javanne-. ¿Qué hay de malo en el que llevas? Es el que mejor te va; y en cualquier caso, tu antiguo rostro se ha perdido.

- ¿Perdido? ¿Cómo?

- El que lo llevaba resultó destruido esta noche por la Legion Verde, ¡ Kraan conserve sus cerebros vivos en ácido!

Etarr volvió sus azules ojos hacia los riscos.

- Así que ahora tu semblante no es más que polvo, negro polvo -murmuró Javanne. Etarr, impulsado por una ciega rabia, avanzó unos pasos para golpear el dulce y descarado rostro. Pero Javanne dio un rápido paso atrás.

- Cuidado, Etarr, si no quieres que te haga daño con mi magia. Podrías ir a partir de ahora cojeando y saltando con un cuerpo acorde a tu rostro. Y tu hermosa niña de pelo oscuro tendría que actuar para los demonios.

Etarr se recobró y retrocedió, con ojos encendidos.

- Yo también poseo magia, y aún sin ella puedo hacerte callar con mi puño antes de que puedas pronunciar la primera palabra de tu conjuro.

- Ja, eso habría que verlo -exclamó Javanne, echándose sin embargo hacia un lado-. Porque poseo un conjuro de maravillosa brevedad. -Mientras Etarr saltaba hacia ella, pronunció unas palabras. Etarr se inmovilizó en medio de su salto, sus brazos cayeron fláccidos a sus costados, y se convirtió en una criatura sin volición, toda su voluntad drenada por la lixivante magia.

Pero Javanne se inmovilizó exactamente en la misma postura, y sus grises ojos miraron estúpidamente hacia delante. Tan sólo T'sais quedó libre..., porque T'sais llevaba la runa de Pandelume que reflejaba la magia de vuelta contra aquél que la había lanzado.

La muchacha se inmovilizó desconcertada en la oscura noche, con la dos figuras inanimadas de pie, como sonámbulas, ante ella. Corrió hacia Etarr, tiró de su brazo. Él la miró con opacos ojos.

- ¡Etarr! ¿Qué te ocurre? -Y Etarr, con su voluntad paralizada, obligado a responder a todas las preguntas y obedecer todas las órdenes, respondió.

- La bruja ha pronunciado un conjuro que me deja sin volición. No puedo moverme ni hablar si no recibo la orden para ello.

- ¿Qué puedo hacer? ¿Cómo puedo salvarte? -inquirió la atormentada muchacha. Y, aunque Etarr carecía de volición, retenía aún sus pasión y sus pensamientos. Podía darle la información que pedía, y nada más.

- Debes ordenarme que actúe de forma que pueda derrotar a la bruja.

- ¿Pero cómo sabré como debes actuar?

- Pregúntamelo, y te lo diré.

- Entonces, ¿no sería mejor que te ordenara que actuases directamente tal como te dicta tu cerebro?

- Sí.

- Entonces hazlo; actúa bajo todas las circunstancias tal como lo haría Etarr.

Así, en mitad de la noche, el conjuro de Javanne la bruja fue eludido y anulado. Etarr recobró su voluntad y actuó de acuerdo con sus impulsos normales. Se acercó a la inmóvil Javanne.

- ¿Me tienes miedo ahora, bruja?

- Sí -dijo Javanne-. Te tengo miedo.

- ¿Es cierto que el rostro que me robaste es ahora negro polvo?

- Tu rostro es ahora el negro polvo de un demonio estallado.

Los azules ojos la miraron fijamente a través de las rendijas de la capucha.

- ¿Cómo puedo recuperarlo?

- Es magia poderosa: es ir hacia el pasado, porque ahora tu rostro está en el pasado. Se requiere una magia más poderosa que la mía, una magia más fuerte que la que que poseen los magos de la Tierra y los demonios del mundo. Solamente conozco a dos que sean lo bastante fuertes como para sacar un molde del pasado. Uno de ellos se llama Pandelume, y vive en una tierra multicolor...

- Embelyon -murmuró T'sais.

- ...pero el conjuro para el viaje a ese lugar ha sido olvidado. Luego hay otro, que no es un mago, que no sabe de magia. Para conseguir tu rostro, debes buscar a uno de ésos. -Y Javanne calló, pues la pregunta de Etarr ya había sido respondida.

- ¿Quién es ese último? -preguntó Etarr.

- No sé su nombre. Muy lejos en el pasado, mucho más lejos de lo que se puede recordar, o así dice la leyenda, una raza de gente justa vivía en una tierra al este de las montañas de Maurenron, más allá de la región del Muro Desmoronante, junto a la orilla de un gran mar. Edificaron una ciudad de espiras y bajos domos de cristal, y vivieron felices y satisfechos. No tenían dios, y finalmente sintieron la necesidad de alguien a quien pudieran adorar. Así que construyeron un espléndido templo de oro, cristal y granito, ancho como el río Scaum cuando fluye cruzando el valle de las Tumbas Esculpidas, y más largo aún, y más alto que los árboles del norte. Y esta raza de hombres honestos se reunió en el templo, y todos ellos emitieron una poderosa plegaria, una sagrada invocación, y, al menos eso dice la leyenda, fue creado un dios modelado por la voluntad de esa gente, y poseía todos sus atributos, una divinidad de absoluta justicia.

»La ciudad terminó desmoronándose, el templo se hizo cascotes y astillas, la gente desapareció. Pero el dios sigue todavía, arraigado para siempre al lugar donde fue adorado. Y ese dios posee un poder más allá de toda magia. La voluntad y la justicia del dios se aplica sobre todos aquellos que le hacen frente. Y cuidado con el mal, porque aquéllos que se enfrentan al dios conocen una justicia inflexible. En consecuencia, muy pocos se atreven a hacerle frente al dios.

- Iremos a ese dios -dijo Etarr, con un hosco placer-. Nosotros tres, y los tres haremos frente a su justicia.

Volvieron cruzando el páramo a la cabaña de Etarr, y éste buscó en sus libros para hallar algún medio que los transportara hacia el antiguo emplazamiento. En vano; no disponía de la magia necesaria para ello. Se volvió a Javanne.

- ¿Conoces una magia que nos lleve hasta ese antiguo dios?

- Sí.

- ¿Cuál es esa magia?

- Apelaré a tres criaturas aladas de las montañas de Hierro, y ellas nos llevarán.

Etarr observó intensamente el blanco rostro de Javanne.

- ¿Qué recompensa piden?

- Matan a aquellos a los que transportan.

- Ah, bruja -exclamó Etarr-. Incluso con tu voluntad anulada y tus respuestas honestas lo quieras o no, sigues intentando causarnos daño. -Se plantó de pie, imponente, ante el hermoso demonio de pelo rojo y húmedos labios-. ¿Cómo podemos llegar hasta el dios sin recibir ningún daño ni ser molestados?

- Debes someter a las criaturas aladas a una obligación.

- Llama a esas cosas -ordenó Etarr-, y somételas a una obligación; y átalas con todas las brujerías que conozcas.

Javanne llamó a las criaturas; aparecieron volando en sus grandes y correosas alas. Las puso bajo un pacto de seguridad, y gimieron y patearon decepcionadas.

Y los tres montaron, y las criaturas los llevaron rápidamente a través del aire nocturno, que ya olía a amanecer.

Hacia el este, siempre hacia el este. Llegó el alba, y el mortecino sol rojo ascendió lentamente como un globo por el oscuro cielo. La negra cordillera Maurenron pasó bajo ellos; y la brumosa región del Muro Desmoronado fue dejada atrás. Al sur estaban los desiertos de Almery, y un antiguo lecho marino lleno ahora por una jungla; al norte, los salvajes bosques.

Volaron durante todo el día, sobre polvorientas extensiones, resecos despeñaderos, otra gran cadena montañosa, y cuando llegó el ocaso descendieron lentamente sobre una gran extensión parecida a un parque.

Ante ellos brillaba un resplandeciente mar. Las aladas cosas se posaron sobre la amplia extensión, y Javanne las sometió a una completa inmovilidad para su regreso.

La playa, y los bosques detrás, estaban desprovistos de toda huella de la maravillosa ciudad del pasado. Pero a casi un kilómetro mar adentro se alzaban unas pocas columnas rotas.

- El mar ha avanzado -murmuró Etarr-. La ciudad se ha hundido.

Echó a andar por el agua hacia allá. El mar estaba en calma y era poco profundo. T'sais y Javanne le siguieron. Con el agua hasta la cintura, y el anochecer insinuándose en el cielo, llegaron a las rotas columnas del antiguo templo.

Una meditabunda presencia empapaba el lugar, desapasionada, excelsa, de inimitable voluntad y poder.

Etarr se inmovilizó en el centro del antiguo templo.

- ¡Dios del pasado! -exclamó-. No sé cómo te llamaban, o te invocaría por tu nombre. Los tres venimos de una lejana región al oeste para pedirte justicia. ¡Si me oyes y quieres darnos a cada uno lo que nos merecemos, ofréceme una señal!

Una voz sibilante resonó en el aire:

- Te oigo y os daré lo que cada cual merezca. -Y cada uno tuvo una visión de una figura dorada con seis brazos y un rostro redondo y tranquilo, sentada impasible en la nave de un monstruoso templo.

- He sido privado de mi rostro -dijo Etarr-. Si me consideras merecedor de ello, devuélveme el rostro que una vez fue mío.

El dios de la visión extendió sus seis brazos.

- He buscado en tu mente. La justicia debe ser cumplida. Puedes retirar tu capucha.

Lentamente, Etarr dejó caer su máscara. Se llevó las manos al rostro. Era el suyo.

T'sais le miró como aturdida.

- Etarr -jadeó-. ¡Mi cerebro está completo! Veo... ¡Veo el mundo!

- A todo el que viene se le otorga justicia -dijo la sibilante voz.

Oyeron un gemido. Se volvieron y miraron a Javanne. ¿Dónde estaba el hermoso rostro, la boca de fresa, la delicada piel?

Su nariz era una triple cosa blanca y agitante, su boca un manchón putrefacto. Su mandíbula moteada colgaba fláccida, y su frente era negra y picuda. Lo único que quedaba de Javanne era el largo pelo rojo colgando sobre sus hombros.

- A todo el que viene se le otorga justicia -dijo la voz, y la visión del templo se desvaneció, y una vez más las frías aguas del mar crepuscular lamieron sus cinturas, y las rotas columnas se irguieron negras al cielo.

Regresaron lentamente a las criaturas aladas.

Etarr se volvió a Javanne.

- Ve -ordenó-. Vuela de regreso a tu cubil. Cuando el sol salga mañana, libérate tú misma del conjuro. Nunca vuelvas a molestarnos, porque poseo una magia que me advertirá y te destruiré si te acercas.

Y Javanne montó silenciosa en su oscura criatura y partió aleteando en la noche.

Etarr se volvió a T'sais y tomó su mano. Miró su blanco rostro ligeramente inclinado, sus ojos que replandecían con una alegría tan febril que parecían incendiados. Se inclinó y besó su frente; luego, juntos, mano sobre mano, subieron a sus estremecientes criaturas aladas, y volaron de vuelta a Ascolais.

IV

LIANE EL CAMINANTE

Liane el Caminante cruzaba el tenebroso bosque, pasando junto a los umbríos claros con un paso alegre y saltarín. Silbaba, cabrioleaba, estaba evidentemente de buen humor. Hacía girar en torno a su dedo un trozo de bronce labrado..., un gran anillo de metal grabado con intricados caracteres angulares, ahora teñidos de negro.

Lo había encontrado por una afortunada casualidad, enredado en torno a las raíces de un antiguo tejo. Al soltarlo había visto los caracteres en su cara interna..., duros y poderosos símbolos, sin duda la expresión de una antigua y potente runa... Mejor llevarlo a un mago y hacer probar su magia.

Liane hizo una mueca. Había objeciones a la idea. A veces parecía como si todas las criaturas vivientes conspirasen para exasperarle. Aquella misma mañana, el mercader de especias..., ¡qué escándalo había armado al morir! ¡Con qué poca consideración había salpicado de sangre los bajos de sus pantalones y sus sandalias! De todos modos, pensó Liane, incluso las cosas más desagradables tenían su compensación. Mientras cavaba su tumba había encontrado el anillo de bronce.

Y el humor de Liane se elevó; rió de pura alegría. Saltó, una y otra vez. La capa verde aleteaba tras él, la pluma roja de su sombrero oscilaba y se ladeaba... Pero cuidado: Liane frenó su paso..., no se debía actuar a la ligera con el misterio de la magia, si el anillo poseía realmente magia.

¡Experimentar, ésa era la palabra!

Se detuvo allá donde la luz rubí del sol llegaba sesgada hasta el suelo sin ser obstaculizada por el alto follaje. Examinó el anillo, siguió los glifos con la uña. Miró a su través. ¿Una delgada película, como un parpadeo? Lo mantuvo a la longitud de su brazo. Era a todas luces una pequeña corona. Se quitó el gorro, colocó el círculo de metal sobre sus cejas, hizo girar sus grandes ojos dorados, adoptó una actitud majestuosa... Extraño. Resbaló por su cabeza hasta quedar apoyado en sus orejas. Se inclinó por delante de sus ojos. Oscuridad. Liane se lo quitó frenéticamente. Un anillo de bronce, con un diámetro más o menos de la anchura de una mano. Muy extraño...

Probó de nuevo. Se deslizó sin dificultad por su cabeza, por sus hombros. Su cabeza se hallaba en la oscuridad de un extraño espacio separado. Mirando hacia abajo, vio descender el nivel de la luz exterior a medida que hacía descender el anillo.

Lentamente... Ahora estaba en torno a sus tobillos... Y con un pánico repentino, Liane arrancó el anillo por encima de su cuerpo, emergiendo, parpadeante, a la amarronada luz del bosque.

Vio un parpadeo blancoazulado, blancoverdoso, contra el follaje. Era un hombre-twk, montado en una libélula, y la luz destellaba reflejándose en las alas de la libélula.

- ¡Hey, señor! -llamó con voz viva Liane-. ¡Hey, señor!

El hombre-twk perchó su montura en una ramita.

- Bien, Liane, ¿qué es lo que quieres?

- Observa, y recuerda lo que veas. -Liane pasó el anillo por encima de su cabeza, lo bajó hasta sus pies, lo volvió a alzar. Miró al hombre-twk, que mascaba una hoja-. ¿Qué es lo que has visto?

- Vi a Liane desvanecerse de la vista de los mortales..., excepto las retorcidas puntas rojas de sus sandalias. Todo lo demás era aire.

- ¡Ja! -exclamó Liane-. ¡Piensa en ello! ¿Has visto alguna vez algo parecido?

- ¿Tienes sal? -preguntó indiferentemente el hombre-twk-. Me gustaría un poco de sal.

Liane cortó en seco su excitación, miró desde más cerca al hombre-twk.

- ¿Qué noticias me traes?

- Tres herbs mataron a Florejin el Constructor de Sueños e hicieron estallar todas sus burbujas. El aire sobre su casa estuvo coloreado durante varios minutos con los fragmentos.

- Un gramo.

- Lord Kandive el Dorado ha construido una gran barcaza de madera de mo tallada, de diez longitudes de alto, y ahora flota en el río Scaum para la regata, llena de tesoros.

- Dos gramos.

- Una bruja dorada llamada Lith ha venido a vivir al prado de Thamber. Es tranquila y muy hermosa.

- Tres gramos.

- Ya es suficiente -dijo el hombre-twk, y se inclinó hacia delante para observar mientras Liane pesaba la sal en una pequeña balanza. La guardó en pequeñas canastas que colgaban a cada lado del anillado tórax de la libélula, luego llevó el insecto a pleno aire y lo lanzó hacia adelante a través de la bóveda del bosque.

Liane probó una vez más su anillo de bronce, y esta vez lo llevó completamente más allá de sus pies, salió de él y entró el anillo en la oscuridad de su lado. ¡Qué maravilloso escondite! ¡Un agujero cuya abertura podía ocultarse dentro del propio agujero! Baja el anillo hasta tus pies, sal fuera, vuelve a entrar dentro, alza de nuevo su círculo por encima de tus hombros, y ya estás de vuelta en el bosque con un pequeño anillo de bronce en tus manos.

- ¡Jo! Y ahora vayamos al prado de Thamber a ver a la hermosa bruja dorada.

Su cabaña era una sencilla construcción de cañas entrelazadas..., un pequeño domo con dos ventanas redondas y una puerta baja. Vio a Lith en el estanque, con las piernas desnudas entre los brotes tiernos de las plantas acuáticas, atrapando ranas para su cena. Su blanca falda estaba subida y atada fuertemente en torno a sus caderas; permanecía completamente inmóvil, y los círculos concéntricos de la oscura agua se alejaban lentamente de sus esbeltas rodillas.

Era más hermosa de lo que Liane hubiera imaginado, como si una de las malgastadas burbujas de Florejin hubiera estallado allí sobre el agua. Su piel era como oro pálido diluido en crema, su pelo un oro mas denso y brillante. Sus ojos eran parecidos a los de Liane, grandes órbitas doradas, aunque un poco más separados y ligeramente oblícuos.

Liane avanzó y se plantó en la orilla. Ella alzó la vista, sobresaltada, con su carnosa boca un poco entreabierta.

- Hola, bruja dorada, éste es Liane. Ha venido a darte la bienvenida a Thamber; y te ofrece su amistad, su amor...

Lith se inclinó, recogió con la mano un puñado de limo de la orilla y lo arrojó al rostro del hombre.

Lanzando las más violentas maldiciones, Liane se limpió los ojos, pero la puerta de la choza se había cerrado.

Liane se dirigió a grandes zancadas a la puerta y la golpeó con el puño.

- ¡Abre y muestra tu rostro de bruja, o incendio la choza!

La puerta se abrió, y la muchacha se le quedó mirando, sonriente.

- ¿Y ahora qué?

Liane entró en la choza e intentó atraer a la muchacha hacia sí, pero veinte delgados dardos brotaron de la nada y veinte puntas pincharon ligeramente su pecho. Se detuvo, las cejas alzadas, la boca fruncida.

- Abajo acero -dijo Lith. Las hojas desaparecieron de la vista con un pequeño restallido-. Así de fácil hubiera podido arrebatarte tu vitalidad -dijo Lith-, si hubiera querido.

Liane frunció el ceño y se frotó la mandíbula, como si estuviera pensando.

- ¿Sabes? -dijo seriamente-, has hecho un tonteria. Liane es temido por aquellos que temen el temor, amado por aquellos que aman el amor. Y tú... -sus ojos recorrieron la dorada gloria de su cuerpo-, tú eres madura como una dulce fruta, eres ansiosa, resplandeces y tiemblas con amor. Tú gustas a Liane, y él gastará mucha ternura contigo.

- No, no -dijo Lith, con una débil sonrisa-. Eres demasiado apresurado.

Liane la miró con sorpresa.

- ¿De veras?

- Soy Lith -dijo la muchacha-. Y soy lo que dices que soy. Fermento, quemo, hiervo. Sin embargo no acepto otro amor que aquél que me ha servido. Debe ser valiente, rápido, astuto.

- Yo soy ése -dijo Liane. Se mordió el labio-. Pero las cosas no son normalmente así. Detesto esta indecisión. -Avanzó un paso-. Ven, vayamos...

Ella retrocedió.

- No, no. Tú olvidas. ¿Cómo me has servido, cómo te has ganado el derecho a mi amor?

- ¡Absurdo! -restalló Liane-. ¡Mírame! Observa mi perfecta gracia, la belleza de mi forma y de mis rasgos, mis grandes ojos, tan dorados como los tuyos, mi manifiesta voluntad y poder... Eres tú quien debería servirme a mí. Así es como lo conseguiré. -Se dejó caer en un diván bajo-. Mujer, tráeme vino.

Ella agitó la cabeza.

- En mi pequeña choza en forma de domo no puedo ser forzada. Quizá fuera, en el prado de Thamber..., pero aquí dentro, entre mis borlas azules y rojas, con mis veinte hojas de acero listas a mi llamada, tú debes obedecerme... Así que escoge. O bien te levantas y te vas, para no regresar nunca, o bien aceptas servirme en una pequena misión, y luego me tendrás a mí y a todo mi ardor.

Liane permanecía sentado derecho y rígido. Una extraña criatura, aquella bruja dorada. Pero, bien mirado, valía la pena dedicarle algún esfuerzo, y ya le haría pagar su osadía.

- Muy bien -dijo, condescendiente-. Te serviré. ¿Qué es lo que quieres? ¿Joyas? Puedo asfixiarte en perlas, cegarte con diamantes; Tengo dos esmeraldas del tamaño de tu puño, y son océanos verdes donde la mirada queda atrapada y vaga por siempre entre prismas verdes verticales...

- No, no joyas...

- Un enemigo, quizá. Oh, es tan simple. Liane matará diez hombres por ti. Dos pasos adelante, un golpe... ¡ya está! -hizo el gesto-. Y las almas partirán estremecidas como burbujas en una jarra de aguamiel.

- No. No quiero muertes.

Se sentó hacia atrás, frunciendo el ceño.

- ¿Qué, entonces?

Ella se dirigió a la parte de atrás de la estancia y apartó una cortina. Se corrió a un lado, mostrando un tapiz dorado. La escena era un valle limitado por dos empinadas montañas, un

amplio valle donde corría un plácido río, más allá de un tranquilo pueblo y un bosque. El río era dorado, doradas eran las montañas, dorados los árboles..., unos dorados tan variados, tan intensos, tan sutiles, que el efecto era como el de un paisaje multicolor. Pero el tapiz había sido brutalmente partido por la mitad.

Liane se sintió sumido en un trance.

- Exquisito, exquisito...

- Es el valle mágico de Ariveta -dijo Lith-. La otra mitad me ha sido robada, y su recuperación es el servicio que te pido.

- ¿Dónde está esa otra mitad? -quiso saber Liane-. ¿Quién es el bastardo?

Se acercó para examinarlo más de cerca.

- ¿Has oído hablar alguna vez de Chun? ¿De Chun el Inevitable?

Liane pensó.

- No.

- Él robó la mitad de mi tapiz y lo colgó en un salón de mármol, y su salón se halla en las ruinas al norte de Kaiin.

- ¡Ja! -murmuró Liane.

- El salón está junto al Lugar de los Suspiros, y está señalado por una columna inclinada con un medallón negro de un fénix y un reptil con dos cabezas.

- Iré -dijo Liane. Se puso en pie-. Un día hasta Kaiin, un día para robar el tapiz, un día de vuelta. Tres días.

Lith lo siguió hasta la puerta.

- Ve con cuidado con Chun el Inevitable -susurró.

Y Liane se alejó silbando, con la roja pluma oscilando sobre su sombrero verde. Lith lo observó alejarse, luego se volvió y se acercó lentamente al dorado tapiz.

- Mi Ariventa dorado -murmuró-, mi corazón llora y sangra con mi anhelo de ti...

El Derna es un río más rápido y menos caudaloso que el Scaum, su hinchado hermano del sur. Y mientras el Scaum serpentea en medio de un amplio valle, lleno de flores púrpuras, sembrado del blanco y gris de los desmoronados castillos, el Derna está encajonado en un pronunciado cañón, bordeado por boscosos farallones.

Una antigua carretera de pedernal seguía desde hacía tiempo el curso del Derna, pero ahora la exageración de los meandros había cortado en algunos trechos el pavimento, de modo que Liane, siguiendo el camino a Kaiin, se vio obligado ocasionalmente a abandonar la carretera y desviarse por extensiones de espinos y hierba-tubo que silbaba suavemente en la brisa.

El rojo sol, cruzando el universo como un viejo arrastrándose a su lecho de muerte, colgaba bajo en el horizonte cuando Liane llegó frente a la Cicatriz de Porfirio y miró hacia el blanco valle de Kaiin y la bahía azul de Sanreale más allá.

Directamente debajo estaba la plaza del mercado, una mezcla de puestos de venta de fruta, trozos de carne pálida, moluscos de las lodosas orillas, oscuros botellones de vino. Y la tranquila gente de Kaiin se movia por entre los puestos, comprando su subsistencia, llevándose lo adquirido a sus habitaciones de piedra.

Más allá de la plaza del mercado se alzaba una hilera de arruinadas columnas, como dientes rotos..., las piernas de la arena construida a sesenta metros del suelo por el Rey Loco Shin; más allá, en un bosquecillo de laurel, era visible el lustroso domo del palacio donde Kandive el

Dorado gobernaba Kaiin y tanto de Ascolais como uno podía ver desde el ventajoso punto de observación de la Cicatriz de Porfirio.

El Derna, que ya no era una corriente de agua clara, se derramaba a través de una red de canales y tubos subterráneos, y finalmente rezumaba más allá de los semipodridos mucíjes a la bahía de Sanreale.

Una cama para pasar la noche, pensó Liane; luego a su negocio por la mañana.

Bajó los escalones en zig-zag -adelante, atrás, adelante, atrás-, y llegó a la plaza del mercado. Y ahora se enfrentó a un grave problema. Liane el Caminante no era un desconocido en Kaiin, y muchos le tenían suficiente inquina como para intentar hacerle algún daño.

Avanzó pausadamente a la sombra del Muro Pannone, giró hacia una estrecha calle empedrada, bordeada por viejas casas de madera que resplandecían con el intenso marrón de las viejas canalizaciones para el agua a los rayos del sol poniente, y así llegó a una pequeña plaza y a la alta fachada de piedra de la Posada de los Magos.

El posadero, un hombre bajo y gordo, de ojos tristes, con una pequeña nariz bulbosa de idéntica forma que su cuerpo, estaba rascando las cenizas de la chimenea. Enderezó su espalda y se apresuró a acudir detrás del mostrador del pequeño nicho donde estaba situada la recepción.

- Una habitación bien aireada, y una cena de setas, vino y ostras -dijo Liane.

El posadero asintió humildemente con la cabeza.

- Por supuesto, señor... ¿Y cuánto pagarás por todo esto?

Liane arrojó sobre el mostrador un saquito de piel, cogido aquella misma mañana. El posadero alzó las cejas, complacido ante su fragancia.

- Los tallos subterráneos del arbusto spase, traídos de un lejano país -dijo Liane.

- Excelente, excelente... Tu habitación, señor, y tu cena. Inmediatamente.

Mientras Liane comía, aparecieron otros huéspedes de la casa y se sentaron ante el fuego con sendas jarras de vino, y la conversación se generalizó, y derivó hacia los magos del pasado y los grandes días de la magia.

- El gran Phandaal poseia un saber hoy perdido -dijo un viejo con el pelo teñido de naranja-. Ató cuerdas blancas y negras a las patas de gorriones y los envió en esta dirección. Y allá donde tejieron su tela mágica, aparecieron grandes árboles, campos con flores, frutos, nueces o bulbos con raros licores. Se dice que así tejió el Gran Bosque Da en las orillas de Sanra Water.

- Ja -dijo un hombre hosco vestido de azul oscuro, marrón y negro-. Esto puedo hacerlo yo. - Extrajo un trozo de cuerda, lo agitó, lo anudó, pronunció una suave palabra, y la vitalidad del conjuro fundió la cuerda en una lengua de fuego rojo y amarillo, que danzó, se enroscó y se agitó a uno y otro lado sobre la mesa, hasta que el hombre hosco la mató con un gesto.

- Yo puedo hacer esto -dijo una figura encapuchada con una capa negra salpicada de círculos plateados. Extrajo una pequeña bandeja, la depositó sobre la mesa y la espolvoreó con un puñado de cenizas tomadas de la chimenea. Sacó un silbato y lanzó un claro pitido, y de la bandeja se elevaron resplandecientes motas que llamearon con colores prismáticos, rojo, azul, verde, amarillo. Flotaron hasta unos treinta centímetros de altura y estallaron en fulgores de brillante color, cada una en un esquema hermosamente estrellado, y cada estallido sonó como una pequeña repetición del tono original..., el sonido más claro y puro del mundo. Las motas disminuyeron de número, el mago hizo sonar un tono distinto, y de nuevo flotaron las motas para estallar en gloriosas lentejuelas ornamentales. Otra vez..., otro enjambre de motas. Finalmente el mago volvió a guardar su silbato, limpió la bandeja, la metió en su capa y permaneció en silencio el resto de la velada.

Ahora fue el turno de los demás magos, y pronto el aire encima de la mesa hormigueó con visiones, se estremeció con conjuros. Uno mostró al grupo nueve nuevos colores de inefable

encanto y radiación; otro hizo que se formara una polilla en la frente del posadero y vilipendiara a los reunidos, con gran azaramiento del posadero, puesto que tenía su misma voz. Otro desplegó una botella verde de cristal desde la que un rostro demoníaco miraba y hacía muecas; otro una bola de puro cristal que rodaba adelante y atrás a voluntad del mago que la poseía, y que afirmaba que era un pendiente del legendario maestro Sankaferrin.

Liane había estado observándolo atentamente todo, murmurando con deleite ante el demonio embotellado, e intentando engañar al obediente cristal para que le obedeciera a él y no a su dueño, sin éxito.

Y Liane se volvió irritable, quejándose de que el mundo estaba lleno de hombres con el corazón más duro que una piedra, pero el mago con el pendiente de cristal permaneció indiferente, e incluso cuando Liane extendió doce saquitos de raras especies se negó a marcharse sin su juguete.

- Mi único deseo es complacer a la bruja Lith -se quejó Liane.

- Complácela con especias, entonces.

- De hecho -dijo Liane sinceramente-, tan sólo tiene un deseo, un trozo de tapiz que debo robarle a Chun el Inevitable.

Y miró de rostro en rostro, todos ahora repentinamente serios y silenciosos.

- ¿Qué causa una tan inmediata sobriedad? ¡Eh, posadero, más vino!

El mago con el pendiente dijo:

- Aunque el suelo estuviera lleno hasta la altura de los tobillos con vino..., ese fuerte vino rojo de Tanvilkat, la huella dejada por este nombre seguiría flotando aún en el aire.

- Ja -rió Liane-. Dejad tan sólo que un poco del sabor de ese vino pase por vuestros labios, y los vapores borrarán todo recuerdo.

- Mirad sus ojos -llegó un susurro-. Grandes y dorados.

- Y rápidos en ver -dijo Liane-. Y estas piernas..., rápidas en correr, ágiles como la luz de las estrellas sobre las olas. Y este brazo..., rápido en golpear con el acero. Y mi magia..., que me enviará a un refugio que está más allá de toda localización. -Dio un sorbo de vino de una jarra-. Ahora ved esto. Es magia de los antiguos días. -Colocó la banda de bronce sobre su cabeza, la bajó, se sumergió en la oscuridad. Cuando creyó que ya había pasado suficiente tiempo, salió de nuevo.

El fuego resplandecía, el posadero permanecía en su nicho tras el mostrador, el vino de Liane estaba a mano. Pero de los magos reunidos no había la menor huella.

Liane miró desconcertado a su alrededor.

- ¿Dónde están mis amigos de magia?

El posadero agitó la cabeza.

- Fueron a sus habitaciones; el nombre que pronunciaste pesaba sobre sus almas.

Y Liane bebió su vino en meditabundo silencio.

A la mañana siguiente abandonó la posada y tomó un camino que daba un rodeo hacia la Ciudad Vieja..., un gris amontonamiento de columnas caídas, bloques de piedra caliza maltratados por la intemperie, frontones desmoronados con inscripciones apenas legibles, terrazas enlosadas cubiertas de musgo color orín. Lagartos, serpientes, insectos, se arrastraban entre las ruinas; no se veía otra vida.

Abriéndose camino por entre los cascotes, casi tropezó con un cadáver..., el cuerpo de un joven, mirando al cielo con las cuencas vacías de lo que habían sido sus ojos.

Liane sintió una presencia. Saltó hacia atrás, con la espada preparada. Un encorvado viejo estaba inmóvil, observándole. Habló con voz débil y temblorosa:

- ¿Y qué has venido a hacer a la Ciudad Vieja?

Liane guardó su espada.

- Busco el Lugar de los Susurros. Quizá tú puedas orientarme.

El viejo lanzó un sonido croante que brotó de lo más profundo de su garganta.

- ¿Otro? ¿Otro? ¿Cuándo pararán?... -Hizo un gesto hacia el cadáver-. Este vino ayer buscando el Lugar de los Susurros. Quería robarle a Chun el Inevitable. Míralo ahora. -Se volvió-. Ven conmigo. -Desapareció junto a un montón de rocas caídas.

Liane le siguió. El viejo se detuvo junto a otro cadáver, con los ojos arrancados y las órbitas sangrantes-. Este vino hace cuatro días, y se encontró con Chun el Inevitable... Y ahí detrás de ese arco está aún otro, un gran guerrero con su armadura. Y ahí..., y ahí... -señaló, señaló-. Y ahí..., y ahí..., como moscas aplastadas.

Volvió su acuosa mirada a Liane.

- Regresa, joven, regresa..., a menos que quieras que tu cuerpo yazca aquí envuelto en tu verde capa para pudrirse sobre estas piedras.

Liane extrajo su espada y la blandió.

- Soy Liane el Caminante; dejemos que me causen miedo. ¿Y dónde está el Lugar de los Susurros?

- Si quieres saberlo -dijo el viejo-, está al otro lado de ese obelisco roto. Pero ve por tu cuenta y riesgo.

- Soy Liane el Caminante. El peligro va conmigo.

El viejo se mantuvo inmóvil, como una estatua carcomida por el tiempo, mientras Liane proseguía su camino.

Y Liane se preguntó: supongamos que este viejo era un agente de Chun, y que en este momento está yendo a avisarle... Será mejor tomar todas las precauciones. Saltó sobre un alto entablamiento y corrió agachado de vuelta hacia donde había dejado al anciano.

Allí estaba, murmurando para sí mismo, inclinado sobre su bastón. Liane dejó caer un bloque de granito tan grande como su cabeza. Un golpe, un crujido, un jadeo..., y Liane prosiguió su camino.

Rebasó el obelisco roto y se halló en un amplio patio..., el Lugar de los Susurros. Directamente opuesto a él había un amplio salón, marcado por una columna inclinada con un enorme medallón negro, el signo de un fénix y un lagarto de dos cabezas.

Liane se mezcló con las sombras de una pared y aguardó atisbando como un lobo, alerta a cualquier indicio de movimiento.

Todo estaba tranquilo. La luz del sol proporcionaba a las ruinas un melancólico esplendor. Desde todos lados, hasta tan lejos como el ojo podía alcanzar, no había más que piedras rotas, una enorme extensión de restos carcomidos por miles de lluvias, hasta el punto que cualquier sentido de la obra del hombre había desaparecido y la piedra había vuelto a unirse con la naturaleza.

El sol avanzaba cruzando el cielo azul oscuro. Liane abandonó su punto de observación y rodeó el gran salón. No se veía el menor signo de movimiento.

Se acercó al edificio por la parte de atrás y apretó el oído contra la piedra. Estaba muerta, sin vibración. Rodeó el lado..., observando arriba, abajo, a todas partes; una brecha en la pared. Liane miró dentro. Al fondo colgaba medio tapiz dorado. Por lo demás, la sala estaba vacía.

Liane miró hacia arriba, hacia abajo, a un lado, al otro. No había nada a la vista. Prosiguió rodeando el salón.

Llegó a otro lugar roto. Miró dentro. Al fondo colgaba el tapiz dorado. Nada más a derecha a izquierda, ningún sonido, nada visible.

Liane prosiguió hacia la parte frontal del salón y buscó bajo el alero; todo muerto como el polvo.

Tenía una clara vista de la estancia. Desnuda, yerma, excepto aquel trozo de tapiz dorado.

Liane entró, avanzando con largos pasos suaves. Se detuvo en mitad del salón. La luz llegaba hasta él desde todas partes excepto la pared del fondo. Había una docena de aberturas por las cuales huir, y ningún sonido excepto el apagado latir de su corazón.

Dio dos pasos hacia delante. El tapiz estaba casi al alcance de la yema de sus dedos.

Y detrás estaba Chun el Inevitable.

Liane gritó. Se volvió sobre piernas paralizadas, y eran de plomo, como las piernas de un sueño que se niegan a correr.

Chun se separó de la pared y avanzó. Sobre sus negros hombros relucientes llevaba una túnica de ojos engarzados con seda.

Liane estaba corriendo, a toda velocidad ahora. Saltaba, flotaba casi. Las puntas de sus pies apenas tocaban el suelo. Fuera de la sala, cruzando la plaza, atravesando la selva de estatuas rotas y columnas caídas. Y detrás estaba Chun, corriendo como un perro.

Liane aceleró a lo largo de la cresta de un muro y saltó una gran brecha hacia una fuente rota. Detrás de él llegó Chun.

Liane enfiló un estrecho callejón, trepó a una pila de escombros, a un tejado, bajó a un patio. Detrás llegó Chun.

Liane corrió a toda velocidad descendiendo una amplia avenida alineada con unos cuantos viejos cipreses atrofiados, y oyó a Chun muy cerca tras sus talones. Se volvió hacia el interior de una arcada, pasó su anillo de bronce por encima de su cabeza, lo bajó hasta sus pies. Saltó fuera, introdujo el anillo dentro de la oscuridad. Refugio. Estaba solo en un oscuro espacio mágico, desvanecido de la mirada y el conocimiento terrestres. Un cavilante silencio, un espacio muerto...

Sintió una agitación a sus espaldas, un suspiro del aire. Junto a su codo una voz dijo:

- Soy Chun el Inevitable.

Lith permanecía sentada en su camastro cerca de las velas, tejiendo un gorro de pieles de rana. La puerta de su choza estaba atrancada, las ventanas firmemente cerradas. Fuera, el prado de Thamber estaba sumido en la oscuridad.

Un rascar en su puerta, un crujido cuando el cierre fue probado. Lith se puso rígida y miró la puerta.

Una voz dijo:

- Esta noche, Oh Lith, esta noche son dos largas y brillantes tiras para ti. Dos porque los ojos eran tan grandes, tan amplios, tan dorados...

Lith permaneció sentada, inmóvil. Aguardó una hora; luego, arrastrándose hasta la puerta, escuchó. La sensación de una presencia estaba ausente. Una rana croó cerca.

Abrió la puerta de par en par, encontró las tiras y cerró la puerta. Corrió hacia su tapiz dorado y encajó las tiras en la deshilachada urdimbre.

Y contempló el dorado valle, enferma de añoranza por Ariventa, y las lágrimas enturbiaron el pacífico río, el tranquilo bosque dorado.

- La tela crece poco a poco... Un día estará completa, y entonces volveré a casa...

V

ULAN DHOR

El príncipe Kandive el Dorado habló ansiosamente a su sobrino Ulan Dhor.

- Debe quedar bien claro que la expansión de la habilidad y el nuevo saber tienen que ser compartidos entre nosotros.

Ulan Dhor, un esbelto joven, pálido de piel, con el pelo, ojos y cejas más negros que jamás se hubieran visto, sonrió pesaroso.

- Pero soy yo quien viajo hasta el agua olvidada, yo quien debe vencer a los demonios del mar con mi remo.

Kandive se reclinó en sus almohadones y se palmeó la nariz con un casquillo de jade tallado.

- Y yo quien hace posible la aventura. Además, soy ya un mago experto; el incremento de saber aumentará simplemente mi habilidad. Tú, que ni siquiera eres un novicio, ganarás tal conocimiento que te permitirá alinearte entre los magos de Ascolais. Esto es mucho más que tu actual status inefectivo. Visto desde esta luz, mi ganancia es escasa, la tuya es grande.

Ulan Dhor hizo una mueca.

- Cierto, aunque no estoy de acuerdo con la palabra «inefectivo». Conozco la Crítica del Escalofrío de Phandaal, soy un reconocido maestro de la espada, me hallo catalogado entre los Ocho Delafasianos como...

- ¡Puah! -se burló Kandive-. Los insípidos manerismos de la gente pálida, malgastando sus vidas. Melindrosas muertes, extravagantes libertinajes, mientras la Tierra transcurre sus últimas horas, y ninguno de vosotros se ha aventurado ni un kilómetro fuera de Kaiin.

Ulan Dhor contuvo su lengua, reflexionando que el príncipe Kandive el Dorado no era conocido precisamente por despreciar los placeres del vino, de la cama o de la mesa, y que su salida conocida más lejos del palacio en forma de domo lo había llevado hasta su tallada barcaza en el río Scaum.

Kandive, apaciguado por el silencio de Ulan Dhor, adelantó una caja de marfil.

- Bien, pues. Si estamos de acuerdo, te investiré con conocimiento.

Ulan Dhor asintió.

- Estamos de acuerdo.

- La misión te llevará hasta la ciudad perdida de Ampridatvir -dijo Kandive.

Observó el rostro de Ulan Dhor con ojos entrecerrados; Ulan Dhor mantuvo una expresión hermética-. Nunca la he visto -prosiguió Kandive-. Porrina el Noveno la lista como la última de las ciudades de Olek'hnit, situada en una isla en el Melantine del Norte. -Abrió la caja-. Este relato, que encontré en un antiguo fajo de pergaminos, es el testamento de un poeta que huyó de Ampridatvir tras la muerte de Rogol Domedonfors, su último gran líder, un mago de gran fuerza, mencionado cuarenta y tres veces en la Ciclopedia.

Kandive extrajo un crujiente rollo de pergamino y, abriéndolo, leyó:

;«Ampridatvir está perdida. Los míos han olvidado la doctrina de la fuerza y la disciplina y solamente se preocupan de la superstición y la teología. Las disputas son interminables: ¿Es Pansiu el excelente puncipio y Cazdal depravado, o es Cazdal el dios virtuoso y Pansiu el mal esencial?

;»Esas cuestiones son debatidas con fuego y acero, y el recuerdo me enferma; ahora abandono Ampridatvir al declive que seguramente va a llegar, y me traslado al placentero valle de Mel-Palusas, donde acabaré esta fugaz vida mía.

;»He conocido el Ampridatvir de los antiguos; he visto las torres resplandeciendo con una maravillosa luz, arrojando haces a la noche que desafiaban al propio sol. Y Ampridatvir era hermosa..., oh, mi corazón sangra cuando pienso en la vieja ciudad. Las viñas de Semir caían en cascada de un centenar de jardines colgantes, el agua corría azul como el cielo límpido en los tres canales. Los coches de metal rodaban incesantemente por las ciudades, los vehículos metálicos poblaban los cielos tan densamente como abejas en torno a una colmena..., porque, maravilla de maravillas, habíamos ideado tramas de escupiente fuego que anulaban el pesado poder de la Tierra... Pero nunca en mi vida vi el blanqueo del espíritu. Un exceso de miel entorpece la lengua, un exceso de vino embota el cerebro; así que un exceso de comodidad priva al hombre de su fuerza. Luz, calor, comida, agua, todo estaba al alcance de todos los hombres, y ganado con un mínimo de esfuerzo. Así la gente de Ampridatvir, liberada de trabajar, se dedicaba cada vez más a los caprichos, a la perversidad y a lo oculto.

;»En todo lo que alcanza mi memoria, Rogol Domedonfors gobernaba la ciudad. Conocía la ciencia de todas las eras, los credos del fuego y de la luz, de la gravedad y la contragravedad, el conocimiento de la numeración superfísica, el metatasmo, la corolopsis. Pese a su profundidad, era poco práctico en su gobierno, y ciego al ablandamiento del espíritu ampridatviriano. Esa debilidad y letargia, tal como él la veía, la achacaba a una falta de educación, y en sus últimos años desarrolló una tremenda máquina para liberar a los hombres de todo trabajo y así permitirles un ocio total para la meditación y la disciplina ascética.

;»Mientras Rogol Domedonfors completaba su gran obra, la ciudad se disolvía en la turbulencia... el resultado de una monstruosa histeria religiosa.

;»Las sectas rivales de Pansiu y Cazdal habían existido desde hacía tiempo, pero poca gente aparte los sacerdotes sostenía la disputa. De pronto los cultos se pusieron de moda; la población se abocó a adorar a una u otra de las deidades. Los sacerdotes, celosos rivales desde hacía tiempo, se sintieron encantados con su nuevo poder, y exhortaron a los conversos a una cruzada de celo. Surgieron las fricciones, la emoción se desbocó, hubo tumultos y violencia. Y un malhadado día una piedra golpeó a Rogol Domedonfors y lo arrojó desde un balcón.

;»Tullido y debilitado pero negándose a morir, Rogol Domedonfors completó su mecanismo subterráneo, Instaló vestíbulos por toda la ciudad, y luego se postró en su lecho de muerte. Dio una instrucción a su nueva máquina, y cuando Ampridatvir despertó a la mañana siguiente, la gente descubrió que su ciudad carecía de energía y luz, las fábricas de comida estaban paradas, los canales desviados.

;»Se precipitaron aterrorizados a Rogol Domedonfors, que les dijo: "Durante mucho tiempo he estado ciego a vuestra decadencia y excentricidades; ahora os desprecio; habéis sido la muerte para mi."

;»"¡Pero la ciudad muere! ¡La raza perece!", gritaron.

;»"Debéis salvaros por vosotros mismos", -les respondió Rogol Domedonfors. "Habéis ignorado la antigua sabiduría, habéis sido demasiado indolentes para aprender, habéis buscado la complacencia fácil de la religión en vez de enfrentaros como hombres al mundo. He decidido imponeros una amarga experiencia, que espero os sea saludable."

;»Llamó a los sacerdotes rivales de Pansiu y Cazdal, y les tendió a cada uno una tableta de metal transparente.

;»"Estas tabletas, solas, son inútiles; unidas, puede leerse un mensaje. Quien lea el mensaje tendrá la clave del antiguo conocimiento, y tendrá en sus manos el poder que había planeado para mi propio uso. Ahora iros, y así podré morir."

;»Los sacerdotes, mirándose furiosos entre sí, partieron, llamaron a sus seguidores, y así empezó una gran guerra.

;»El cuerpo de Rogol Domedonfors nunca fue encontrado, y algunos dicen que su esqueleto yace aún en los pasadizos debajo de la ciudad. Las tabletas se hallan guardadas en los templos

rivales. Por la noche hay asesinatos, por el día hambre en las calles. Muchos han huido al continente, y ahora yo les sigo, dejando Ampridatvir, el último hogar de la raza. Construiré una choza de madera en la ladera del monte Liu y viviré el resto de mis días en el valle de Mel-Palusas.»

Kandive volvió a doblar el rollo y lo colocó de nuevo en la caja.

- Tu tarea -le dijo a Ulan Dhor- es viajar hasta Ampridatvir y recuperar la magia de Rogol Domedonfors.

Ulan Dhor dijo pensativamente:

- Eso fue hace mucho tiempo... Miles de años...

- Correcto -dijo Kandive-. Sin embargo, ninguna de las historias sobrevivientes hace otra mención de Rogol Domedonfors, y en consecuencia creo que la sabiduría de Rogol Domedonfors sigue aún por hallar en la antigua Ampridatvir.

Durante tres semanas surcó Ulan Dhor el tranquilo océano. El sol surgía brillante como la sangre del horizonte y atravesaba el cielo, y el agua estaba calmada, excepto el ligero agitar de la brisa y las dobles marcas que se ensanchaban lentamente de la estela de Ulan Dhor. Luego venía el ocaso, la última mirada triste a través del mundo; después el anochecer púrpura y la noche. Las antiguas estrellas se abrían en el cielo y la estela tras Ulan Dhor resplandecía fantasmalmente blanca. Entonces examinaba atentamente la superficie esperando que se produjera algo en ella, porque se sentía enormemente solo en el oscuro rostro del océano. Durante tres semanas surcó Ulan Dhor el golfo Melantine, hacia el norte y hacia el Oeste, y una mañana vio

a la derecha la oscura sombra de la costa y a la izquierda la imponente masa de una isla, casi perdida entre la bruma. Cerca de su proa apareció una desmañada barcaza, que avanzaba torpemente accionada por una vela cuadrada de caña trenzada. Ulan Dhor estableció un rumbo paralelo a ella, y vio en la barcaza a dos hombres vestidos con burdos pantalones verdes, pescando. Tenían el pelo rubio avena y los ojos azules, y mostraron expresiones de estupefacción. Ulan Dhor arrió su vela y se arrimó al costado de la barcaza. Los pescadores ni se movieron ni hablaron.

- Parecéis poco familiarizados con la vista de un hombre -dijo Ulan Dhor. El más viejo de los dos prorrumpió con un nervioso canto que Ulan Dhor comprendió que era una invocación contra demonios y extraños. Ulan Dhor se echó a reír.

- ¿Por qué lanzáis invectivas contra mí? Soy un hombre como vosotros.

El más joven de los dos pescadores dijo en un dialecto amplio:

- Razonamos que eres un demonio. En primer lugar, no hay nadie de nuestra raza con pelo y ojos negros como la noche. En segundo lugar, la Palabra de Pansiu niega la existencia de otros hombres. En consecuencia, no puedes ser un hombre, y tienes que ser un demonio.

El más viejo dijo en un susurro:

- Contén tu lengua; no digas una palabra. Maldecid los tonos de tu voz...

- Estáis equivocados, os lo aseguro -respondió educadamnte Ulan Dhor- ¿Habéis visto alguna vez un demonio?

- Nunca, excepto los gauns.

- ¿Me parezco yo a los gauns?

- En absoluto -admitió el más viejo.

Su compañero señaló la chaqueta escarlata mate y los pantalones verdes de Ulan Dhor.

- Evidentemente es un Incursor; observa el color de su atuendo.

- No -dijo Ulan Dhor-. No soy ni un Incursor ni un demonio. Simplemente soy un hombre...

- No existen los hombres excepto los Verdes..., eso dice Pansiu.

Ulan Dhor echó la cabeza hacia atrás y rió.

- La Tierra no es más que selva y ruinas, cierto, pero aún hay muchos hombres que la recorren... Decidme, la ciudad de Ampridatvir, ¿puede encontrarse en esa isla de ahí enfrente?

El hombre más joven asintió.

- ¿Y vosotros vivís allí?

El joven volvió a asentir.

Incómodo, Ulan Dhor dijo:

- Tengo entendido que Ampridatvir era un conjunto de ruinas abandonadas..., solitarias, desoladas.

El joven, con una expresión astuta, dijo:

- ¿Y qué es lo que buscas en Ampridatvir?

Ulan Dhor pensó: mencionaré las tabletas y observaré su reacción. Es bueno saber si esas tabletas son conocidas, y si lo son, cómo son consideradas. Dijo:

- He navegado tres semanas para encontrar Ampridatvir e investigar unas legendarias tabletas.

- Ah -dijo el viejo-. ¡Las tabletas! Es un Incursor, entonces. Lo veo claramente. Observa sus pantalones verdes. Un Incursor de los Verdes...

Ulan Dhor, esperando hostilidad como resultado de su identificación, se sorprendió al descubrir una expresión más placentera en los rostros de los hombres, como si ahora hubieran resuelto una preocupante paradoja. Muy bien, pensó; si eso es lo que quieren, que así sea.

El más joven de los dos pescadores quería una claridad total.

- ¿Es eso lo que reclamas entonces, hombre oscuro? ¿Llevas el rojo como Incursor para los Verdes?

- Mis planes aún no han sido totalmente definidos -dijo cautelosamente Ulan Dhor.

- ¡Pero llevas el rojo! ¡Ése es el color que llevan los Incursores! He aquí una forma particularmente retorcida de pensar, reflexionó Ulan Dhor. Es casi como si una roca bloqueara el fluir de su pensamiento y desviara la corriente

con un chapoteo y una salpicadura. Dijo:

- Allá de donde vengo, un hombre lleva los colores que elige.

El viejo dijo ansiosamente:

- Pero llevas el Verde, así que evidentemente has elegido hacer tu incursión para los Verdes. Ulan Dhor se alzó de hombros, sintiendo la roca cruzando el canal mental.

- Si así lo quieres... ¿Qué otros hay aquí?

- Nadie, ningún otro -respondió el viejo-. Nosotros somos los Verdes de Ampridatvir.

- Entonces..., ¿a quién incursiona un Incursor?

El joven se agitó inquieto y tiró de su caña.

- Incursiona un templo en ruinas del demonio Cazdal, en busca de la tableta perdida de Rogol Domedonfors.

- En ese caso -dijo Ulan Dhor-, puedo convertirme en un Incursor.

- Para los Verdes -dijo el viejo, mirándole de soslayo.

- Ya basta, ya basta -dijo el otro-. El sol ha cruzado el cenit. Será mejor que volvamos a casa.

- De acuerdo -dijo el viejo, con una repentina energía-. El sol ya cae.

El joven miró a Ulan Dhor.

- Si te propones incursionar, será mejor que vengas con nosotros.

Ulan Dhor lanzó un cabo a la barcaza, añadiendo su vela de tela a la cuadrada de cañas trenzadas, y apuntaron sus proas hacia la orilla. Era muy hermoso cruzar las soleadas olas del atardecer hacia la boscosa isla, y mientras rodeaban el cabo oriental, Ampridatvir se ofreció a su vista.

Una línea de bajos edificios hacía frente al puerto, y más allá se levantaban torres como Ulan Dhor nunca había imaginado que existieran..., espiras de metal alzándose más allá de las alturas centrales de la isla para resplandecer a la luz del sol poniente. Tales ciudades eran leyendas del pasado, sueños de un tiempo en el que la Tierra era joven. Ulan Dhor miró especulativamente a la barcaza, a las toscas ropas verdes de los pescadores. ¿Eran campesinos? ¿Iba a convertirse en blanco del ridículo, llegando así a la resplandeciente ciudad? Se volvió incómodo hacia la ciudad, mordiéndose el labio. Según Kandive, Ampridatvir tenía que ser un conjunto de columnas caídas y escombros, como la Ciudad Vieja encima de Kaiin...

El sol se hundió en el agua, y ahora Ulan Dhor, con un repentino estremecimiento, observó los desmoronamientos en la base de las torres; allí estaba lo que esperaba, la desolación que Kandive había predicho. Sorprendentemente, el hecho proporcionó a Ampridatvir una majestuosidad adicional, la dignidad de un monumento perdido. El viento había aflojado, el avance del bote y la barcaza eran muy lentos. Los pescadores traicionaban ansiedad, murmurándose el uno al otro, ajustando su vela para extraer el máximo de ella, tensando sus estays.

Pero antes de que penetraran en las rompientes, el ocaso púrpura se había adueñado de la ciudad, y las torres se convirtieron en tremendos monolitos negros. En la casi oscuridad amarraron en un muelle de troncos, entre otras barcazas, algunas pintadas de verde, otras de gris.

Ulan Dhor saltó al muelle.

- Un momento -dijo el pescador más joven, observando la chaqueta roja de Ulan Dhor

- No es juicioso vestir así, ni siquiera por la noche. -Rebuscó en una caja y extrajo una capa verde, deshilachada y oliendo a pescado-. Ponte esto, y mantén la capucha sobre tu pelo negro...

Ulan Dhor obedeció, con una mueca de disgusto para sí mismo. Preguntó:

- ¿Dónde puedo obtener cena y cama para esta noche? ¿Hay hoteles o posadas en Ampridatvir?

- Puedes pasar la noche en mi casa -dijo el joven, sin entusiasmo. Los pescadores cargaron la pesca del día sobre sus hombros, subieron a muelle, y miraron ansiosamente por entre los cascotes.

- Parecéis intranquilos -dijo Ulan Dhor.

- Si -dijo el joven-. Por la noche, los gauns merodean por las calles.

- ¿Qué son los gauns?

- Demonios.

- ¿Hay muchas variedades de demonios? -dijo Ulan Dhor casi jovialmente-. ¿Cómo son ésos?

- Son como hombres horribles. Tienen brazos grandes y largos que agarran y hacen...

- ¡Jo! -murmuró Ulan Dhor, llevando instintivamente la mano al pomo de su espada-. ¿Cómo los permitís?

- No podemos hacerles ningún daño. Son feroces y fuertes..., pero afortunadamente no demasiado ágiles.

Con suerte y un poco de atención... Ulan Dhor observó ahora los escombros con una expresión tan cautelosa como los pescadores. Aquella gente estaba familiarizada con los peligros del lugar; obedecería sus consejos hasta que conociera mejor el terreno. Cruzaron la primera hilera de ruinas, entraron en un cañón al que no llegaba la luz del ocaso debido a los pináculos a ambos lados, que resplandecían débilmente a la luz reflejada.

¡Muerte!, pensó Ulan Dhor. El lugar estaba bajo el sudario de la muerte polvorienta. ¿Dónde estaban los activos millones de la antigua Ampridatyir? Reducidos a polvo, su humedad mezclada con el océano, junto con la de cualquier otro hombre y mujer que habían vivido sobre la Tierra. Ulan Dhor y los dos pescadores descendieron por la avenida, figuras pigmeas caminando por una ciudad de sueño, y Ulan Dhor miró friamente a uno y otro lado... El príncipe Kandive el Dorado había dicho la verdad. Ampridatvir era la auténtica definición de lo antiguo. Las ventanas se abrían como bostezos negros, el cemento se había cuarteado, los balcones colgaban locamente, las terrazas estaban abrumadas de polvo. Los escombros llenaban las calles..., bloques de piedra de las caídas columnas, metal aplastado y retorcido. Pero Ampridatvir seguía viviendo con una extraña vida interminable allá donde los constructores habían utilizado sustancias sin edad, energías eternas. Bandas de oscuro y reluciente material fluían como agua a cada lado de la calle..., lentamente a los extremos, con rapidez en el centro. Los pescadores subieron como cosa de cada día a una de esas bandas, y Ulan Dhor les siguió torpemente hasta el rápido centro.

- Veo calles fluyendo como ríos aquí en Ampridatvir -dijo-. Me llamáis demonio; sinceramente, creo que el guante está en la otra mano.

- Esto no es magia -dijo el joven secamente-. Es lo normal en Ampridatvir.

A intervalos regulares a lo largo de la calle se erguían vestíbulos de piedra de unos tres metros de alto, con la apariencia de rampas de refugio que conducían bajo tierra.

- ¿Qué hay debajo? -preguntó Ulan Dhor.

Los pescadores se alzaron de hombros.

- Las puertas están cerradas. Ningún hombre las ha cruzado nunca. La leyenda dice que fueron la última obra de Rogol Domedonfors.

Ulan Dhor contuvo más preguntas, observando un creciente nerviosismo en los pescadores. Contagiado por su aprensión, llevó su mano a la espada.

- Nadie vive en esta parte de Ampridatvir -dijo el viejo pescador en un ronco susurro-. Es antigua más allá de toda imaginación, sólo está poblada por fantasmas. Las calles desembocaban en una plaza central, con las torres caídas ante ellos. La cinta deslizante desembocó en una parada, como el agua fluyendo en un estanque.

Aquí brillaba la primera luz artificial que Ulan Dhor había visto..., un resplandeciente globo colgado de un arqueado poste de metal. A aquella luz Ulan Dhor vio a un joven envuelto en una capa gris cruzando apresuradamente la plaza... Un movimiento entre las ruinas; los pescadores jadearon, se agacharon. Una criatura pálida como un cadáver salió a la luz. Sus brazos colgaban nudosos y largos; un sucio pelaje cubría sus piernas. Unos enormes ojos miraban desde un picudo cráneo blanco como un hongo; dos colmillos sobresalían de la protuberante boca. Saltó sobre el desgraciado de la capa gris y lo aferró con sus brazos; luego, volviéndose, lanzó a Ulan Dhor y los pescadores una mirada de maléfico triunfo. Y entonces vieron que la víctima era una mujer... Ulan Dhor extrajo su espada.

- ¡No, no! -susurró el viejo-. ¡El gaun seguirá su camino!

- ¡Pero ha cogido a la mujer! ¡Podemos salvarla!

- El gaun no ha cogido a nadie.

- El viejo aferró su hombro.

- ¿Estás ciego, hombre? -exclamó Ulan Dhor.

- No hay nadie en Ampridatvir excepto los Verdes -dijo el joven- Quédate con nosotros.

Ulan Dhor vaciló. ¿Era la mujer de gris, entonces, un fantasma? Si era así, ¿por qué no lo decía claramente el pescador? El gaun, con una insolente tranquilidad, echó a andar hacia un largo edificio de oscuros arcos desmoronados.

Ulan Dhor echó a correr a través de la blanca plaza de la antigua Ampridatvir.

El monstruo se volvió para enfrentarse a él y lanzó hacia delante un gran y nudoso brazo, tan largo como alto era un hombre, terminado en un manojo de dedos cubiertos de un blanco pelo.

Ulan Dhor dio un tremendo golpe con su espada; el antebrazo del gaun colgó de la desgarrada carne y de un casi seccionado hueso.

Saltando hacia atrás para evitar el chorro de sangre, Ulan Dhor eludió la presa del otro brazo que intentaba agarrarle por el otro lado. Golpeó de nuevo, otro gran tajo, y el segundo antebrazo colgó fláccido, también casi seccionado. Se acercó de un salto, apuntó su hoja a los ojos de la criatura y golpeó con todas sus fuerzas en la caja craneana de la bestia.

La criatura murió en medio de una serie de locas contorsiones y saltos maníacos que la llevaron danzando a todo alrededor de la plaza.

Ulan Dhor, jadeando, dominando la náusea, miró a la mujer de ojos desorbitados. Estaba poniéndose débilmente en pie. Tendió una mano para ayudarla, y observó que era esbelta y joven, con un pelo rubio que descendía libremente hasta la altura de su barbilla. Tenía un rostro hermoso y agradable, pensó Ulan Dhor..., sincero, de ojos claros, inocente. Ella pareció no darse cuenta de la presencia del hombre, ocupada en envolverse de nuevo en su capa gris, medio vuelta hacia un lado. Ulan Dhor empezó a temer que la impresión hubiera afectado su mente. Avanzó unos pasos y miró directamente a su rostro.

- ¿Te encuentras bien? ¿Te ha hecho algún daño la bestia? La sorpresa se reflejó en el rostro de ella, casi como si Ulan Dhor fuera otro gaun. Su mirada rozó su capa verde, se desvió rápidamente a su rostro, a su pelo negro.

- ¿Quién... eres? -susurró.

- Un extranjero -dijo Ulan Dhor-, y muy desconcertado por las costumbres de Ampridatvir. - Miró a su alrededor en busca de los pescadores; no se les veía por ninguna parte.

- ¿Un extranjero? -preguntó la muchacha-. Pero el Tracto de Cazdal nos dice que los gauns han destruido a todos los hombres excepto a los Grises de Ampridatvir.

- Cazdal es tan incorrecto como Pansiu -observó Ulan Dhor-. Quedan aún muchos hombres en el mundo.

- Debo creerlo -dijo la muchacha-. Tú hablas, existes..., eso está claro.

Ulan Dhor observó que ella mantenía sus ojos clavados en su capa verde. Hedía a pescado; sin pensarlo dos veces, se la quitó y la echó a un lado.

La mirada de la muchacha se clavó ahora en su chaqueta roja.

- Un Incursor...

- ¡No, no, no! -exclamó Ulan Dhor-. A decir verdad, considero todo esto de los colores más bien aburrido. Soy Ulan Dhor de Kaiin, sobrino del príncipe Kandive el Dorado, y mi misión es buscar las tabletas de Rogol Domedonfors.

La muchacha sonrió débilmente.

- Eso hacen los Incursores, y para ello se visten de rojo, y así las manos de todos se vuelven contra ellos, porque cuando van vestidos de rojo, ¿quién sabe si son Grises o...?

- ¿O qué?

Ella pareció confusa, como si aquella faceta de la cuestión no se le hubiera ocurrido.

- ¿Fantasmas? ¿Demonios? Hay extrañas manifestaciones en Ampridatvir.

- Más allá de toda discusión -admitió Ulan Dhor. Miró al otro lado de la plaza-. Si lo deseas, te acompañaré hasta tu casa; y quizás haya en ella algún rincón donde pueda dormir esta noche.

- Te debo mi vida -dijo la muchacha-, y te ayudaré en la medida que pueda. Pero no me atrevo a llevarte a mi casa. -Sus ojos descendieron a lo largo del cuerpo del hombre hasta detenerse en sus pantalones verdes, y entonces se apartaron-. Habría confusión e interminables explicaciones...

Ulan Dhor dijo ambiguamente:

- Tienes un compañero, ¿eh? Ella le miró rápidamente..., una extraña coquetería, un extraño escarceo allá a las sombras de la antigua Ampridatvir, la muchacha enfundada en una tosca capa gris, la cabeza inclinada hacia un lado y el amarillo pelo cayendo en cascada sobre sus hombros; Ulan Dhor elegante, oscuramente aquilino, en pleno dominio de su ser.

- No -dijo ella-. No hay nadie, por ahora. -Un ligero sonido la sobresaltó; se estremeció, miró temerosa al otro lado de la plaza-. Es posible que haya más gauns. Puedo llevarte a un lugar seguro; luego, mañana, podemos hablar...

Lo condujo cruzando el arco de un portal a una de las torres, subieron a un entresuelo.

- Estarás a salvo aquí hasta la mañana. -Dio un apretón a su brazo-. Te traeré comida, si me esperas...

- Te esperaré.

La mirada de la muchacha se posó con aquel extraño titubeo en su chaqueta roja, luego apenas rozó sus pantalones verdes..

- Y te traeré una capa.

Se fue. Ulan Dhor la vio bajar ágilmente las escaleras y salir de la torre como un espectro. Pronto hubo desaparecido. Se acomodó en el suelo. Era una sustancia suave y elástica, cálida al tacto...

Una extraña ciudad, pensó Ulan Dhor, una extraña gente, reaccionando a insospechadas compulsiones. ¿O existían realmente fantasmas?

Se sumió en una serie de espasmódicas somnolencias, y finalmente despertó para descubrir el suave rosa del amanecer infiltrándose a través del arco del portal.

Se puso en pie, se frotó el rostro y, tras una momentánea vacilación, descendió del entresuelo a la planta baja de la torre y salió a la calle. Un niño con una bata gris vio su chaqueta roja, pasó aleteando sus ojos por sus pantalones verdes, lanzó un chillido de terror y corrió hacia el otro lado de la plaza. Ulan Dhor retrocedió de vuelta a las sombras con una maldición. Había esperado desolación. Ante la hostilidad podía contraatacar o huir. Pero aquel asombroso temor lo dejaba indefenso.

Una figura apareció en la entrada... la muchacha.

Escrutó las sombras; su rostro era tenso, ansioso. Ulan Dhor se dejó ver. Ella sonrió repentinamente y su rostro cambió.

- Te traje algo para desayunar -dijo. Y también ropas decentes.

Depositó pan y pescado ahumado ante él, y le sirvió té de hierbas caliente de una jarra de barro. Mientras comía, Ulan Dhor la estudió, y ella lo estudió a él. Había tensión en sus relaciones; ella se sentía incompletamente segura, y él podía sentir las presiones en su mente.

- ¿Cómo te llamas? -preguntó ella.

- Soy Ulan Dhor. ¿Y tú?

- Elai.

- Elai... ¿Eso es todo?

- ¿Necesito más? Es suficiente, ¿no?

- Oh, por supuesto.

Ella se sentó delante de él, con las piernas cruzadas.

- Háblame del lugar de donde vienes.

- Ascolais es ahora en su mayor parte un gran bosque, donde pocos se atreven a aventurarse -dijo Ulan Dhor- Yo vivo en Kaiin, una ciudad muy antigua, quizá tan antigua como Ampridatvir, pero no tenemos estas torres ni estos caminos flotantes. Vivimos en los palacios de mármol y madera de los tiempos antiguos, incluso los pobres y los más humildes. De hecho, algunas hermosas edificaciones están cayendo en ruinas por falta de ocupantes.

- ¿Y cuál es tu color? -preguntó con voz tentativa.

- Eso son tonterías -dijo Ulan Dhor impacientemente- Llevamos todos los colores; nadie piensa de una forma u otra al respecto... ¿Por qué te preocupas de este modo acerca de los colores? Por ejemplo, ¿por qué llevas el gris y no el verde? Los ojos de la muchacha aletearon y se apartaron de los suyos; crispó nerviosamente las manos.

- ¿El verde? Ése es el color del demonio Pansiu. Nadie en Ampridatvir lleva el verde.

- Por supuesto que hay gente que lleva el verde -dijo Ulan Dhor- Ayer me encontré con dos pescadores en el mar y llevaban el verde, y ellos me guiaron dentro de la ciudad.

Ella agitó negativamente la cabeza, sonriendo con tristeza.

- Estás equivocado.

Ulan Dhor se echó hacia atrás en su posición sentada.

Finalmente dijo:

- Esta mañana un niño me vio y echó a correr chillando.

- Debido a tu chaqueta roja -dijo Elai- Cuando un hombre desea ganar honor para sí, se pone una chaqueta roja y cruza la ciudad hasta el antiguo templo abandonado de Pansiu, para buscar la mitad perdida de la tableta de Rogol Domedonfors. La leyenda dice que cuando los Grises recuperen la tableta perdida, su poder volverá a ser fuerte.

- Si el templo está abandonado -preguntó secamente Ulan Dhor-, ¿por qué ningún hombre ha tomado la tableta?

Ella se alzó de hombros y miró vagamente al espacio.

Creemos que está guardada por fantasmas... En cualquier caso, de tanto en tanto es descubierto un hombre vestido de rojo realizando una incursión también en el templo de Cazdal, y es matado inmediatamente. Un hombre de rojo es en consecuencia un enemigo para todos, y todas las manos se vuelven contra él.

Ulan Dhor se puso en pie y se envolvió en la capa gris que le había traído la muchacha.

- ¿Qué planes tienes? -quiso saber Elai, levantandose rápidamente.

- Pretendo buscar las tabletas de Rogol Domedonfors, tanto en el templo de Cazdal como en el de Pansiu.

La muchacha agitó la cabeza.

- Imposible. El templo de Cazdal es un lugar prohibido a todos menos a los venerables sacerdotes, y el templo de Pansiu está custodiado por fantasmas.

Ulan Dhor sonrió.

- Si me mostraras dónde están situados los dos templos...

- Iré contigo... Pero debes permanecer envuelto en la capa, o las cosas van a ir mal para los dos.

Salieron a la luz del sol. La plaza estaba salpicada de grupos de hombres y mujeres que se movían lentamente. Algunos iban vestidos de verde, otros de gris, y Ulan Dhor observó que no había ningún tipo de relación entre ellos. Los verdes se detenían junto a tenderetes pintados de verde que vendían pescado, pieles, fruta, carne, cerámica, cestos. Los grises se dirigían a tenderetes idénticos pintados de gris. Vio dos grupos de chiquillos, uno con harapos verdes, el otro grises, jugando a diez pasos de distancia, sin dirigirse los unos a los otros ni la más leve ojeada. Una pelota de telas atadas rodó del grupo Gris al grupo Verde. Un chiquillo Gris corrió tras ella, la recogió de debajo de los pies de un chiquillo Verde, y ni siquiera pareció darse cuenta de la existencia del otro.

- Extraño -murmuró Ulan Dhor-. Extraño.

- ¿Qué es extraño? preguntó Elai-. No veo nada extraño...

- Mira -dijo Ulan Dhor-, junto a esa columna. ¿Ves ese hombre con la capa verde?

Ella le miró con sorpresa.

- No hay ningún hombre allí.

- Hay un hombre allí -dijo Ulan Dhor-. Mira de nuevo.

Ella se echó a reír.

- Estás bromeando... ¿O acaso puedes ver fantasmas?

Ulan Dhor agitó la cabeza, derrotado.

- Sois víctimas de alguna poderosa magia.

La muchacha le condujo hasta una de las carreteras rodantes; mientras eran llevados a través de la ciudad, Ulan Dhor observó un vehículo con forma de bote construido de brillante metal, con cuatro ruedas y un compartimiento transparente.

Lo señaló.

- ¿Qué es esto?

- Es un coche mágico. Cuando es apretada una cierta palanca, la magia de los tiempos antiguos le proporciona gran velocidad. Los jóvenes más osados los conducen por las calles... Mira allí - y señaló hacia otro vehículo de aspecto parecido caído en una gran fuente seca-. Esa es otra de las antiguas maravillas..., un vehículo con el poder de volar por el aire. Hay muchos de ellos esparcidos por toda la ciudad..., en las torres, en las terrazas altas, y a veces, como éste, caídos en las calles.

- ¿Y nadie vuela con ellos? -preguntó Ulan Dhor con curiosidad.

- Todos tenemos miedo.

Ulan Dhor pensó que debía ser una maravilla poseer alguno de aquellos vehículos aéreos. Saltó de la carretera rodante.

- ¿Dónde vas? -preguntó ansiosamente Elai, yendo tras él.

- Quiero examinar uno de esos coches aéreos.

- Ve con cuidado, Ulan Dhor. Dicen que son peligrosos...

Ulan Dhor miró a través del domo transparente, vio un asiento acolchado, una serie de pequeñas palancas marcadas con signos extraños para él, y una gran bola estriada montada sobre una varilla metálica.

Dijo a la muchacha:

- Ésos son evidentemente los controles del mecanismo... ¿Cómo entra uno en un vehículo así?

- Este botón quizá libere el domo -dijo ella, dubitativa. Pulsó el botón que había señalado; el domo se alzó con un chasquido, despidiendo una vaharada de aire viciado.

- Ahora experimentaré un poco -dijo Ulan Dhor. Se inclinó hacia el interior, bajó un interruptor. No ocurrió nada.

- ¡Ve con cuidado, Ulan Dhor! -jadeó la muchacha-. ¡La magia es peligrosa!

Ulan Dhor giró una palanca. El vehículo se estremeció. Tocó otra palanca. El bote lanzó un curioso sonido gimiente, dio una sacudida. El domo empezó a cerrarse. Ulan Dhor echó rápidamente hacia atrás su brazo. El domo encajó en su lugar, sobre un pliegue de su capa gris. El bote dio otra sacudida, hizo un repentino movimiento, y Ulan Dhor fue arrastrado contra su voluntad.

Elai lanzó un grito y sujetó sus tobillos. Maldiciendo, Ulan Dhor se quitó la capa, observó mientras el bote aéreo emprendía un loco curso incontrolado y se estrellaba contra el lado de una torre. Cayó con otro clang de metal y piedra chocando.

- La próxima vez -dijo Ulan Dhor- intentaré...

Se dio cuenta de una extraña presión en el aire. Se volvió. Elai le estaba mirando fijamente, una mano apretada contra su boca, los ojos desorbitados, como si estuviera reprimiendo un grito.

Ulan Dhor miró a su alrededor. La gente que se movia con lentitud de un lado para otro, tanto Grises como Verdes, se habían desvanecido. Las calles estaban vacías.

- Elai -dijo Ulan Dhor-, ¿por qué me miras así?

- El rojo, a la luz del día... y el color de Pansiu en tus piernas... ¡Es nuestra muerte, nuestra muerte!

- En absoluto -dijo Ulan Dhor alegremente-. No mientras yo lleve mi espada y...

Una piedra, surgida de ninguna parte, se estrelló contra el suelo a sus pies. Miró a derecha e izquierda en busca de su asaltante, con las aletas de su nariz dilatadas por la rabia.

En vano. Los portales, las arcadas, los pórticos, estaban vacíos y desiertos.

Otra piedra, grande como su puño, le golpeó entre los omoplatos. Dio rápidamente media vuelta y tan sólo vio la desmoronante fachada de la antigua Ampridatvir, la vacía calle, la resplandeciente cinta deslizante.

Una piedra silbó a quince centímetros de la cabeza de Elai, y en el mismo instante otra golpeó su muslo.

Ulan Dhor reconoció la derrota. No podía luchar contra las piedras con su espada.

- Será mejor que nos retiremos... -Esquivó un gran trozo de pavimento que hubiera podido partirle el cráneo.

- Volvamos a la cinta -dijo la muchacha con voz apagada e impotente-. Podemos refugiarnos al otro lado de la plaza. -Una piedra, ya casi sin fuerza, golpeó su mejilla; lanzó un grito de dolor y cayó de rodillas.

Ulan Dhor gruñó como un animal y buscó hombres a quienes matar. Pero ninguna persona viva, hombre, mujer o niño, eran visibles, aunque las piedras continuaban lloviendo contra su cabeza.

Se inclinó, recogió a Elai y echó a correr hacia la rápida cinta central de la calle.

La lluvia de piedras cesó finalmente. La muchacha abrió los ojos, parpadeó y volvió a cerrarlos.

- Todo gira -murmuró-. Me he vuelto loca. Casi puedo pensar...

Ulan Dhor creyó reconocer la torre donde habla pasado la noche. Saltó de la cinta y se acercó al portal. Estaba equivocado; una lámina de cristal cortaba el paso a la torre. Mientras dudaba, se fundió en un punto directamente frente a él y formó un portal. Ulan Dhor lo contempló pensativo. Más magia de los antiguos constructores...

Era una magia impersonal, e inofensiva. Ulan Dhor lo cruzó. El portal se hizo pequeño, volvió a unirse, y fue de nuevo una transparente lámina de cristal a sus espaldas.

El vestíbulo estaba desierto y era frío, aunque las paredes mostraban metales intensamente coloreados y vivos esmaltes. Un mural decoraba una de las paredes..., hombres y mujeres con flotantes ropas, pintados cuidando flores en jardines curiosamente brillantes y soleados, jugando al aire libre, bailando.

Muy hermoso, pensó Ulan Dhor, pero no era un lugar pudiera defenderse de un ataque. Los pasillos adonde los lados estaban vacíos y llenos de ecos; frente a él había una pequeña estancia con un suelo de resplandeciente azabache, que parecía radiar luz. Entró. Sus pies se alzaron del suelo; flotó, más ligero que una pluma. Elai ya no pesaba en sus brazos. Lanzó una ronca e involuntaria llamada, se debatió para devolver sus pies al suelo, no consiguió nada.

Flotó hacia arriba como una hoja arrastrada por el viento. Ulan Dhor se preparó para la horrible caída cuando la magia dejara de actuar. Pero los pisos iban pasando hacia abajo, y el nivel del suelo fue haciéndose más distante. Un maravilloso conjuro, pensó hoscamente Ulan Dhor, robarle a un hombre su contacto con el suelo. ¿Cuánto tardaría en relajarse la fuerza y estrellarlos en una muerte segura?

- Adelanta una mano -dijo Elai débilmente-. Sujétate a la barra.

Hizo lo indicado, se aferró a una especie de asidero, se empujó hacia uno de los pisos y, sin creer todavía en su propia seguridad, se halló con los pies posados en el suelo de un apartamento de varias habitaciones. Meros montones de polvo era todo lo que quedaba del mobiliario.

Depositó a Elai en el suave suelo; ella alzó una mano a su rostro y sonrió débilmente.

- Oh... duele.

Ulan Dhor observó con una extraña sensación de debilidad y laxitud.

Elai dijo:

- No sé qué vamos a hacer ahora. Hay no hay hogar para mí; así que vamos a morirnos de hambre, porque nadie va a darnos comida.

Ulan Dhor gruñó hoscamente.

- Nunca va a faltarnos comida..., no mientras el propietario de un tenderete Verde no pueda ver a un hombre con una capa gris... Pero hay otras cosas más importantes: las tabletas de Rogol Domedonfors..., y parecen completamente inaccesibles.

- Te matarán -dijo ella ansiosamente-. Los hombres de rojo tienen que luchar en todas partes..., como acabas de ver hoy. Y aunque alcanzaras el templo de Pansiu, hay trampas, pozos ocultos, estacas envenenadas, y los fantasmas de guardia.

- ¿Fantasmas? Tonterías. Son hombres, exactamente como los Grises, excepto que llevan el color verde. Vuestro cerebro se niega a ver a los hombres de verde... He oído hablar de tales cosas como obstrucciones de la mente...

- Ningún otro Gris los ve -dijo ella con tono dolido-. Quizá seas tú quien sufre las alucinaciones.

- Quizá -admitió Ulan Dhor con una hosca mueca. Se sentaron por un espacio de tiempo en la polvorienta quietud de la vieja torre, luego Ulan Dhor se inclinó hacia delante, sujetó sus rodillas y frunció el ceño. La letargia era el precursor de la derrota.

- Tenemos que considerar ese templo de Pansiu.

- Seremos muertos -dijo ella simplemente.

Ulan Dhor, que se sentía algo más animado, dijo:

- Tienes que practicar el optimismo... ¿Dónde puedo encontrar otro coche aéreo?

Ella se lo quedó mirando.

- ¡Seguro que estás loco! Ulan Dhor se puso en pie.

- ¿Dónde puedo encontrar uno?

Ella agitó la cabeza.

- Estás decidido a morir, de una u otra forma. -Se levantó también-. Subiremos por el Pozo del No Peso hasta el nivel más alto de la torre.

Se metió sin vacilar en el vacío, y Ulan Dhor la siguió torpemente. Flotaron en la alucinante altura, y las paredes del pozo convergían en un punto muy abajo. En el extremo superior se empujaron hacia la solidez, salieron a una terraza barrida por los vientos. Estaban más altos que las montañas centrales, y las calles de Ampridatvir eran hilos grisáceos allá muy abajo. El puerto era como un pequeño estanque, y el mar se extendía hasta las brumas del horizonte.

Había tres coches aéreos en la terraza, y el metal era tan brillante, el cristal tan transparente y la pintura tan vívida como silos vehículos acabaran de posarse del cielo.

El interior era como el del otro coche..., un largo asiento acolchado, un globo montado sobre una varilla, un cierto número de interruptores. La tela del asiento crujió por la edad cuando Ulan Dhor la tanteó con su mano, y el aire confinado olía a rancio. Se metió dentro, y Elai le siguió.

- Te acompañaré; la muerte por caída violenta es más rápida que por hambre, y menos dolorosa que las piedras...

- Espero no caer ni morirnos de hambre -respondió Ulan Dhor. Tocó cautelosamente los interruptores, preparado para echarlos hacia atrás ante cualquier manifestación peligrosa.

El domo restalló sobre sus cabezas; relés con centenares de años de antigúedad cerraron circuitos, las levas giraron, los ejes encajaron en su lugar. El coche aéreo se estremeció, saltó hacia el cielo rojo y azul oscuro. Ulan Dhor sujetó el gobo estriado, descubrió cómo hacer girar el bote, cómo hacer subir y bajar su morro. Era puro juego, intoxicación... ¡un maravilloso dominio del aire! Era más fácil de lo que había imaginado. Era más fácil que caminar. Probó todas las manecillas e interruptores, descubrió cómo flotar, caer, frenar. Halló la manecilla de la velocidad y la empujó a fondo, y el viento cantó junto al aparato. Volaron muy por encima del mar, hasta que la isla fue un manchón azul en el borde del mundo. Abajo y arriba..., rozando las crestas de las olas, hundiéndose en los remolinos magenta de las nubes.

Elai permanecía sentada relajada, tranquila, exaltada. Habla cambiado. Precía más cercana a Ulan Dhor que a Ampridatvir; algún sutil lazo había sido cortado.

- Sigamos adelante ~ Adelante y adelante..., cruzando el mundo, más allá de los bosques...

Ulan Dhor la miró de soslayo. Era muy hermosa ahora..., más limpia, esbelta, fuerte, que las mujeres que había conocido en Kaiin. Dijo tristeménte:

- Entonces sí que nos moriremos de hambre;.., porque ninguno de los dos tiene la habilidad suficiente para vivir por sus propios medios. Y yo estoy ligado a una misión: debo encontrar las tabletas...

Ella suspiró.

- Muy bien. Seremos muertos. ¿Importa eso? Toda la Tierra se está muriendo...

Llegó el atardecer, y regresaron a Ampridatvir.

- Aquí -dijo Elai-. Este es el templo de Cazdal, y allí está el templo de Pansiu.

Ulan Dhor hizo descender el bote encima del templo de Pansiu.

- ¿Dónde está la entrada?

- Cruzando la arcada..., y cada punto alberga un peligro diferente.

- Pero podemos volar -le recordó Ulan Dhor.

Hizo descender el bote hasta tres metros por encima del suelo y lo deslizó a través de la arcada.

Guiado por una débil luz al frente, Ulan Dhor manio

bró el bote descendiendo el oscuro pasadizo, a través de otro arco; y se hallaron en la nave.

El podio donde reposaba la tableta era como la ciudadela de una ciudad amurallada. El primer obstáculo era un amplio pozo, rematado por una pared de cristal transparente. Luego habla un foso de líquido de color sulfuroso, y más allá, en un espacio abierto, cinco hombres en aletargada guardia. Sin ser detectados, Ulan Dhor maniobró el bote por las sombras superiores y lo detuvo directamente encima del podio.

- Preparados ahora -murmuró, e hizo posarse el bote. La reluciente tableta estaba casi a su alcance. Alzó el domo; Elaine se inclinó hacia fuera, agarró la tableta. Los cinco guardias lanzaron un rugido de angusta, corrieron hacia ellos.

- ¡Atrás! -gritó Ulan Dhor. Desvió con su espada una lanza que volaba hacia ellos. La muchacha se echó hacia atrás en su asiento, con la tableta en la mano. Ulan Dhor cerró de golpe el domo. Los guardias saltaron a la nave, intentando clavar sus armas en el liso metal, golpeándolo con sus puños. La nave ascendió; uno tras otro perdieron su presa, cayeron aullando al suelo.

De vuelta a través del arco, por el pasadizo, cruzando la entrada..., de nuevo bajo el oscuro cielo. Tras ellos, un gran cuerno lanzó una angustiada llamada.

Ulan Dhor examinó su botín... una placa ovalada de sustancia transparente, con una docena de líneas de marcas sin sentido.

- ¡Hemos vencido! -exclamó Elai, extasiada-. ¡Eres el Señor de Ampridatvir!

- Todavía queda la otra mitad -dijo Ulan Dhor-. Está la tableta en el templo de Cazdal.

- Pero... ¡eso es una locura! Ya tienes...

- Una no sirve para nada sin la otra.

Sus alocadas argumentaciones no remitieron hasta que cruzaron flotando el arco de entrada del templo de Cazdal.

Al deslizarse a través de la oscura abertura, el bote chocó contra un cable que retenía un desprendimiento de piedras, impidiendo que cayeran. La primera de ellas golpeó el curvo lado del coche aéreo y lo hizo oscilar. Ulan Dhor maldijo. El ruido habría alertado a los guardias.

Avanzó casi pegado al techo del pasadizo, oculto en la oscuridad. Dos guardias, portando antorchas y avanzando cautelosamente, acudie?on a investigar lo ocurrí-do. Pasaron directamente debajo del bote, y Ulan Dhor aceleró, cruzando el arco y penetrando en la nave. Como en el templo de Pansiu, la tableta resplandecía en medio de una fortaleza.

Los guardias estaban muy alertas, observando nerviosamente la abertura de la entrada.

- ¡Aprisa, ahora! -exclamó Ulan Dhor. Envió el bote a toda velocidad, cruzando barreras y pozos y humeantes fosos, lo estabilizó al lado del podio, alzó el domo con un restallído. saltó fuera. Agarró la tableta mientras los guardias avanzaban rugiendo a la carrera, las lanzas extendidas. El primero lanzó la suya; Ulan Dhor se inclinó para eludirla y arrojó la tableta al interior del bote.

Pero ya estaban sobre él; iban a empalarlo si intentaba trepar al bote. Saltó hacia delante, desvió una lanza, golpeó con el filo de su espada el hombro del guardia, agarró el mango de la tercera lanza y tiró del hombre hasta ponerlo al alcance de su hoja. El tercer guardia cayó hacia atrás, gritando ayuda. Ulan Dhor se volvió y saltó al bote. El guardia corrió hacía él, Ulan Dhor se dio la vuelta y lo recibió con la punta de su espada contra su mejilla. Chorreando sangre y aullando histéncamente, el guardia cayó hacia atrás. Ulan Dhor empujó la palanca de elevación; el bote ascendió y avanzó hacia la salida.

Y entonces el cuerno de alarma del templo de Cazdal unió su bronco aullido al sonido que llegaba del otro lado de la ciudad.

El bote derivó lentamente bajo el cielo.

- ¡Mira! -exclamó Elai, sujetando su brazo. A la luz de las antorchas, hombres y mujeres hormigueaban por las calles..., Verdes y Grises, presas del pánico por el mensaje de los cuernos.

Elai jadeó.

- ¡Ulan Dhor! ¡Los veo! ¡Los veo! ¡Los hombres de Verde! ¿Es posible... que siempre hayan estado...?

- El conjuro del cerebro se ha roto -dijo Ulan Dhor-, y no sólo para ti. Allá abajo se ven también los unos a los otros...

Por primera vez en lo que recordaban, Verdes y Grises se miraban mutuamente. Sus rostros estaban crispados, contorsionados. Al vacilante resplandor de las antorchas, Ulan Dhor los vio apartarse con revulsión los unos de los otros y oyó el tumulto de sus gritos:

- ¡Demonio...! ¡Demonio...! ¡Fantasma Gris...! ¡Vil demonio Verde...!

Miles de obsesos portadores de antorchas pasaban unos al lado de otros, insultándose, gritándose con odio y temor. Todos estaban locos, pensó..., entremezclados, sintiendo sus cerebros constreñidos...

Como a una señal secreta, la multitud se lanzó a la batalla, y los gritos de odio helaron la sangre de Ulan Dhor. Elai apartó la vista, sollozando. Se estaba produciendo una terrible matanza: hombres, mujeres, niños..., no importaba la víctima, si llevaba el color opuesto.

Unos gruñidos más fuertes brotaron a los extremos de la multitud..., un sonido de alegría, y una docena de arrastrantes gauns aparecieron, lanzándose contra Verdes y Grises. Golpearon, rasgaron, arrancaron, y el insano odio se fundió ante el miedo. Verdes y Grises se separaron y huyeron a sus casas, y los gauns vagaron solos por las calles.

Ulan Dhor apartó con un esfuerzo su mirada y se sujetó la frente.

- ¿Yo he sido el causante de esto? ¿Todo ha sido por culpa mía?

- Más pronto o más tarde hubiera ocurrido -dijo Elai apagadamente-. A menos que la Tierra se desvaneciera y muriese primero...

Ulan Dhor tomó las dos tabletas.

- Y aquí está lo que quería lograr... las tabletas de Rogol Domedonfors. Me llevaron un centenar de leguas cruzando el Melantine; ahora las tengo en mis manos, y son como inútiles pedazos de cristal...

El bote flotaba muy en lo alto, y Ampridatvir se había convertido en un conjunto de pálidos cristales a la luz de las estrellas. A la luminiscencia del panel de instrumentos, Ulan Dhor encajó juntas las dos tabletas. Las marcas se mezclaron, se convirtieron en caracteres, y los caracteres mostraban las palabras del antiguo mago: Incrédulos hijos... ¡Rogol Domedonfors muere, y así vivirá para siempre en el Ampridatvir al que amó y sirvió! Cuando la inteligencia y la buena voluntad restablezcan el orden en la ciudad; o cuando la sangre y el acero muestren la locura de la credulidad y la pasión refrenadas, y todos excepto los más resistentes hayan muerto: entonces deberán ser leídas estas tabletas. Y le digo a quien las lea: ve a la Torre del Destino con el domo amarillo, asciende al piso superior, muestra rojo al ojo izquierdo de Rogol Domedonfors, amarillo al ojo derecho, y luego azul a ambos; haz esto, digo, y compartirás el poder de Rogol Domedonfors.

- ¿Dónde está la Torre del Destino? -preguntó Ulan Dhor.

Elai agitó la cabeza.

- Está la Torre de Rodeil, y la Torre Roja, y la Torre del Fantasma Aullante, y la Torre de las Trompetas, y la Torre del Pájaro, y la Torre de Guans..., pero no conozco ninguna Torre del Destino.

- ¿Qué Torre tiene un domo amarillo?

- No lo sé.

- La buscaremos por la mañana.

- Por la mañana -dijo la muchacha, reclinándose soñolienta contra él.

- La mañana... -dijo Ulan Dhor, acariciando su amarillo pelo.

Cuando el viejo sol rojo amaneció, derivaron de vuelta sobre la ciudad y hallaron a la gente de Ampridatvir despierta antes que ellos, dispuesta a matar.

Las luchas y las muertes no eran tan salvajes como la noche anterior. Era una carnicería más organizada. Grupos furtivos de hombres abordaban a los rezagados, o penetraban en las casas para estrangular a mujeres y niños.

- Pronto no quedará nadie en Ampridatvir sobre quien pueda actuar el poder de Rogol Domedonfors -murmuró Ulan Dhor. Se volvió hacia Elai-. ¿No tienes padre, ni madre, ni a nadie por quien temer?

Negó con la cabeza.

- He vivido toda mi vida con un malhumorado y tiránico tío.

Ulan Dhor desvió la vista. Vio un domo amarillo; no había ninguno otro visible: la Torre del Destino.

- Ahí -señaló, e hizo girar el morro del coche aéreo.

Aterrizaron en un nivel alto, entraron en polvorientos corredores, encontraron un pozo antigravedad y ascendieron hasta el piso superior. Allá encontraron una pequeña cámara decorada con vividos murales. La escena era una corte de la antigua Ampridatvir. Hombres y mujeres ataviados con coloreadas sedas conversaban y celebraban un banquete y, en la placa central, rendían homenaje a un patriarcal gobernante con un austero mentón, ardientes ojos y una barba blanca. Iba vestido con una túnica púrpura y negra y se sentaba en una silla de madera tallada.

- ¡Rogol Domedonfors! -murmuró Elai, y la estancia contuvo el aliento, se inmovilizó por completo. Sintieron la agitación que sus respiraciones habían causado en el aire tranquilo desde hacía mucho, y los ojos pintados miraron profundamente en sus cerebros...

- Rojo al ojo izquierdo, amarillo al derecho; luego azul a los dos -dijo Ulan Dhor-. Bien... hay azulejos azules en la sala, y yo llevo un vestido rojo.

Encontraron azulejos azules y amarillos, y Ulan Dhor cortó un pedazo del borde de su túnica.

Rojo al ojo izquierdo, amarillo al derecho. Azul a los dos. Un clic, un chirrido, un zumbido como el de un centenar de abejas.

La puerta se abrió a un tramo de escaleras. Ulan Dhor entró y, con Elai respirando pesadamente a su espalda, subió los peldaños.

Salieron a la luz del día, bajo el domo en sí. En el centro de un pedestal había un cilindro de punta redondeada, negro y vítreo.

El zumbido se convirtió en un agudo chillido. El cilindro se estremeció, se ablandó, se volvió casi transparente, pareció hundirse un poco. En el centro flotaba una pulposa masa blanca... ¿un cerebro?

El cilindro estaba vivo.

Emitió seudópodos que se agitaron temblorosos en el aire. Ulan Dhor y Elain contemplaron, helados, muy juntos. Un negro dedo se modeló a sí mismo en un ojo, otro formó una boca. El ojo les inspeccionó con atención.

La boca dijo alegremente:

- Saludos a través del tiempo, saludos. ¿Habeis venido finalmente a despertar al viejo Rogol Domedonfors de sus sueños? He soñado mucho y bien..., pero parece que por periodo indefinible. ¿Cuánto tiempo? ¿Veinte años? ¿Cincuenta años? Dejadme ver.

El ojo giró hacia un tubo en la pared, lleno en su cuarta parte de un polvo gris.

La boca lanzó una exclamación de sorpresa.

- ¡La energía casi se ha disipado! ¿Cuánto tiempo he dormido? Con una vida media de 1.200 años... ¡por encima de los cinco mil años! -El ojo se volvió de nuevo hacia Ulan Dhor y Elai-. ¿Quiénes sois vosotros, entonces? ¿Dónde están mis pendencieros súbditos, los partidarios de Pansiu y de Cazdal? ¿Se han matado los unos a los otros, hace mucho?

- No -dijo Ulan Dhor con una enfermiza sonrisa-. Aún siguen luchando en las calles.

El ojo-tentáculo se extendió rápidamente, se asomó por una ventana, y miró hacia abajo, a la ciudad. La masa central se estremeció, se vio inundada por un resplandor naranja. La voz habló de nuevo, y tenía una terrible dureza. La nuca de Ulan Dhor hormigueó, y sintió que la mano de Elai se clavaba profundamente en su brazo.

- ¡Cinco mil años! -exclamó la voz-. ¿Cinco mil años y aún siguen luchando? ¿El tiempo no les ha enseñado sabiduría? Entonces hay que utilizar métodos más fuertes. Rogol Domedonfors les mostrará lo que es la sabiduría. ¡Veréis!

Un enorme sonido brotó de abajo, un centenar de intensos rumores. Ulan Dhor y Elai se apresuraron a la ventana y miraron abajo. Una visión encerebradora ocupaba las calles.

Los vestíbulos de tres metros que conducían bajo la ciudad se habían abierto. De cada uno de ellos brotaba un gran tentáculo de negra jalea transparente como la sutancia de las carreteras fluidas.

Los tentáculos se alzaron en el aire, hicieron brotar un centenar de ramas que persiguieron a los ampridatvianos, que huían alocadamente; los atraparon, los despojaron de sus ropas verdes y grises, y luego, agitándolos muy alto en el aire, los dejaron caer dentro de la gran plaza central. Al frío aire matutino, la población de Ampridatvir se halló mezclada y desnuda, y nadie pudo distinguir un Verde de un Gris.

- Rogol Domedonfors posee grandes y largos brazos ahora -exclamó una enorme voz-. Fuertes como la luna, que todo lo ven como el aire.

La voz procedía de todas partes y de ninguna.

- Soy Rogol Domedonfors, el último gobernante de Ampridatvir. ¿Y a este estado habéis descendido? ¿Viviendo en madrigueras, comiendo porquería? Aguardad... ¡en un momento repararé la negligencia de cinco mil años!

Los tentáculos emitieron un millar de apéndices... duros cortadores córneos, boquillas que lanzaban llamas azules, tremendos cangilones, y cada apéndice emitió un tallo-ojo. Recorrieron la ciudad, y allá donde había un derrumbamiento o la marca de la edad los tentáculos cavaron, cortaron, quemaron, soldaron; luego vomitaron nuevos materiales y los situaron en su lugar, y cuando hubieron pasado nuevas y relucientes estructuras quedaron atrás.

Tentáculos de muchos brazos reunieron los escombros de siglos; cuando estaban cargados, se alzaban muy altos en el aire y restallaban, convertidos en una enorme catapulta que arrojaba los escombros muy lejos al mar. Y allá donde haabía pintura verde o pintura gris, un tentáculo borraba el color, cubriéndolo con nuevos y variados pigmentos.

Cada calle fue recorrida por aquellas tremendas cosas como raíces, y retoños de las mismas penetraron en cada torre, cada casa, cada parque. y plaza... demoliendo, transformando, edificando, limpiando, reparando. Ampridatvir fue tomada y permeada por Rogol Domedonfors como las raícs de un árbol toman y permean un terreno.

En un tiempo medido por latidos de corazón, un nuevo Ampridatvir había reemplazado las ruinas, una brillante y resplandeciente ciudad..., orgullosa, intrépida, desafiando al rojo sol.

Ulan Dhor y Elai contemplaron todo aquello en un estupor semiconsciente. ¿Era posible, existía un ser capaz de demoler una ciudad y reedificaría de nuevo mientras un hombre observaba?

Brazos de negra jalea treparon por las colinas de la isla, penetraron en las cuevas donde yacían los gauns, saciados y torpes. Los agarraron, los llevaron a través del aire, y los mantuvieron colgando encima de los ampridatvianos reunidos..., un centenar de gauns sobre un centenar de tentáculos, los horribles frutos de un extraño árbol.

- ¡Mirad! -retumbó una voz, alardeante y salvaje-. ¡Ésos a quienes temíais! ¡Mirad cómo los trata Rogol Domedonfors!

Los tentáculos restallaron, y un centenar de gauns partieron silbando -formas aullantes, brazos y piernas abiertos- muy por encima de Ampridatvir, para caer al mar.

- Está loco -susurró Ulan Dhor a Elai-. El largo sueño ha afectado su cerebro.

- ¡Ved la nueva Ampridatvir! -retumbó la poderosa voz-. Vedla por primera y última vez. ¡Porque ahora vais a morir! Habéis demostrado no ser merecedores del pasado..., no ser merecedores de adorar al nuevo dios Rogol Domedonfors. Tengo a mi lado a los dos que deberán fundar la nueva raza...

Ulan Dhor se sobresaltó, alarmado. ¿Qué? ¿Él vivir en Ampridatvir bajo el pulgar del superser loco?

No.

Y quizá nunca volvería a estar tan cerca del cerebro como ahora.

En un solo movimiento, extrajo su espada y se lanzó, la punta por delante, contra el cilindro translúcido y la masa que contenía... atravesando el cerebro, ensartándolo con el ástil de acero.

El más horrible sonido que jamás hubiera escuchado la Tierra desgarró el aire. Hombres y mujeres se volvieron locos en la plaza.

Los tentáculos de Rogol Domedonfors que cuadriculaban la ciudad se agitaron y golpearon hacia todos lados en agonía, como un insecto herido de muerte agita sus patas. Las espléndidas torres se derrumbaron, los ampridatvirianos huyeron chillando en medio del cataclismo.

Ulan Dhor y Elai corrieron hacia la terraza donde habían dejado el coche aéreo. Tras ellos oyeron un ronco susurro... una voz rota.

- ¡Todavía... no... estoy... muerto! Aunque todo lo demás..., aunque todos los sueños... estén rotos..., los ma-taré a los dos...

Se metieron a trompicones en el coche aéreo. Ulan Dhor lo lanzó al aire. Con un terrible esfuerzo, un tentáculo detuvo su loco flagelar y dio una brusca sacudida hacia arriba para interceptarlos. Ulan Dhor hizo un brusco regate para evitarlo, se lanzó a toda velocidad. El tentáculo fue tras él.

Ulan Dhor apretóa fondo la palanca de la velocidad, y el aire chilló y cantó junto al aparato. Y directamente detrás estaba el oscilante brazo negro del agonizante dios, tendiéndose para alcanzar al fugitivo mosquito que tanto daño le había causado.

- ¡Más aprisa! ¡Más! -suplicó Ulan Dhor al coche aéreo.

- Ve más arriba -jadeó la muchacha-. Más arriba..., más aprisa...

Ulan Dhor inclinó el morro; el coche se lanzó en ángulo hacia el cielo, y el tenso brazo lo siguió detrás..., un tremendo miembro estirándose rígido en el cielo, un negro arcoiris enrraizado en la distante Ampridatvir.

Rogol Domedonfors murió. El brazo restalló en una voluta de humo y cayó lentamente hacia el mar.

Ulan Dhor mantuvo el bote a toda velocidad hasta que la isla desapareció al otro lado del horizonte. Entonces redujo la marcha, suspiró, se relajó.

De pronto, Elai se derrumbó contra su hombro y estalló en un ataque de histeria.

- Tranquila, muchacha, tranquila -murmuró Ulan Dhor-. Estamos a salvo; nos hemos salido para siempre de esa maldecida ciudad.

Ella se apaciguó; luego:

- ¿Dónde vamos a ir ahora?

Los ojos de Ulan Dhor evaluaron el coche aéreo, con duda y cálculo.

- No habrá magia para Kandive. Sin embargo, tendré un gran relato que hacerle, y puede que se sienta satisfecho... Seguramente querrá el coche aéreo. Pero me ingeniaré algo. Me ingeniaré algo...

Ella susurró:

- ¿No podemos volar hacia el este, y volar y volar y volar, hasta que encontremos el lugar en donde nace el sol, y quizás un prado tranquilo donde haya árboles frutales...?

Ulan Dhor miró hacia el sur y pensó en Kaiin, con sus tranquilas noches y sus días color vino, el amplio palacio que había convertido en su hogar, y el diván desde el que podía contemplar la bahía de Sanreale, los antiguos olivos, los arlequinados festivales.

- Elai, te gustará Kaiin -dijo.

VI

GUYAL DE SFERE

Guyal de Sfere había nacido distinto de sus semejantes, y muy pronto demostró ser una fuente de preocupación para su progenitor. Normal en configuración externa, existía en su mente un vacío que anhelaba ser alimentado. Era como si hubiera sido arrojado un conjuro sobre su nacimiento por algún espíritu burlón, de tal modo que cualquier suceso, no importaba lo trivial que fuera, se convertía en una fuente de sorpresa y maravilla. Incluso a la temprana edad de cuatro estaciones estaba haciendo ya preguntas como:

- ¿Por qué los cuadrados tienen más lados que los triángulos?

- ¿Cómo veremos cuando el sol se apague definitivamente?

- ¿Crecen flores debajo del océano?

- ¿Silban y crepitan las estrellas cuando llueve de noche?

A lo cual su impaciente progenitor daba respuestas tales como:

- Así fue ordenado por la Pragmática: triángulos y cuadrados deben obedecer la regla.

- Nos veremos obligados a tantear para seguir nuestro camino.

- Nunca he verificado este asunto; solamente el Conservador puede saberlo.

- En absoluto, puesto que las estrellas están muy por encima de la lluvia, más altas incluso que las más altas nubes, y nadan en un aire rarificado donde la lluvia nunca alcanzará.

Y Guyal creció hasta convertirse en un joven, y este vacío en su mente, en vez de volverse blando y ceroso, pareció latir con un dolor más violento. Y así preguntó:

- ¿Por qué la gente muere cuando resulta muerta?

- ¿Dónde va a parar la belleza cuando se desvanece?

- ¿Cuánto tiempo lleva el hombre viviendo sobre la Tierra?

- ¿Qué hay más allá del cielo?

A lo cual su progenitor, mordiéndose la acritud de sus labios, respondió:

- La muerte es la herencia de la vida; la vitalidad de un hombre es como aire en una vejiga. Pincha la vejiga y el aire partirá lejos, lejos, lejos, como el color de los sueños que se desvanecen.

- La belleza es un lustre que pone el amor para seducir al ojo. En consecuencia puede decirse que solamente cuando el cerebro carece de amor el ojo mira y no ve la belleza.

- Algunos dicen que el hombre brotó en la Tierra como los gusanos en un cadáver; otros afirman que los primeros hombres decidieron fijar residencia y así crearon la Tierra mediante la magia. La cuestión está rodeada de tecnicismos; solamente el Conservador puede responder con exactitud.

- Un desperdicio infinito.

Y Guyal meditaba y postulaba, proponía y enunciaba, hasta el punto que la gente empezó a evitarle. Por la heredad corrió el rumor de que un gleft, cuando la madre de Guyal estaba de parto, había robado parte del cerebro de Guyal, deficiencia que ahora él estaba intentando contrarrestar industriosamente.

En consecuencia, Guyal también se apartaba de los demás y acostumbraba a vagar por las herbosas colinas de Sfere en solitario. Pero su mente seguía siendo siempre adquisitiva, siempre

buscaba agotar el ansia de todo lo que le rodeaba, hasta que finalmente su padre, irritado, se negó a oír más preguntas, declarando que todo el conocimiento era ya conocido, que lo trivial e inútil habia sido descartado, y que sólo quedaba un residuo que era todo lo que necesitaba saber un hombre de bien.

Por aquel entonces Guyal estaba rozando la edad adulta, un joven esbelto pero de sólida constitución con grandes ojos límpidos, una inclinación hacia la ropa severamente elegante, y un problema interno que se reflejaba a veces en las contracciones de la comisura de su boca.

Tras oír la irritada afirmación de su padre, Guyal dijo:

- Una pregunta más, luego ya no formularé ninguna otra.

- Habla -declaró su padre-. Te admito una pregunta más.

- A menudo te has referido ante mí al Conservador; ¿quién es, y dónde puedo encontrarle, de modo que él pueda aliviar mi ansia de conocimiento?

Por un momento el padre escrutó a su hijo, al que consideraba que había rebasado ya el límite de la locura. Luego respondió con voz tranquila:

- El Conservaador guarda el Museo del Hombre, que antiguas leyendas sitúan en la Tierra del Muro Desmoronante..., más allá de las montañas de Fer Aquila y al norte de Ascolais. No es seguro que ni el Conservador ni el Museo existan todavía; de todos modos, parece que si el Conservador conoce todas las cosas, como dice la leyenda, entonces seguramente sepa la magia necesaria para eludir la muerte.

Guyal dijo:

- Entonces buscaré al Conservador y el Museo del Hombre, a fin de tener la oportunidad de conocer todas las cosas.

El padre dijo pacientemente:

- Te daré mi mejor caballo blanco, mi Huevo Expandible para tu refugio, mi Daga Centelleante para iluminarte por la noche. Además, lanzaré una bendición a lo largo de todo el camino, y el peligro pasará inofensivamente por tu lado siempre que no te salgas de él.

Guyal retuvo el centenar de nuevas preguntas que afloraban a su lengua, incluida la pregunta de cómo su padre había aprendido aquellas manifestaciones mágicas, y aceptó los regalos: el caballo, el refugio mágico, la daga con la empuñadura luminosa, y la bendición para resguardarle de las circunstancias desventajosas que acechaban a los viajeros a lo largo de los tenebrosos caminos de Ascolais.

Enjaezó el caballo, enfundó la daga, echó una última mirada a la antigua casa de Sfere, y partió hacia el norte, con el vacío de su mente ávido de nuevos conocimientos.

Cruzó el río Scaum en una vieja barcaza. A bordo de la barcaza, y por lo tanto fuera del camino, la bendición perdía su potencia y el barquero, que codiciaba las ricas posesiones de Guyal, quiso darle un golpe con su pértiga. Guyal esquivó el golpe y pateó al hombre, arrojándolo a la lodosa corriente, donde se ahogó.

Ascendiendo por la orilla norte del Scaum, vio delante la Cicatriz de Porfirio, los oscuros álamos y las blancas columnas de Kaiin, el apagado brillo de la bahía de Sanreale.

Recorriendo las calles llenas de escombros, planteó a sus habitantes un cúmulo tal de cuestiones que uno de ellos, queriendo burlarse de él, le recomendó que acudiera a un augur profesional.

Éste vivía en una cabaña pintada con los signos de la Cábala Aumoklopelastiánica. Era un descarnado hombre de aspecto cetrino, con ojos bordeados de rojo y una manchada barba blanca.

- ¿Cuáles son tus tarifas? -preguntó Guyal cautelosamente.

- Respondo a tres preguntas -afirmó el augur-. Por veinte terces expongo la respuesta en un lenguaje claro y comprensible para todos; por diez utilizo el lenguaje del canto, que ocasionalmente admite la ambigüedad; por cinco, pronuncio una parábola que deberás interpretar como quieras; y por un terce, balbuceo en una lengua desconocida.

- Primero necesito saber cuán profundo es tu conocimiento.

- Lo sé todo -respondió el augur-. Los secretos del rojo y los secretos del negro, los conjuros perdidos del Gran Motholam, las costumbres de los peces y la voz de los pájaros.

- ¿Y dónde has aprendido todas esas cosas?

- Por pura inducción -explicó el augur-. Me retiro a mi cabaña, me encierro en ella sin ni siquiera un atisbo de luz, y, así enclaustrado, resuelvo las profundidades del mundo.

- Con todo este precioso conocimiento a mano -aventuró Guyal-, ¿por qué vives tan parcamente, sin un gramo de grasa en tu esqueleto y esos miserables harapos sobre tus hombros?

El augur retrocedió furioso.

- ¡Márchate, márchate! Ya he gastado cincuenta terces de sabiduría en tí, que nunca has tenido un cobre en tu bolsa. Si deseas iluminación gratuita -y chasqueó burlonamente la lengua-, busca al Conservador -y cerró la puerta de su cabaña.

Guyal tomó alojamiento para la noche, y por la mañana prosiguió su camino hacia el norte. Las yermas hectáreas de la Ciudad Vieja pasaron a su izquierda, y el camino se adentró en el fabuloso bosque.

Durante todo un día cabalgó Guyal hacia el norte, y, temeroso del peligro, se mantuvo estrictamente dentro del camino. Por la noche se envolvió él y su caballo en su mágico alojamiento, el Huevo Expandible -una membrana impermeable a la fuerza, los cortes, los encantamientos, la presión, el sonido y el frío, y así descansó cómodamente pese a los esfuerzos de las ávidas criaturas de la oscuridad.

El gran globo opaco del sol salió y se puso; los días se hicieron más sombríos y las noches más crudas, y finalmente los farallones de Fer Aquila se mostraron como una señal indicadora en el horizonte septentrional.

El bosque se había vuelto más bajo y menos denso, y el árbol característico era el daobado, una masiva forma redondeada de ramas enormemente nudosas, de un color bronce rojizo lustroso, llenas de oscuras bolas de follaje. Al lado de un gigante de la especie, Guyal llegó a un poblado de chozas de tierra. Una bandada de taciturnos habitantes del poblado apareció y le rodeó con expresiones de curiosidad. Guyal, no menos que los pueblerinos, tenía preguntas que hacer, pero ninguno habló hasta que apareció el jefe, un hombre robusto que llevaba un colgante sombrero de piel de pelo, una capa de pelo marrón y una cerdosa barba, de modo que era difícil ver dónde terminaba una piel y empezaba la otra. Exudaba un olor rancio que desagradó a Guyal, que, por motivos de cortesía, mantuvo oculto su desagrado.

- ¿Adónde vas? -preguntó el jefe.

- Deseo cruzar las montañas hasta el Museo del Hombre -dijo Guyal-. ¿Por dónde sigue el camino?

El jefe señaló hacia una mella en la silueta de las montañas.

- Aquello es el paso de Omona, que es la ruta mejor y más corta, aunque no hay sendero. Nadie viene y nadie va, puesto que una vez cruzas el paso te hallas en tierra desconocida. Y sin tráfico, evidentemente no se necesita ningún sendero.

La noticia no hizo feliz a Guyal.

- ¿Cómo se sabe entonces que el paso de Omona es el camino al Museo?

El jefe se alzó de hombros.

- Esta es nuestra tradición.

Guyal volvió la cabeza al oir un ronco husmear, y vio un corral de juncos trenzados. Sobre un lecho de suciedad y manchada paja había un cierto número de fornidos hombres de más de dos metros y medio de altura. Iban desnudos, con greñas de sucio pelo amarillo y acuosos ojos azules. Tenían rostros embrutecidos y expresiones de crasa estupidez. Mientras Guyal los miraba, uno de ellos caminó hacia una abertura y se puso a comer ruidosamente una pulposa masa gris.

- ¿Qué clase de cosas son ésas? -preguntó Guyal.

El jefe parpadeó divertido ante la ingenuidad de Guyal.

- Son nuestros oasts, naturalmente e hizo un gesto desaprobador hacia el caballo blanco de Guyal-. Nunca había visto un oast tan extraño como éste que cabalgas. Los nuestros nos llevan más fácilmente y parecen ser menos difíciles de controlar; además, ninguna carne es tan deliciosa como la de oast, debidamente asada o guisada.

Se acercó y acarició el metal de la silla de Guyal, y el bordado rojo y amarillo de su guarnición.

- Tus arreos, sin embargo, son ricos y de soberbia calidad. Por eso te regalo mi oast más grande y pesado a cambio de esta criatura con sus jaeces.

Guyal declaró educadamente que se sentía satisfecho con su actual montura, y el jefe se alzó de hombros.

Sonó un cuerno. El jefe miró a su alrededor, luego se volvió de nuevo a Guyal.

- La comida está preparada; ¿quieres comer?

Guyal miró al corral de los oasts.

- No tengo demasiada hambre, y debo apresurarme. De todos modos, te agradezco tu amabilidad.

Partió; mientras pasaba por debajo del arco del gran daobado, se volvió para echar una última mirada al poblado. Parecía haber una desacostumbrada actividad entre las chozas. Recordando la codiciosa caricia del jefe a su silla, y consciente de que ya no cabalgaba por el sendero protegido, Guyal animó a su caballo a avivar el paso y galopó aprisa bajo los áboles.

A medida que se acercaba al pie de las montañas, el bosque disminuyó a una sabana, alfombrada con una seca hierba que crujía bajo los cascos del caballo. Guyal miró arriba y abajo por el llano. El sol, viejo y rojo como una granada otoñal, se hundía hacia el sudoeste; la luz que iluminaba el llano era tenue y acuosa; las montañas presentaban un aspecto curiosamente artificial, como un cuadro planeado para dar el efécto de una sobrenatural desolación.

Guyal miró una vez más al sol. Otra hora de luz, luego la oscura noche de los últimos días de la Tierra. Guyal se volvió en la silla y miró tras él, sintiéndose solo, solitario, vulnerable. Cuatro oasts, cargando a otros tantos hombres sobre sus espaldas, aparecieron trotando por el bosque. Al ver a Guyal, aceleraron el paso. Sintiendo que se le erizaba la piel, Guyal espoleó a su caballo y soltó las riendas, y el blanco animal emprendió un galope por el llano en dirección al paso de Omona. Detrás siguieron los oasts, cabalgados por los habitantes del poblado vestidos con pieles.

Cuando el sol tocaba ya el horizonte, otro bosque al frente se mostró como una indistinta línea de oscuridad. Guyal miró hacia atrás a sus perseguidores, ahora a menos de dos kilómetros de distancia. Volvió de nuevo la vista hacia el bosque. Un mal lugar para cabalgar de noche...

El cada vez más oscuro follaje gravitaba sobre él; pasó bajo las primeras nudosas ramas. Si los oasts eran incapaces de seguir su rastro por el olfato, podían ser eludidos. Cambió de dirección, volvió a girar una, dos, tres veces, luego detuvo su caballo para escuchar. A lo lejos, un crujir de ramas alcanzó sus oídos. Guyal desmontó, llevó el caballo hasta una profunda hondonada donde una pared de follaje ofrecía como una pantalla. Finalmente los cuatro hombres sobre sus voluminosos oasts pasaron al débil resplandor del atardecer encima de él, negras formas dobles en actitudes que sugerían mal humor y decepción.

El resonar de pasos se alejó y murió.

El caballo se agitaba intranquilo; el follaje susurraba.

Un húmedo aire sopló en la hondonada y heló la nuca de Guyal. La oscuridad se alzó de la vieja Tierra como tinta en un estanque.

Guyal se estremeció: era mejor alejarse por el bosque, alejarse de los hoscos habitantes del poblado y sus inquietantés monturas. Alejarse...

Volvió a conducir su caballo hasta arriba, donde habían pasado los cuatro, y se sentó, escuchando. Desde lejos el viento le trajo una ronca llamada. Volviéndose en dirección opuesta, dejó que el caballo eligiera su propio camino.

Troncos y ramas trazaban dibujos de desvaneciente color púrpura sobre su cabeza; el aire olía a musgo y húmedo moho. El caballo se detuvo en seco. Guyal, tensando todos los músculos, se inclinó ligeramente hacia delante, la cabeza torcida, escuchando. Había una sensación de peligro en su mejilla. El aire permanecía inmóvil, sobrenaturalmente tranquilo; sus ojos no podían atravesar más allá de tres metros en la oscuridad. En algún lugar, cerca, estaba la muerte..., una muerte gruñente, chirriante, presta para saltar al momento menos pensado.

Sudando un sudor frío, temeroso de mover un solo músculo, se obligó a desmontar. Se deslizó rígidamente de la silla, sacó el Huevo Expandible y lo extendió alrededor de su caballo y de él mismo. Ah, ahora... Guyal relajó la presión de su aliento. Estaba a salvo.

Una débil luz rojiza llegaba oblicuamente a través de las ramas desde el este. El aliento de Guyal formó nubecilías en el aire cuando emergió del Huevo. Tras un puñado de frutos secos para él y un saco de grano molido para el caballo, montó y reemprendió el camino hacia las montañas.

El bosque quedó atrás, y Guyal cabalgó ascendiendo una pendiente. Escrutó la línea de las montañas. Difuminada en la rosada luz del sol, la cordillera gris y verde se extendía lejos hacia el este hasta Melantine, lejos hacia el oeste hasta la región del Muro Desmoronante. ¿Dónde estaba el paso de Omona?

Guyal de Sfere buscó en vano la melladura que había visto desde el poblado de los cuatro asesinos vestidos de pieles.

Frunció el ceño y giró los ojos hacia lo alto de las montañas. Carcomidas por las lluvias de toda la historia de la Tierra, las laderas eran fáciles de escalar y los riscos se alzaban como los muñones de podridos dientes. Guyal enfiló su caballo hacia la ladera más próxima y emprendió la ascensión sin caminos hacia las montañas de Fer Aquila.

Guyal de Sfere había perdido la orientación en una tierra de vientos y riscos desnudos. A medida que se acercaba la noche se acurrucó aterido en su silla mientras el caballo lo llevaba según su propio albedrío. En algún lugar, el antiguo camino a través del paso de Omona conducía a la tundra septentrional, pero ahora, bajo el frío y encapotado cielo, norte, este, sur u oeste eran lo mismo bajo el metálico cielo color lavanda. Guyal tiró de las riendas de su caballo y, alzándose en la silla, registró los alrededores. Los riscos se alzaban altos, remotos; el suelo

era yermo excepto unos pocos matorrales secos. Se dejó caer de nuevo desmayadamente en la silla, y su caballo blanco siguió adelante.

Continuó cabalgando con la cabeza inclinada contra el viento, y las montañas se erguían recortadas en el ocaso como el esqueleto de un dios fósil.

El caballo se detuvo, y Guyal se descubrió al borde de un amplio valle. El viento había muerto; el valle estaba tranquilo y silencioso. Guyal se inclinó hacia delante, mirando. Abajo se extendía una ciudad oscura y sin vida.

La bruma se enroscaba a lo largo de las calles, y el ocaso iluminaba débilmente con su mortecina luz los techos de pizarra.

El caballo bufó y pateó el guijarroso suelo.

- Una extraña ciudad -dijo Guyal-; sin luces, sin ningún sonido, sin el menor olor a humo... Sin duda una ruina abandonada de los tiempos antiguos...

Dudó en descender hasta las calles. A veces las viejas ruinas estaban permeadas por peculiares destilaciones, pero unas ruinas como aquellas podían enlazar con la tundra mediante un sendero. Con este pensamiento en la cabeza, inició el camino ladera abajo.

Entró en la ciudad, y los cascos resonaron fuertemente en el empedrado. Los edificios estaban construidos de piedra y oscuro mortero y parecían en un desacostumbrado buen estado de conservación. Unos pocos dinteles se habían cuarteado y caído, unas pocas paredes mostraban aberturas, pero en su mayor parte las casas de piedra habían resistido con éxito los mordiscos del tiempo... Guyal olió a humo. ¿Vivía todavía gente allí? Tenía que avanzar con precaución.

Ante un edificio que parecía una hostería había un tiesto con flores. Guyal tiró de las riendas de su caballo y reflexionó que las flores raramente eran cultivadas por personas de disposición hostil.

- ¡Hola! -llamó..., una, dos veces.

Ninguna cabeza se asomó por las puertas, ningún destello naranja iluminó las ventanas. Guyal siguió cabalgando lentamente.

La calle se abría y giraba hacia un gran edificio, donde Guyal vio una luz. El edificio tenía una fachada alta, rota por cuatro grandes ventanales, cada uno de los cuales mostraba sus dos contraventanas de filigrana de bronce patinado, y estaba rematado por un pequeño balcón. Una balaustrada de mármol en la parte frontal resplandecía con un color blanco hueso y, detrás, la puerta de entrada, de masiva madera, permanecía ligeramente entreabierta; de allí llegaba el rayo de luz, y también unos acordes musicales.

Guyal de Sfere se detuvo, sin mirar ni a la casa ni a la luz que salía por la puerta. Desmontó e hizo una inclinación a la mujer joven que permanecía sentada pensativamente en los escalones de la balaustrada. Aunque hacía bastante frío, llevaba solamente una simple túnica amarillo naranja. Su pelo color topacio caía suelto hasta sus hombros y proporcionaba a su rostro un aire grave y pensativo.

Mientras Guyal se enderezaba de su saludo la mujer hizo una inclinación de cabeza en respuesta, sonrió ligeramente y apartó con aire ausente un mechón de pelo de su mejilla.

- Una mala noche para viajar.

- Una mala noche para meditar bajo las estrellas -respondió Guyal.

Ella sonrió de nuevo.

- No tengo frío. Me siento y sueño... Escucho la música.

- ¿Qué lugar es éste? -preguntó Guyal, mirando hacia un lado y otro de la calle, luego de nuevo a la muchacha-. ¿No hay nadie más que tú aquí?

- Esto es Carchesel -dijo la muchacha-, una ciudad abandonada por todo el mundo hace diez mil años. Sólo yo y mi viejo tío vivimos aquí, pues en este lugar hemos hallado un refugio de los sapónides de la tundra.

Guyal pensó: esta mujer puede ser o no una bruja.

- Tienes frío y estás débil -dijo la muchacha-, y yo te tengo aquí en la calle. -Se puso en pie-. Nuestra hospitalidad es tuya.

- La acepto agradecido -dijo Guyal-, pero primero debo alojar a mi caballo.

- Estará contento en la casa contigua. No tenemos establo. -Guyal, siguiendo la dirección de su dedo, vio un bajo edificio de piedra con una puerta que se abría a la oscuridad.

Llevó el caballo blanco hasta allá y le quitó la brida y la silla; luego, de pie en el umbral, escuchó la música que había notado antes, una extraña y antigua melodía.

- Extraño, extraño -murmuró, acariciando el morro de su caballo-. El tío toca música, la muchacha mira a solas las estrellas de la noche... -Meditó unos instantes-. Debo ser excesivamente suspicaz. Si ella es una bruja, no va a ganar nada de mí. Si son simples refugiados como ella dice, y amantes de la música, tal vez les gusten las melodías de Ascolais; les pagaré, en cierta medida, su hospitalidad. -Rebuscó en la bolsa de su silla, extrajo su flauta y se la metió dentro de la chaqueta.

Corrió de vuelta a donde le aguardaba la muchacha.

- No me has dicho tu nombre -le recordó ella-, para que pueda presentarte a mi tío.

- Soy Guyal de Sfere, junto al río Scaum en Ascolais. ¿Y tú?

Ella sonrió, abriendo la puerta de par en par. Una cálida luz amarilla se derramó sobre la empedrada calle.

- No tengo nombre. No necesito ninguno. Nunca ha habido nadie excepto mi tío; y cuando él habla, no hay nadie para responderle excepto yo.

Guyal la miró desconcertado; luego, dándose cuenta de que su sorpresa era demasiado evidente como para resultar cortés, controló su expresión. Quizá ella sospechara que él era un mago y temiera pronunciar su nombre y que él actuara con su magia sobre él.

Entraron en un salón enlosado, y el sonido de la música se hizo más fuerte.

- Entonces te llamaré Ameth, si me permites -dijo Guyal-. Es una flor del sur, tan dorada y hermosa y fragante como pareces serlo tú.

Ella asintió.

- Puedes llamarme Ameth.

Entraron en una estancia llena de tapices, amplia y cálida. Un gran fuego brillaba en una pared, y junto a él había una mesa con comida. El músico estaba sentado en un banco..., un viejo sucio y desaliñado. Su pelo blanco caía enmarañado a su espalda; su barba, no en mejores condiciones, era sucia y amarillenta. Llevaba una deshilachada túnica, en absoluto limpia, y la piel de sus sandalias se había cuarteado de puro reseca. Extrañamente, no retiró la flauta de su boca, sino que siguió tocando; y la muchacha de amarillo, observó Guyal, parecía moverse al ritmo de la música.

- Tío Ludowik -exclamó con voz alegre-, te traigo un huésped, sir Guyal de Sfere.

Guyal miró interrogativamente al rostro del hombre. Los ojos, aunque algo reumáticos por la edad, eran grises y brillantes..., febrilmente brillants e inteligentes; y, o al menos eso pensó Guyal, despiertos con una extraña alegría. Aquella alegría desconcertó aún más a Guyal, porque las líneas del rostro no indicaban otra cosa que años de miseria.

- ¿Quizá te gustaría tocar un poco para nosotros? -inquirió Ameth-. Mi tío es un gran músico, y ésta es su hora de música. Ha seguido la rutina durante muchos años... -Se volvió y le sonrió a Ludowik el músico. Guyal asintió educadamente.

Ameth hizo un gesto hacia la repleta mesa.

- Come, Guyal, y te serviré vino. Después quizá quieras tocar tu flauta para nosotros.

- Con placer -dijo Guyal, y observó cómo la alegría se hacía más aparente en el rostro de Ludowik, que se estremeció en las comisuras de la boca.

Comió, y Ameth le sirvió dorado vino hasta que su cabeza empezo a darle vueltas. Y nunca dejó Ludowik de tocar..., ahora una tierna melodía de murmurante agua, de nuevo una grave tonada que hablaba del océano perdido al oeste, otra vez una sencilla canción como la que podría cantar un niño en sus juegos. Guyal observó maravillado cómo Ameth adaptaba su estado de ánimo a la música..., grave o alegre según le dictara la melodía. ¡Extraño!, pensó Guyal. Pero..., la gente aislada de aquel modo era lógico que desarrollara costumbres peculiares, y parecían tan agradablemente vitales.

Terminó su comida y se puso en pie, afirmándose contra la mesa. Ludowik estaba tocando una animada cancioncilla, una melodía de pájaros de cristal girando y girando en un rojo haz de luz solar. Ameth se acercó a él, bailando, y se detuvo cerca -muy cerca-, y pudo oler el cálido perfume de su dorado pelo suelto. Su rostro era feliz y salvaje..., y peculiar la forma en que Ludowik observaba tan hoscamente, y todavía sin ninguna palabra. Quizá dudara de las intenciones de un extraño. Sin embargo...

- Ahora -dijo Ameth con voz entrecortada-, podrías tocar la flauta; eres tan joven y fuerte - Luego dijo rápidamente, al ver que Guyal abría mucho los ojos-. Quiero decir que tocarás la flauta para el viejo tío Ludowik, y él se sentirá feliz y se irá a la cama... y luego nosotros nos sentaremos y hablaremos hasta muy entrada la noche.

- Tocaré con placer la flauta -dijo Guyal. Maldita fuera su lengua, en su tiempo tan fluida y ahora tan torpe. Era el vino-. Con mucho placer. Tocaba mucho y bien allá en mi casa en Sfere.

Miró a Ludowik, y observó la expresión de loca alegría que acababa de sorprender. Era maravilloso que un hombre amara tanto la música.

- Entonces... ¡toca! -dijo jadeante Ameth, empujándole ligeramente hacia Ludowik y la flauta.

- Quizá -sugirió Guyal- será mejor que aguarde a que tu tío haga una pausa. Podría parecer descortés...

- No, tan pronto como tú indiques que vas a tocar, él parará. Simplemente tómale la flauta. Ya lo verás. Es un poco sordo -le confió.

- Muy bien -dijo Guyal-, excepto que tengo mi propia flauta. -Y sacó su instrumento de debajo de su chaqueta-. Oh... ¿qué ocurre? -Porque se había producido un sorprendente cambio en la muchacha y el viejo. Una rápida luz había asomado a sus ojos, y la extraña alegría de Ludowik había desaparecido, y no había más que turbia desesperanza en sus ojos, estúpida resignación.

Guyal retrocedió lentamente, asombrado.

- ¿No queréis que toque?

Hubo una pausa.

- Por supuesto -dijo Ameth, joven y encantadora de nuevo-. Pero estoy segura de que tío Ludowik preferirá oírte tocar su flauta. Está acostumbrado a su tono... Otra escala le resultaría poco familiar.

Ludowik asintió, y la esperanza brilló de nuevo en los viejos ojos reumáticos. Era realmente una espléndida flauta, observó Guyal, una elaborada pieza de blanco metal, incrustada en oro, y Ludowik la sujetaba como si estuviera dispuesto a no soltarla nunca.

- Toma la flauta -sugirió Ameth-. A él no le importará en absoluto. -Ludowik agitó la cabeza para asegurar su ausencia de objeciones. Pero Guyal, observando con desagrado la larga y manchada barba, agitó también la cabeza.

- Puedo tocar cualquier escala, cualquier tono, con mi flauta. No necesito usar la de tu tío y posiblemente incomodarle. Escucha -y alzó su instrumento-. Esta es una canción de Kaiin llamada «El ópalo, la perla y el pavo real».

Apoyó la flauta en sus labios y empezó a tocar, muy hábilmente por cierto, y Ludowik le siguió, llenando las pausas, haciendo los acordes. Ameth, olvidando su contrariedad, escuchó con los ojos entrecerrados, agitando su brazo al ritmo de la música.

- ¿Te gusta? -preguntó Guyal cuando hubo terminado.

- Mucho. Quizá deberías intentarlo con la flauta del tío Ludowik. Es una flauta espléndida de tocar, muy suave y fácil para la respiración.

- No -dijo Guyal, con una repentina obstinación-. Sólo soy capaz de tocar con mi propio instrumento. -Tocó de nuevo, y esta vez era una danza del festival, un alegre aire de carnaval. Ludowik, tocando con una habilidad sobrenatural, lanzó alegres armónicos a su melodía, y Ameth, arrastrada por el ritmo, se puso a bailar una danza de su invención, al ritmo de la música.

Guyal tocó una alegre tarantela campesina, y Ameth danzó más y más aprisa, agitando los brazos, girando, moviendo vivamente la cabeza. Y la flauta de Ludowik tocó un brillante obbligato, ascendiendo, descendiendo, poniendo acordes, envolviendo como pequeñas cuerdas plateadas de sonido la melodía de Guyal, añadiendo pequeñas apoyaturas.

Los ojos de Ludowik estaban clavados ahora en la girante figura de la muchacha. Y de pronto inició una melodía propia, una canción de salvaje abandono, con un frenético ritmo sincopado; y Guyal, arrastrado por la fuerza de la música, sopló como nunca antes había soplado, inventó notas y acordes, girantes arpegios, tocó alto y fuerte, y rápido, y claro.

No era nada comparado con la música de Ludowik. Sus ojos estaban enormemente abiertos; el sudor resbalaba por los surcos de su vieja frente; su flauta rasgaba el aire en estremecientes jirones de éxtasis.

Ameth bailaba frenéticamente; ya no era hermosa, parecía grotesca y poco familiar. La musica alcanzó un punto más allá de lo que los sentidos podían soportar. La propia visión de Guyal se volvió rosa y gris; vio a Ameth caer desvanecida, en un espumeante acceso; y Ludowik, con ojos fieros, vaciló, cojeó hasta su cuerpo e inició una terrible e intensa melodía, lentas armonías con el más solemne y aterrador de los significados.

Ludowik tocaba a la muerte.

Guyal de Sfere se dio la vuelta y salió corriendo de la estancia, con los ojos desorbitados. Ludowik, sin ni siquiera darse cuenta de ello, siguió con su terrible música, tocando como si cada nota fuera un espetón que atravesara los estremecidos hombros de la muchacha.

Guyal corrió en medio de la noche, y el frío aire le mordió como aguanieve. Penetró en el edificio contiguo, y el caballo blanco le relinchó suavemente. Le puso la silla, le puso las bridas, montó, y avanzó por las calles de la vieja Carchasel, más allá de las abiertas y negras ventanas, golpeando rítmicamente el empedrado iluminado por las estrellas, lejos de la música de la muerte.

Guyal de Sfere galopó montaña arriba con las estrellas en su rostro, y hasta que no llegó a la cresta no se volvió en la silla para mirar atrás.

Los primeros resplandores del alba temblaban al borde del pedregoso valle. ¿Dónde estaba Carchasel? No había ninguna ciudad..., sólo un montón de ruinas desmoronadas...

¡Alto! ¿Un lejano sonido?...

No. Todo era silencio.

Y sin embargo...

No. Sólo piedras caídas en el suelo del valle.

Guyal, con ojos alucinados, dio media vuelta y prosiguió su camino, siguiendo el sendero que avanzaba hacia el norte ante él.

Las escarpadas paredes del desfiladero que seguía el sendero eran de granito gris, manchadas de escarlata y negro por los líquenes y de azul por el moho. Los cascos del caballo producían un hueco clop-clop-clop sobre la piedra, pesado a los oídos de Guyal, hipnótico a su cerebro, y tras una noche sin sueño se sentía agotado. Sus ojos iban cerrándose lentamente, pero el camino ante él conducía a lugares desconocidos, y el vacío en el cerebro de Guyal lo empujaba sin descanso.

La laxitud fue tal que Guyal medio se deslizó de su silla. Alzándose de nuevo, decidió dar la vuelta al próximo recodo del camino y luego descansar.

Las rocas se proyectaban por encima de él y ocultaban el cielo, donde el sol había pasado ya el cenit. El sendero giraba en torno a una prominencia rocosa; delante brillaba una mancha de cielo índigo. Una vuelta más, se dijo Guyal. El desfiladero se abrió, las montañas estaban a su espalda, y miró a través de un centenar de kilómetros de estepa. Era un territorio sombreado con sutiles colores, lavado con sombras delicadas, desvaneciéndose y fundiéndose en la pálida niebla del horizonte. Vio una solitaria prominencia envuelta en un oscuro batallón de árboles, el resplandor de un lago a sus pies. Al otro lado apenas se divisaba una alineada masa de ruinas blanco grisáceas. ¿El Museo del Hombre?... Tras un momento de vacilación, Guyal desmontó y decidió dormir dentro del Huevo Expandible.

El sol se ocultaba con una triste y suntuosa majestad tras las montañas; la oscuridad se extendía sobre la tundra. Guyal despertó y se refrescó en un riachuelo cercano. Tras darle la ración correspondiente de grano a su caballo, comió frutos secos y pan; luego montó y siguió el camino. La llanura se extendía enorme al norte ante él, hacia la desolación; las montañas se alzaban negras encima y detrás; una lenta y fría brisa soplaba en su rostro. La oscuridad se hacía más intensa; la llanura desaparecía de la vista como una tierra sumergida. Vacilando ante la oscuridad, Guyal tiró de las riendas de su caballo. Mejor, pensó, cabalgar por la mañana. Si perdía el sendero en la oscuridad, ¿quién podía decirle lo que tal vez encontraría?

Un sonido como un lamento. Guyal se envaró y volvió su rostro hacia el cielo. ¿Un suspiro? ¿Un quejido? ¿Un sollozo?... Otro sonido, más cercano, un roce de telas, unas ropas sueltas. Guyal se encogió en su silla. Flotando lentamente en la oscuridad apareció una forma envuelta en blanco. Bajo la capucha, y reluciendo con una luz fantasmagórica, un rostro tenso con unos ojos parecidos a las órbitas de una calavera.

Lanzó un triste sonido y derivó, alejándose hacia lo alto... Solamente el soplar del viento rozó los oídos de Guyal.

Lanzó un tembloroso suspiro y se derrumbó sobre la perilla. Sus hombros estaban expuestos, desnudos. Se deslizó hasta el suelo y estableció el refugio del Huevo en torno a él mismo y a su caballo. Preparó su camastro y se tendió en él; se quedó contemplando la oscuridad hasta que vino el sueño y pasó la noche.

Despertó antes de amanecer, y reanudó el camino. El sendero era una cinta de arena blanca entre orillas de aulaga gris, y los kilómetros pasaron rápidamente.

El sendero conducía hacia la triple eminencia que Guyal había observado desde arriba; ahora creyó ver techos a través del denso follaje y humo en el frío aire. Y muy pronto a derecha e izquierda se abrieron campos cultivados de nardos, plumones y manzanos de aguamiel. Guyal siguió avanzando, buscando con la mirada alguna presencia humana.

A un lado apareció una verja de piedra y madera negra; la piedra, labrada y tallada hasta darle el aspecto de cuatro globos superpuestos, formaba un pilar central; los negros troncos que servían como railes encajaban en sus muescas correspondientes y estaban trabajados formando precisas espirales. Tras aquella verja se abría una región desnuda y revuelta, llena de agujeros y cráteres, quemada y retorcida, como si hubiera sido visitada a la vez por el fuego y por el golpear de un tremendo martillo. En interrogadora especulación, Guyal miró aquel paisaje, y así no se dio cuenta de los tres hombres que avanzaron silenciosamente hasta él.

El caballo se agitó nervioso; Guyal se volvió y vio a los tres. Cortaban su camino, y uno de ellos sujetó la brida de su caballo.

Eran hombres altos y bien formados, con ceñidos trajes de piel oscura ribeteados de negro. Su atuendo de cabeza era de tela marrón profundo caída en exactos pliegues, y una especie de aletas de piel se extendían horizontalmente sobre cada oreja. Sus rostros eran largos y solemnes, con una piel clara color dorado marfil, ojos dorados y pelo profundamente negro. Evidentemente, no eran salvajes; se movían con un fácil autocontrol, observaban a Guyal con una apreciación crítica, su actitud implicaba la disciplina de una antigua convención.

El líder dio un paso adelante. Su expresión no era ni de amenaza ni de bienvenida.

- Saludos, extranjero; ¿adónde vas?

- Saludos -respondió Guyal cautelosamente-. Voy donde mi estrella me dirige... ¿Vosotros sois los sapónides?

- Esa es nuestra raza, y ante ti está nuestra ciudad Saponce. -Inspeccionó a Guyal con franca curiosidad-. Por el color de tu ropa sospecho que tu hogar se halla en el sur.

- Soy Guyal de Sfere, junto al río Scaum, en Ascolais.

- El camino es largo -observó el sapónide-. Los terrores acechan al viajero. Tu impulso debe ser muy intenso y tu estrella debe atraerte con gran fuerza.

- Acudo -dijo Guyal- en peregrinaje para alivio de mi espíritu; el camino parece corto cuando alcanza su fin.

El sapónide ofreció un educado asentimiento.

- ¿Entonces has cruzado el Fer Aquilas?

- Por supuesto; a través de fríos vientos y desoladas piedras. -La mirada de Guyal se volvió hacia la imponente masa a sus espaldas-. Hasta ayer a la caída de la noche no abandoné el paso. Y luego un fantasma flotó encima mío de tal modo que pensé que la tumba me estaba señalando.

Hizo una pausa, sorprendido; sus palabras parecían haber desencadenado una poderosa emoción en los sapónides. Sus rasgos se alargaron, sus bocas se volvieron blancas y crispadas. El líder, con su educado distanciamiento un poco disminuido, escrutó el cielo con mal oculta aprensión.

- Un fantasma... ¿con un hábito blanco, flotando en lo alto?

- Sí, ¿es algo familiar en la región?

Hubo una pausa.

- En un cierto sentido -dijo el sapónide-. Es una señal de desdicha... Pero he interrupido tu relato.

- Hay poco que contar. Busqué abrigo para la noche, y esta mañana descendí al llano.

- ¿No fuiste molestado más? ¿Por Koolbaw la Serpiente Andante, que merodea por las laderas como el destino?

- No vi ni serpiente andante ni lagarto arrastrante; además, una bendición protege mi camino, y no puedo sufrir ningún daño mientras me mantenga dentro de él.

- Interesante, interesante.

- Ahora -dijo Guyal-, permíteme que te haga algunas preguntas, puesto que es mucho lo que desearía aprender; ¿qué es ese fantasma, y qué mal conmemora?

- Preguntas más allá de mi conocimiento cierto -respondió cautelosamente el sapónide-. De este fantasma es mejor no hablar si no queremos que nuestra atención refuerce su malignidad.

- Como quieras -respondió Guyal-. Quizá no te importe instruirme... -contuvo su lengua. Antes de inquirir por el Museo del Hombre, sería prudente saber en qué concepto lo tenían los sapónides, a fin de evitar que, dándose cuenta de su interés, intentaran impedirle todo conocimiento del mismo.

- ¿Sí? -inquirió el sapónide-. ¿Cuál es tu carencia? Guyal señaló la cicatrizada zona tras la verja de piedra y madera.

- ¿Cuál es el portento de esta devastación?

El sapónide miró a la zona con una expresión hierática y se alzó de hombros.

- Es uno de los antiguos lugares; eso es todo lo que se sabe, no más. La muerte merodea por ella, y ninguna criatura puede aventurarse a su través sin sucumbir a la magia más maliciosa, que levanta virulencia y terribles pústulas. Aquí es donde enviamos a nuestros condenados a muerte... Pero alejémonos. Desearás descansar y comer algo en Saponce. Ven; te guiaremos.

Se volvió en el sendero en dirección a la ciudad, y Guyal, sin palabras ni razones para rechazar la idea, espoleó a su caballo para que le siguiera.

Al acercarse a la triple colina el sendero se hizo más ancho, hasta convertirse en una carretera. A la derecha estaba el lago, tras bajos bancales de cañas púrpura. Mostraba embarcaderos de resistente madera negra y botes que se agitaban a las olas levantadas por el viento. Estaban construidos con forma de hoz, con proa y popa alzándose en una pronunciada curva sobre el agua.

Entraron en la ciudad, y las casas eran de madera tallada, en tonos que iban desde el marrón dorado hasta el negro que la intemperie había vuelto opaco. Las construcciones eran intrincadas y muy adornadas, las paredes se alzaban tres pisos hasta unos pronunciados gabletes que formaban amplios aleros delante y detrás. Vigas y columnas estaban talladas con complejos dibujos: cintas entrelazadas, zarcillos, hojas, lagartos y cosas parecidas. Las contraventanas eran también talladas, con dibujos de follajes, rostros de animales, estrellas radiantes: intensos dibujos en la maleable madera. Resultaba claro que se había empleado mucha expresividad en la talla.

Subieron la empinada cuesta, bajo el resplandor arrojado por los árboles, pasando junto a las casas medio ocultas por el follaje y los sapónides de Saponce que acudían para mirar. Se movían con suavidad y hablaban en voz baja, y sus ropas eran de una elegancia que Guyal no había esperado ver en la estepas septentrionales.

Su guía hizo una pausa y se volvió hacia Guyal.

- ¿Te importa aguardar mientras informo al voyevode, a fin de que pueda preparar una recepción adecuada?

La petición fue formulada con palabras sinceras y ojos inocentes. Guyal creyó percibir ambigüedad en el fraseo, pero puesto que los cascos de su caballo estaban plantados en el centro de la carretera, y puesto que no entraba en sus propósitos abandonarla, Guyal asintió con rostro abierto. El sapónide desapareció, y Guyal permaneció sentado, rumiando en medio de la agradable ciudad perchada tan arriba sobre el llano.

Un grupo de muchachas se acercaron para observar a Guyal con ojos curiosos. Guyal devolvió la inspección, y halló una desconcertante falta en sus personas, una discrepancia que no pudo identificar instantáneamente. Llevaban graciosos atuendos de punto de lana, teñidos en franjas de varios colores; eran esbeltas y agraciadas, y no parecían carecer de coquetería. Y sin embargo...

El sapónide regresó.

- Bien, sir Guyal, ¿podemos proceder?

Guyal, procurando extirpar cualquier aroma de sospecha de sus palabras, dijo:

- Comprenderás, sir Sapónide, que por la naturaleza misma de la bendición de mi padre no me atrevo a abandonar el curso señalado por el sendero; porque si lo hiciera, instantáneamente me vería presa de cualquier maldición que, formulada en cualquier lugar a todo lo largo del camino, estuviera acechando precisamente esta ocasión para apoderarse de mi alma.

El sapónide hizo un gesto de comprensión.

- Naturalmente; sigues un sano principio. Déjame tranquilizarte. Te conduciré a una recepción con el voyevode, que en estos momentos se apresura hacia la plaza para recibir a un extranjero del lejano sur.

Guyal hizo una inclinación de agradecimiento, y prosiguieron carretera arriba.

A un centenar de pasos el camino se nivelaba, cruzando un parquecillo plantado con pequeñas y aleteantes hojas con forma de corazón y multitud de colores que abarcaban todas las tonalidades del púrpura, rojo, verde y negro.

El sapónide se volvió a Guyal.

- Como extranjero debo prevenirte que nunca pongas el pie en este parquecillo. Es uno de nuestros lugares sagrados, y la tradición exige que se aplique un severo castigo al sacrilegio de toda transgresión.

- Tendré en cuenta tu advertencia -dijo Guyal-. Obedeceré respetuosamente vuestra ley.

Pasaron una densa espesura; con un horrible clamor, una forma bestial saltó de su escondite, una criatura de ojos intensos con tremendas mandíbulas llenas de colmillos. El caballo de Guyal se encabritó, saltó, se metió en el parquecillo sagrado y pateó las aleteantes hojas.

Un cierto número de sapónides se precipitaron hacia ellos, sujetaron el caballo, agarraron a Guyal y lo arrastraron fuera de la silla.

- ¡Hey! -exclamó Guyal-. ¿Qué significa esto? ¡Soltadme!

El sapónide que había sido su guía avanzó, agitando con reproche su cabeza.

- ¡Bien, y apenas acababa de hacerte saber la gravedad de la ofensa que representaba esto!

- ¡Pero el monstruo asustó a mi caballo! -dijo Guyal-. No soy responsable de esta infracción; soltadme, y sigamos a la recepción.

- Me temo que las penas prescritas por la tradición deben ser aplicadas -dijo el sapónide-. Tus protestas, aunque superficialmente plausibles, no resisten un examen serio. Por ejemplo, la criatura a la que denominas monstruo es en realidad un animal domesticado e inofensivo. En segundo lugar, observo el animal que conduces; no dará un giro o se volverá sin que tú des el correspondiente tirón a sus riendas. Tercero, aunque fueran aceptados tus postulados, admites tu culpabilidad en virtud de negligencia y omisión. Tendrías que haberte procurado una montura menos propensa a una acción impredecible, o al conocer la santidad del parquecillo, deberías haber considerado una contingencia como la que se ha producido, y en consecuencia haber desmontado, conduciendo tú a tu animal. En consecuencia, sir Guyal, aunque lo lamente, me veo obligado a considerarte culpable de impertinencia, impiedad, desprecio e impudicia. En consecuencia, como gobernador y sargento-lector de la Letanía, y por ello responsable de la

detención de los infractores de la ley, debo ordenar que seas prendido, encarcelado y confinado hasta el momento en que sea ejecutada la pena.

- ¡Todo este episodio es absurdo! -espumeó Guyal-. ¿Acaso sois salvajes, para tratar así a un caminante solitario?

- En absoluto -respondió el gobernador-. Somos una gente altamente civilizada, con costumbres que nos han sido legadas del pasado. Puesto que el pasado fue más glorioso que el presente, ¡qué presunción intentar cuestionar esas leyes!

Guyal intentó tranquilizarse.

- ¿Y cuál es la pena habitual por mi acto?

El gobernador hizo un gesto tranquilizador.

- La costumbre prescribe tres actos de penitencia, que en tu caso estoy seguro de que serán nominales. Pero..., las formas deben ser observadas, y es necesario que seas encerrado en las mazmorras de Felon. -Señaló al hombre que sujetaba el brazo de Guyal-. Llévatelo; no cruces camino ni sendero, porque entonces tu presa sobre él perderá toda su fuerza y se verá libre de la justicia.

Guyal fue encerrado en una bien aireada pero escasamente iluminada celda subterránea de piedra. El suelo era seco, el techo libre de insectos. No lo habían registrado, de modo que su Daga Centelleante no había sido retirada de su funda. Con el cerebro lleno de sospechas, se echó sobre el rústico camastro y, al cabo de un tiempo, durmió.

Tanscurrió todo un día. Le fue traída comida y bebida; y finalmente el gobernador acudió a visitarle.

- Eres de hecho afortunado -dijo el sapónide-, puesto que, como testigo, pude sugerir que tus delitos fueron más resultado de la negligencia que de la malicia.

La última pena impuesta por el delito fue severa: al acusado se le ordenó realizar los siguientes tres actos: primero, cortarse los dedos de los pies y coser los miembros seccionados a la piel de su cuello; segundo, vilipendiar a sus antepasados durante tres horas, empezando con el anatema común, incluyendo fingir locura y enfermedades hereditarias, y terminando con profanar el hogar de su clan con inmundicias; y tercero, caminar un kilómetro bajo el lago con zapatos de plomo en busca del Libro Perdido de Kells. -Y el gobernador miró a Guyal con complacencia.

- ¿Qué cosas debo ejecutar yo? -inquirió secamente Guyal.

El gobernador unió las puntas de sus dedos.

- Como ya he dicho, las penas son nominales, por decreto del voyevode. Primero debes jurar no volver a repetir nunca más tu crimen.

- Eso lo haré con placer -dijo Guyal, prometiéndoselo a sí mismo.

- Segundo -dijo el gobernador con una ligera sonrisa-, debes juzgar en la Gran Celebración de Pulcritud entre las doncellas del poblado y seleccionar la que tú consideres más hermosa.

- No es una tarea muy difícil -comentó Guyal-. ¿Por qué eso me corresponde a mí?

El gobernador miró vagamente al techo.

- Hay un cierto número de concomitancias a la victoria en esta confrontación... Cada persona de la ciudad puede ser relacionada de alguna forma con las participantes..., una hija, una hermana, una sobrina..., y así es difícil hallar a nadie sin prejuicios. Contra ti nunca podrá plantearse la acusación de favoritismo; en consecuencia, resultas una elección ideal para este importante puesto.

Guyal creyó oír un tono de sinceridad en la voz del sapónide; sin embargo, se preguntó por qué la selección de la más hermosa de la ciudad era un asunto de tanta importancia.

- ¿Y tercero? -inquirió.

- Eso te será revelado después de la competición, que tendrá lugar esta tarde.

El sapónide abandonó la celda.

Guyal, que no estaba exento de vanidad, pasó varias horas restaurando su persona y sus ropas de los estragos del viaje. Se bañó, peinó, afeitó, y cuando el gobernador apareció para abrirle la puerta tenía la seguridad de no hacer mal papel con su presencia.

Fue conducido a la carretera y directamente colina arriba hacia la parte superior de la ciudad en terrazas de Saponce. Volviéndose hacia el gobernador, dijo:

- ¿Cómo permitís que camine de nuevo por el sendero? Tienes que saber que ahora estoy a salvo de cualquier interferencia...

El gobernador se alzó de hombros.

- Cierto. Pero vas a ganar poco insistiendo en tu temporal inmunidad. Ahí delante el sendero cruza un puente, que podemos demoler; ahí detrás no necesitamos más que romper la presa del torrente Peilvemchal; de modo que tendrías que salirte del camino y así serías de nuevo vulnerable. No, sir Guyal de Sfere, una vez sabido el secreto de tu inmunidad, eres susceptible de verte sometido a una gran variedad de estratagemas. Por ejemplo, podemos erigir una amplia pared cruzando el camino, delante y detrás tuyo. Sin duda el conjuro te preserva de la sed y del hambre, pero ¿de qué más? No puedes quedarte sentado hasta que el sol se apague definitivamente.

Guyal no dijo nada. Al otro lado del lago observó un trío de botes en forma de creciente de luna acercándose a los embarcaderos, proas y popas cabeceando y hundiéndose en las ensombrecidas aguas con un gracioso movimiento. El vacío en su mente se dio a conocer.

- ¿Por qué están construidos de esta forma los botes?

El gobernador le miró inexpresivamente.

- Es el único método practicable. ¿Acaso las vainas oe no crecen en el sur?

- Nunca he oído hablar de las vainas oe.

- Son el fruto de una gran enredadera, y crecen con forma de cimitarra. Cuando son lo suficientemente grandes, las cortamos y limpiamos, abrimos el borde interior, sujetamos los extremos con fuertes cuerdas y las tensamos hasta que la vaina se abre en la proporción deseada. Luego, una vez curadas, secadas, barnizadas, vaciadas, selladas y comprobadas, les adaptamos las cubiertas, bancos y refuerzos..., y ya tenemos nuestros botes.

Entraron en la plaza, una extensión llana en la parte superior rodeada en tres lados por altas casas de tallada madera oscura. El cuarto lado se abría a una vista del lago y más allá a las montañas. Había árboles por todas partes, y el resplandor del sol entre ellos daba un diseño escarlata al arenoso suelo.

Ante la sorpresa de Guyal, no parecía haber ceremonias preliminares ni formalidades en el concurso, y los ciudadanos manifestaban poco espíritu de festividad. De hecho, parecían más bien resignadamente desanimados, y miraban a su alrededor sin el menor entusiasmo.

Un centenar de muchachas estaban reunidas en un desconsolado grupo en el centro de la plaza. Guyal tuvo la impresión de que se habían preocupado muy poco de embellecerse para lucir mejor. Al contrario, llevaban ropas informes e incluso raídas, su pelo parecía deliberadamente desgreñado, sus rostros sucios y ceñudos.

Guyal miró y se volvió a su guía.

- Esas muchachas no parecen gozar en exceso de pulcritud.

El gobernador asintió.

- Como puedes ver, ninguna se muestra celosa de distinción; la modestia ha sido siempre un rasgo sapónide.

Guyal dudó.

- ¿Cuál es el procedimiento? No desearía, en mi ignorancia, violar otro de vuestros arcanos apócrifos.

- No hay formalidades -dijo el gobernador, con rostro inexpresivo-. Realizamos estos actos de forma expedita y con la menor ceremonia posible. Sólo necesitas pasar entre estas doncellas y elegir a aquella que consideres más atractiva.

Guyal se dedicó a su tarea, sintiéndose algo más que medio estúpido. Reflexionó: esto es un castigo por contravenir una absurda tradición; pasaré por él con eficiencia y así me veré libre lo antes posible de la obligación.

Se detuvo ante el centenar de muchachas, que lo miraron con hostilidad y ansiedad, y Guyal vio que su tarea no iba a ser sencilla, puesto que, en su conjunto, había en ellas una gracia que ni siquiera la suciedad, las muecas y los harapos podían disimular.

- Alineaos, por favor -pidió Guyal-. De esta forma, ninguna estará en desventaja.

Las muchachas formaron hoscamente en una fila.

Guyal examinó el grupo. Vio inmediatamente que un cierto número podían ser eliminadas: las demasiado bajas, las demasiado gordas, las demasiado flacas, las que tenían la piel picada o los rasgos demasiado duros, quizás una cuarta parte del grupo. Dijo suavemente:

- Nunca había visto unos encantos tan unánimes; cada una de vosotras podría exigir legítimamente el premio. Mi tarea es ardua; debo sopesar delicados imponderables; al final mi elección se basará indudablemente en la subjetividad, y aquellas con un auténtico encanto serán indudablemente las primeras en ser desechadas del concurso. -Avanzó unos pasos-. Aquellas que indicaré pueden retirarse.

Recorrió la hilera, señalando, y las menos agraciadas, con expresiones de innegable alivio, se apresuraron a retirarse a un lado.

Guyal efectuó una segunda inspección, y ahora, ya algo más familiarizado con aquellas a las que juzgaba, pudo desechar a las que, aunque agraciadas, eran poseedoras de una belleza vulgar.

Ahora quedaba aproximadamente un tercio del grupo original. Esas miraron a Guyal con distintos grados de aprensión y truculencia mientras pasaba ante ellas, estudiando una tras otra... Inmediatamente se decidió, e hizo su elección. De alguna manera las muchachas captaron el cambio en él, y en su ansiedad y tensión abandonaron las expresiones que habían estado exhibiendo en su beneficio.

Guyal efectuó una última inspección a la hilera. No, había sido certero en su elección. Había muchachas allí tan hermosas como los sentidos podían desear, muchachas con ojos que parecían ópalos resplandecientes y rasgos de jacinto, muchachas tan cimbreantes como juncos, de piel sedosa y suave pese al polvo que parecían haberse echado por encima.

La muchacha seleccionada por Guyal era más delgada que las otras y poseía una belleza que no era evidente a primera vista. Tenía un pequeño rostro triangular, grandes ojos melancólicos y un denso pelo negro cortado a la altura de las orejas. Su piel era de una palidez casi translúcida, como el más fino marfil; su forma era esbelta, graciosa y de un magnetismo innegable, que parecía llamar a la intimidad. Pareció darse cuenta de su decisión, y sus ojos se agrandaron.

Guyal tomó su mano, la condujo delante de las otras y se volvió hacia el voyevode..., un viejo que permanecía estólidamente sentado en un pesado sillón.

- Ésta es la que encuentro más encantadora entre tus doncellas.

Hubo un silencio en toda la plaza. Luego se oyó un sonido ronco, un grito de tristeza del gobernador y sargento lector. Avanzó unos pasos, el rostro caído, el cuerpo laxo.

- Guyal de Sfere, has conseguido una gran venganza por mi engaño. Es a mi amada hija, Shierl, a la que has designado para el espanto.

Guyal se volvió desconcertado del gobernador a la muchacha Shierl, en cuyos ojos reconoció ahora un velo de tristeza y fatalidad, como si estuviera mirando a un lugar muy profundo.

Se volvió de nuevo al gobernador.

- He actuado de una forma absolutamente impersonal. En tu hija Shierl he descubierto a una de las personas más encantadoras de toda mi experiencia; no puedo comprender en qué te he ofendido.

- No, Guyal -dijo el gobernador-, has elegido honestamente, porque esto es precisamente lo que yo pienso también.

- Bien, entonces revélame mi tercera tarea para que pueda cumplirla y continúe mi peregrinaje -dijo Guyal.

- A tres leguas al norte se hallan las ruinas que la tradición nos dice que constituyen el viejo Museo del Hombre -dijo el gobernador.

- Ah -dijo Guyal-. Sigue, escucho.

- Debes, como tercera pena, conducir a mi hija al Museo del Hombre. En el portal golpearás un gong de cobre y anunciarás a quien responda: «Somos los convocados de Saponce.»

Guyal se sobresaltó, frunció el ceño.

- ¿«Somos»? ¿Cómo es eso?

- Tal es tu pena -dijo el gobernador, con voz de trueno.

Guyal miró a izquierda, derecha, delante y detrás. Pero estaba en el centro de la plaza, rodeado por los robustos hombres de Saponce.

- ¿Cuándo debe ser ejecutada la pena? -preguntó con voz controlada.

La voz del gobernador era amarga como una hoja de roble.

- En estos momentos Shierl va a vestirse de amarillo. Dentro de una hora aparecerá, dentro de una hora deberéis partir para el Museo del Hombre.

- ¿Y entonces?

- Y entonces..., para bien o para mal, nadie sabe. Compartirás el destino que han corrido otros trece mil antes que tú.

Guyal descendió de la plaza, recorriendo los umbrosos paseos flanqueados de árboles, indignado y sin saber qué decir, aunque la boca de su estómago parecía derretirse y temblaba como sometida a un terremoto. El ritual sonaba con desagradables armónicos: ejecución o sacrificio. El paso de Guyal vaciló.

El gobernador sujetó su codo con mano firme.

- Hacia delante.

Ejecución o sacrificio... Los rostros a lo largo del paseo mostraban una mórbida curiosidad, una excitación interior; ojos ávidos escrutaban profundamente en él para saborear su miedo y su horror, y las bocas se entreabrían en una semisonrisa de satisfacción interior por no ser ellos quienes caminaban descendiendo las calles bordeadas de árboles en dirección al Museo del Hombre.

La eminencia, con los altos árboles y las oscuras casas de madera tallada, quedó a sus espaldas; caminaron penetrando en la clara luz del sol de la tundra. Allí había ochenta mujeres con

clámides llevando cestos ceremoniales de paja trenzada sobre sus cabezas, rodeando una alta tienda de seda amarilla.

El gobernador hizo detenerse a Guyal y dedicó una inclinación de cabeza a la Matrona Ritual. Ésta echó a un lado la cortina que cubría la puerta de la tienda; la muchacha que había dentro, Shierl, salió lentamente, los ojos muy abiertos y el cuerpo tenso.

Llevaba una rígida túnica de brocado amarillo, y su pálido cuerpo parecía comprimido en su interior. La túnica estaba cerrada bajo su barbilla, dejaba desnudos los brazos y se alzaba en la parte posterior de su cabeza en una especie de cogulla rígida de forma lanceolada. Estaba asustada como lo está un animal atrapado; miró a Guyal, a su padre, como si nunca los hubiera visto antes.

La Matrona Ritual apoyó una suave mano en su talle, la empujó hacia delante. Shierl dio un paso, dos, se detuvo incierta. El gobernador hizo avanzar a Guyal y lo situó al lado de la muchacha; entonces dos niños, niño y niña, llegaron apresuradamente con copas que ofrecieron a Guyal y Shierl. Ella aceptó con aire ausente la suya. Guyal tomó la que le tendían y miró suspicazmente el oscuro brebaje. Alzó la vista hacia el gobernador.

- ¿Cuál es la naturaleza de esta poción?

- Bebe -dijo el gobernador-. Así tu camino parecerá más corto; así dejarás el terror atrás, y avanzarás al Museo con un paso más firme.

- No -dijo Guyal-. No beberé. Mis sentidos tienen que ser míos cuando me encuentre frente al Conservador. He venido desde tan lejos para este privilegio; no estropearé la ocasión tambaleándome y tartamudeando. -Y tendió la copa de vuelta al niño.

Shierl miraba con aire ausente la copa que sostenía en las manos. Guyal dijo:

- Te aconsejo que hagas lo mismo y evites la droga; así llegaremos al Museo del Hombre con nuestra propia dignidad.

Vacilante, la muchacha devolvió la copa. El ceño del gobernador se frunció, pero no protestó.

Un viejo con un atuendo negro tendió un almohadón de satén en que descansaba un látigo con el mango de acero tallado. El gobernador alzó el látigo y, avanzando, dio tres golpes ligeros cruzando ligeramente los hombros de Shierl y Guyal.

- Así os condeno: seguid adelante y abandonad Saponce, desterrados para siempre; sois exiliados de por vida. Buscad ayuda en el Museo del Hombre. Os prevengo: nunca miréis atrás, dejad todo pensamiento del pasado y del futuro aquí en el Jardín del Norte. Ahora y para siempre quedáis desligados de todos los lazos, compromisos, relaciones y dependencias, junto con toda pretensión de amistad, amor, camaradería y hermandad con los sapónides de Saponce. Os exhorto: id. Os ordeno: ¡id, id, id!

Shierl hundió los dientes en su labio inferior; las lágrimas resbalaron libremente por sus mejillas, aunque no emitió ningún sonido. Echó a andar con la cabeza colgante por entre los líquenes de la tundra, y Guyal se unió a ella con paso rápido.

No era momento de mirar atrás. Por un tiempo los murmullos, los nerviosos sonidos, siguieron resonando en sus oídos; luego estuvieron solos en la llanura. El ilimitado norte se extendía de horizonte a horizonte; la tundra llenaba el paisaje frente a ellos y al fondo, una extensión yerma, triste y moribunda. Como único accidente en la región, las blancas ruinas -en un tiempo el Museo del Hombre- se alzaban a una legua ante ellos, y caminaron por el apenas perceptible sendero sin una palabra.

Guyal dijo con tono tentativo:

- Hay mucho que querría comprender.

- Habla -dijo Shierl. Su voz era baja pero controlada.

- ¿Por qué somos forzados a realizar esta misión?

- Es así porque siempre ha sido así. ¿No es suficiente razón?

- Suficiente tal vez para ti -dijo Guyal-, pero para mí no resulta convincente. Debo hacerte partícipe del vacío que hay en mi mente, que anhela conocimiento como el lascivo anhela carnalidad; así que te ruego que seas paciente sí mis preguntas parecen innecesariamente insistentes.

Ella le miró con sorpresa.

- ¿Sois todos los del sur tan anhelantes de conocimiento como tú?

- En absoluto -dijo Guyal-. Por todas partes puede observarse una normalidad en la mente. La gente realiza hábilmente los mismos movimientos que hicieron ayer, la semana pasada, hace un año. He sido informado de mi aberración mucho y muy insistentemente. «¿Por qué buscas esta pedante acumulación?», me han dicho a menudo. «¿Por qué indagar e investigar? La Tierra se vuelve más fría cada vez; el hombre da sus últimos estertores; ¿por qué cambiar la alegría, la música y las diversiones por lo abstracto y abstruso?»

- Ciertamente -dijo Shierl-. Hacen bien en aconsejarte; ése es también el consenso en Saponce.

Guyal se alzó de hombros.

- Corre el rumor de que he sido privado de mis sentidos por un demonio. Puede que sea así. En cualquier caso, el efecto sigue, y la obsesión me persigue constantemente.

Shierl indicó comprensión y adquiescencia.

- Pregunta entonces; intentaré colmar esos anhelos.

Él la miró de soslayo, estudió el encantador triángulo de su rostro, el denso pelo negro, los grandes ojos lustrosos, oscuros como zafiros yu.

- En circunstancias más felices, hay otros anhelos que hubiera deseado que colmaras.

- Pregunta -respondió Shierl de Saponce-. El Museo del Hombre está cerca; no es ocasión de bromas sino de palabras.

- ¿Por qué hemos sido condenados y expulsados de esta forma, con una tácita aceptación de nuestro destino?

- La causa inmediata es el fantasma que viste en la colina. Cuando el fantasma aparece, entonces los de Saponce sabemos que la más hermosa doncella y el más atractivo joven de la ciudad deben ser enviados al Museo. Ignoro de dónde arranca la costumbre. Pero es así; así ha sido siempre; así será hasta que el sol se apague como un carbón encendido en la lluvia y oscurezca la Tierra, y los vientos arrojen nieve sobre Saponce.

- ¿Pero cuál es nuestra misión? ¿Quién nos recibirá, cuál es nuestro destino?

- Esos detalles son desconocidos.

Guyal meditó unos instantes.

- La verosimilitud de todo esto parece pequeña... Hay discordancias en el episodio. Tú eres más allá de toda duda la criatura más encantadora de los sapónides, la criatura más encantadora de toda la Tierra..., pero yo, yo soy un extranjero casual, y difícilmente el más favorecido joven de la ciudad.

Ella sonrió ligeramente.

- No eres feo.

- Por encima de la condición de mi persona -dijo Guyal sombríamente- está el hecho de que soy un extraño y por lo tanto represento muy poca pérdida para la ciudad de Saponce.

- Ese aspecto ha sido tenido indudablemente en cuenta -dijo la muchacha.

Guyal examinó el horizonte.

- Entonces evitemos el Museo del Hombre, rodeemos este destino desconocido y encaminémonos a las montañas y al sur hasta Ascolais. El anhelo de saber nunca se sobrepondrá en mí a una perspectiva de destrucción tan claramente implícita.

Ella agitó la cabeza.

- ¿Supones que conseguiríamos llevar a buen término un engaño así? Los ojos de un centenar de guerreros nos siguen hasta que crucemos el portal del Museo; si intentamos escapar a nuestro deber nos hallaremos atados a una estaca, con nuestras pieles arrancadas centímetro a centímetro, y finalmente colocados en sacos con un millar de escorpiones esparcidos sobre nuestras cabezas. Tal es la pena tradicional; veinte veces ha sido invocada a lo largo de la historia.

Guyal cuadró los hombros y dijo con voz nerviosa:

- Oh, bien... El Museo del Hombre ha sido mi meta desde hace muchos años. Por este motivo me fui de Sfere, así que ahora podré conocer al Conservador y satisfacer mi obsesión de llenar mi cerebro.

- Eres bendecido con una gran fortuna -dijo Shierl-, porque te ha sido concedido el deseo de tu corazón.

Guyal no encontró nada que deir, así que por un tiempo caminaron en silencio. Luego dijo:

- Shierl.

- ¿Sí, Guyal de Sfere?

- ¿Nos separarán y nos llevarán aparte?

- No lo sé.

- Shierl.

- ¿Sí?

- Si nos hubieramos conocido bajo una estrella más feliz... -Hizo una pausa.

Shierl caminó en silencio.

El la miró friamente.

- No dices nada.

- Pero tú no has preguntado nada -dijo ella, sorprendida.

Guyal volvió a mirar al frente, al Museo del Hombre.

Finalmente ella sujetó su brazo.

- Guyal, estoy muy asustada.

Guyal miró el suelo bajo sus pies, y una flor de fuego ardió en su cerebro.

- ¿Ves las marcas entre los liquenes?

- Si, ¿y qué?

- ¿Es un sendero?

- Es un rastro formado por el paso de muchos pies -respondió ella dubitativa-. En consecuencia... es un sendero.

- Aquí está la seguridad -dijo Guyal, sin poder retener el júbilo-, si consigo no ser engañado fuera del camino. Pero tú... Oh, debo protegerte; no debes abandonar en ningún momento mi lado, debes nadar en el conjuro que me protege; entonces quizá podamos sobrevivir.

- No dejemos que nuestra razón nos engañe, Guyal de Sfere -dijo ella tristemente.

Pero mientras caminaban, el sendero se hizo más marcado, y Guyal fue sintiéndose progresivamente confiado. Y la masa medio desmoronada que señalaba el Museo del Hombre fue haciéndose más grande, hasta ocupar toda su visión.

Si allí había existido un almacén de conocimiento, poco quedaba de él. Era un gran suelo llano, enlosado con piedra blanca, ahora gredosa, rota y con las juntas llenas de hierbas. En torno a ese suelo se alzaban una serie de monolitos, picados y carcomidos, y derrumbados a distintas alturas. En su tiempo habían sostenido una enorme techumbre; ahora esa techumbre había desaparecido, y las paredes no eran mas que sueños de un lejano pasado.

Y ahora allí estaba aquel suelo llano delimitado por los rotos muñones de las columnas, desnudo a los vientos del tiempo y al resplandor del frío sol rojo. Las lluvias hablan lavado el mármol, el polvo de las montañas se había depositado y había sido barrido, depositado y barrido, y aquéllos que habían construido el Museo eran menos que una mota de aquel polvo, tan lejanos y olvidados estaban.

- Piensa -dijo Guyal-, piensa en la enormidad del conocimiento que en su tiempo estuvo reunido aquí y que ahora es uno con el polvo..., a menos, por supuesto, que el Conservador haya salvado y preservado algo.

Shierl miró aprensiva a su alrededor.

- Pienso más bien en el portal, y en lo que nos aguarda... Guyal -susurró-: tengo miedo, mucho miedo... Supón que nos despedazan. Supón que lo que nos espera es la tortura y la muerte. Temo un tremendo shock, el shock del horror...

La propia garganta de Guyal ardía y estaba como congestionada. Miró a su alrededor con aire de desafio.

- Mientras siga respirando y conserve energía en mis brazos para luchar, nada podrá hacernos daño.

Shierl gimió suavemente.

- Guyal, Guyal de Sfere... ¿por qué me elegiste a mí?

- Porque -dijo Guyal- mis ojos acudieron a ti como la abeja acude al néctar de la flor; porque eras la más hermosa y creía que no te aguardaba nada que no fuera bueno.

Con un estremecido suspiro, Shierl dijo:

- Tengo que ser valiente; después de todo, si no fuera yo seria cualquier otra doncella igualmente asustada... Y aquí está el portal.

Guyal inspiró profundamnte, inclinó la cabeza y avanzó a largas zancadas.

- Vayamos, pues, y sepamos...

El portal se abría en un cercano monolito, una puerta de liso metal negro. Guyal siguió el sendero hasta la puerta, y golpeó secamente con el puño el pequeño gong de cobre que había a su lado.

La puerta se abrió chirriando sobre sus goznes, y una bocanada de aire frío, oliendo a subterráneo, brotó de la abertura. Sus ojos no pudieron descubrir nada en el negro hueco.

- ¡Hola, ahí dentro! -exclamó Guyal.

Una voz suave, llena de temblores y vacilaciones, como si hubiera estado llorando, dijo:

- Entrad, entrad. Sois deseados y esperados.

Guyal adelantó la cabeza, esforzándose por ver.

- Danos algo de luz, a fin de que no nos extraviemos del camino y caigamos.

La suspirante y temblorosa voz dijo:

- No es necesaria ninguna luz; vayais por donde vayais, allí estará vuestro sendero, por un arreglo acordado con el Hacedor de Caminos.

- No -dijo Guyal-, queremos ver el rostro de nuestro anfitrión. Hemos venido a invitación suya; lo menos que puede ofrecernos es algo de luz; queremos luz antes de que pongamos un pie dentro de esta mazmorra. Quiero que sepas que hemos venido como buscadores de conocimiento; somos visitantes que merecemos ser honrados.

- Ah, conocimiento, conocimiento -les llegó el triste suspirar-. Será vuestro, en toda su plenitud..., conocimiento de muchos extraños asuntos; oh, nadaréis en una marea de conocimiento...

Guyal interrumpió la triste y suspirante voz:

- ¿Eres el Conservador? He recorrido centenares de leguas para venir a hablar con el Conservador y plantearle mis preguntas. ¿Eres tú él?

- En absoluto. Reniego del nombre del Conservador como una traidora no esencialidad.

- Entonces, ¿quién puedes ser?

- No soy nadie, nada. Soy una abstracción, una emoción, el rezumar del terror, el sudor del horror, el estremecimiento en el aire cuando el grito ha partido.

- Hablas con la voz de un hombre.

- ¿Por qué no? Las cosas de las que hablo yacen en el más cercano y más querido centro del cerebro humano.

Con voz deprimida, Guyal dijo:

- No haces tu invitación tan atractiva como cabía esperar.

- No importa, no importa; tenéis que entrar, en la oscuridad y ahora mismo, puesto que mi señor, que es yo mismo, está desfalleciendo.

- Si hay luz, entraremos.

- Nada de luz, ninguna insolente chispa se ha visto nunca en el Museo.

- En este caso -dijo Guyal, aferrando y adelantando su Daga Centelleante-, innovaré una bienvenida reforma. Porque mira, ¡ahora hay luz!

Del pomo del arma brotó un haz de luz; el alto fantasma ante él chilló y cayó en parpadeantes jirones como lentejuelas pulverizadas. Hubo algunas motas flotantes en el aire; había desaparecido.

Shierl, que había permanecido inmóvil y rígida, como hipnotizada, jadeó muy suave y se apoyó desmayadamente en Guyal.

- ¿Cómo has podido ser tan desafiante?

Con voz medio riendo, medio temblando, Guyal dijo:

- De veras que no lo sé... Quizás encontré increíble que los normales me dirigiesen del agradable Sfere, a través de bosques y despeñaderos, a las desoladas extensiones del norte, simplemente para representar el papel de encogida víctima. No creyendo en un destino tan inconclusivo, me siento atrevido.

Movió la daga a derecha e izquierda, y vieron que se hallaban en el portal de una estancia excavada en roca de cemento. En la parte de atrás se abría un negro pozo. Cruzando rápidamente el suelo, Guyal se arrodilló y escuchó.

No oyó ningún sonido. Shierl, a su espalda, miraba con ojos tan negros y profundos como el propio pozo, y Guyal, volviéndose, tuvo la repentina e irracional impresión de un espíritu de los

tiempos antiguos..., una criatura pequeña y delicada, lastrada con el peso de su encanto, pálida, dulce, pura.

Se inclinó con su resplandeciente daga y vio un loco tramo de escaleras que descendía a la oscuridad, y su luz los mostró a ellos y a sus sombras de una forma tan confusa que parpadeó y se echó atrás.

- ¿De qué tienes miedo? -dijo Shierl.

Guyal se levantó y se volvió hacia ella.

- Estamos momentáneamente a nuestros propios medios aquí en el Museo del Hombre, y somos impelidos hacia delante por variadas fuerzas; tú por la voluntad de tu gente; yo por lo que me ha empujado desde que respiré por primera vez el aire... Si nos quedamos aquí, deberemos disponernos una vez más en armonía con el esquema hostil. Si seguimos osadamente hacia delante, podemos llegar a una posición de ventaja estratégica. Propongo que sigamos adelante con todo el valor, descendamos estas escaleras y busquemos al Conservador.

- ¿Pero existe?

- El fantasma habló fervientemente contra él.

- Entonces sigamos adelante -dijo Shierl-. Estoy resignada.

Guyal dijo gravemente:

- Iremos en disposición mental de aventura: agresividad, ardor. Así el miedo se desvanecerá y los fantasmas se convertirán en criaturas puramente mentales; así nuestro ímpetu hará estallar el terror subterráneo.

- Vamos.

Empezaron a bajar las escaleras.

Adelante, atrás, adelante, atrás, bajando tramos en distintos ángulos, trechos de muy variada longitud, escalones de diferentes anchuras, de modo que cada paso era un asunto de concentración. Atrás, adelante, abajo, abajo, abajo, y sus negras sombras danzaban y se agitaban en extrañas contorsiones en las paredes.

Las escaleras terminaron, y se encontraron en una estancia similar a la entrada de arriba. Ante ellos había otro portal negro, pulido en un punto por el uso; en las paredes de cada lado había encajadas placas de latón con mensajes en caracteres no familiares.

Guyal empujó la puerta, abriéndola contra una ligera presión de aire frío que, soplando a través de la abertura, produjo un ligero resoplido que cesó cuando Guyal abrió más la puerta.

- Escucha.

Había un sonido lejano, un golpeteo intermitente, y tenía suficiente significado como para erizar los pelos de la nuca de Guyal. Sintió la mano de Shierl aferrando la suya con una fuerte presión.

Reduciendo la luz de la daga a un débi resplandor, Guyal cruzó la puerta, con Shierl a sus espaldas. El terrible sonido llegaba desde muy lejos, y por los ecos supieron que se hallaban en una gran estancia.

Guyal dirigió la luz al suelo: era de un material negro y elástico. Luego la pared: piedra pulida. Dejó que la luz brillara en dirección opuesta al sonido, y a unos pocos pasos de distancia vieron una enorme caja negra, tachonada con clavos de cobre y rematada con una placa de cristal poco gruesa en la que podía verse una intrincada confluencia de dispositivos metálicos.

Con la finalidad de la caja no evidente, siguieron la pared, y mientras caminaban fueron apareciendo más cajas similares, pesadas y tétricas, a intervalos regulares. El golpeteo fue disminuyendo mientras caminaban; luego llegaron a un ángulo recto y, doblando la esquina,

creyeron estar aproximándose al sonido. Pasaron caja negra tras caja negra; lentamente, tensos como zorros, camínaron, intentando taladrar con los ojos la oscuridad.

La pared giró en otro ángulo, y allí había una puerta. Guyal dudó. Seguir la nueva dirección de la pared significaba acercarse a la fuente del sonido. ¿Sería mejor descubrir rápidamente lo peor o ir examinando las cosas a medida que las fueran hallando?

Le propuso el dilema a Shierl, que se limitó a alzarse de hombros.

- Todo es lo mismo; más pronto o más tarde los fantasmas bajarán para atraparnos; entonces estaremos perdidos.

- No mientras yo posea la luz para reducirlos a volutas y jirones -dijo Guyal-. Ahora quiero encontrar al Conservador, y posiblemente pueda hallarlo detrás de esta puerta. Veamos.

Empujó la puerta con el hombro; se abrió una rendija, por la que surgió un haz de luz dorada. Guyal miró. Suspiró, un ahogado sonido de maravilla.

Abrió más la puerta; Shierl aferró su brazo.

- Es el museo -dijo Guyal con tono arrebatado-. Aquí no hay peligro... Cualquiera que mora en medio de una belleza de este tipo no puede ser otra cosa más que benéfico... -Abrió la puerta de par en par.

La luz surgía de una fuente desconocida, del mismo aire, como si fluyera de los propios átomos; cada aliento era luminoso, la estancia flotaba llena de un resplandor vigorizante. Una gran alfombra tapizaba el suelo, una monstruosa pieza tejida de oro, marrón, bronce, dos tonos de verde, rojo oscuro y azul esmalte. Hermosas obras de la industria humana se alineaban en las paredes. En gloriosa disposición colgaban paneles de madera noble: tallada, taraceada, esmaltada; escenas de viejos tiempos pintadas en fibras tejidas; fórmulas de color, diseñadas para transmitir emociones más que realidad. A un lado colgaban placas de madera incrustada con trozos de esteatita, malaquita y jade formando dibujos rectangulares, enormemente variados y sutiles, con diminutas motas de cinabrio, rodocrosita y coral para darles calor. Al lado había una sección formada por discos de un verde luminoso, parpadeantes y fluorescentes con variantes películas azules y puntos en movimiento escarlatas y negros. Había representaciones de trescientas maravillosas flores, testimonio de una era olvidada, que ya no existían en la moribunda Tierra; eran como otros tantos esquemas estelares, rígidamente convencionalizados en forma, pero cada uno de ellos con una sutil distinción. Todo eso y una multitud de otras creaciones, seleccionadas entre lo mejor del fervor humano.

La puerta resonó suavemente tras ellos al cerrarse; mirando, con cada centímetro de su piel convertido en un hormigueo, la pareja de los tiempos finales de la Tierra avanzó por la estancia.

- El Conservador tiene que estar en algún lugar cerca -susurró Guyal-. Hay una sensación de atento cuidado y de gran esfuerzo en esta galería.

- Mira.

En el lado opuesto había dos puertas, que daban la sensación de mucho uso. Guyal avanzó rápidamente, cruzando la estancia, pero fue incapaz de descubrir la forma de abrir la puerta, puesto que no tenía cerrojo, ni cerradura, ni manija, ni barra ni ningún otro medio de cogerla. Golpeó con los nudillos y aguardó; no hubo ningún sonido como respuesta.

Shierl tiró de su brazo.

- Esas son regiones privadas. Es mejor no aventurarnos demasiado bruscamente.

Guyal se dio la vuelta y prosiguieron recorriendo la galería. Caminaron junto a la auténtica expresión de los más brillantes sueños del hombre, hasta que la concentración de tanto fuego y espíritu y creatividad los inundó de maravilla.

- Qué grandes mentes yacen en el polvo -dijo Guyal en voz muy baja-. Qué espléndidas almas se han desvanecido con las eras enterradas; qué maravillosas criaturas se han perdido más allá

del más remoto de los recuerdos... Nunca más habrá nada parecido; ahora, en los últimos y aleteantes momentos, la humanidad supura como un fruto podrido. En vez de dominar y controlar nuestro mundo, nuestras máximas aspiraciones son engañarlo a través de la magia.

- Pero tú, Guyal... -dijo Shierl-, tú eres alguien aparte. No eres como estos...

- Quiero saber -declaró Guyal con fiero énfasis-. En toda mi juventud este anhelo me ha dirigido, y he viajado desde mi antigua casa de Sfere para saber del Conservador... Me siento insatisfecho con los logros automáticos de los magos, que basan toda su ciencia en la rutina.

Shierl le miró con expresión maravillada, y el alma de Guyal palpitó con amor. Ella lo notó estremecerse y susurró precipitadamente:

- Guyal de Sfere, soy tuya, me derrito por ti...

- Entonces venceremos para la paz -dijo Guyal-, y nuestro mundo será un mundo de alegría...

La estancia giró un esquina, se hizo más amplia. Y ahora el rítmico sonido que habían captdo en la oscura estancia exterior volvió, más fuerte, más sugerente de cosas desagradables... Parecía penetrar en la galería a través de una arcada que se abría en el lado opuesto.

Guyal avanzó suavemente hacia aquella puerta, con Shierl a sus talones, y así atisbaron en la siguiente estancia.

Un gran rostro miraba desde la pared, un rostro más alto que Guyal, tan alto como Guyal podía alcanzar con las manos extendidas hacia arriba. La barbilla descansaba en el suelo, el cuero cabelludo se fundía con el panel.

Guyal lo observó, tomado por sorpresa. Entre aquel cúmulo de hermosos objetos el grotesco rostro tenía la disparidad y la disonancia que sólo un lunático podía haber creado. El rostro era feo y vil, de una estúpida obscenidad que retorcía las tripas. La piel resplandecía con el brillo mate del metal de una pistola, los ojos se hundían opacos entre los pliegues de un tejido verdoso. La nariz era una pequeña protuberancia, la boca una gruesa hendidura pulposa.

Guyal se volvió a Shierl, repentinamente inseguro.

- ¿No parece éste un extraño trabajo para ser honrado aquí en el Museo del Hombre?

Shierl estaba mirando con ojos desorbitados y agónicos. Su boca se abrió, se estremeció; un hilillo de saliva resbaló hasta su mentón. Agitando las manos, temblando, aferró su brazo, retrocedió tambaleante hacia la galería.

- Guyal -exclamó-, ¡Guyal, vámonos! -Su voz se hizo estridente-. ¡Vámonos, vámonos!

La miró sorprendido.

- ¿Qué estás diciendo?

- Esa horrible cosa de ahí dentro...

- No es más que el esfuerzo enfermizo de un antiguo artista.

- Está viva.

- ¡Es imposible!

- ¡Está viva! -balbuceó-. Me miró, luego giró los ojos y te miró a ti. Y se movió..., y entonces yo te empujé fuera...

Guyal se desprendió de su mano; profundamente incrédulo, miró a través del umbral.

- Ahhh... -jadeó.

El rostro había cambiado. El torpor se había evaporado; sus ojos ya no eran opacos. La boca se contrajo; una gran lengua roja asomó. Y de aquella lengua partió como un zarcillo lleno de mucosidades. Terminaba en una aferrante mano, que intentó agarrar el tobillo de Guyal. Este saltó a un lado; la mano falló su presa, el zarcillo se crispó.

Guyal, en un extremo, con las entrañas retorcidas de puro terror, saltó de vuelta a la galería. La mano alcanzó a Shierl, aferró su tobillo. Los ojos brillaron; y ahora la fláccida lengua hinchó otro zarcillo, hizo brotar otro miembro... Shierl vaciló, cayó inerte, los ojos fijos, espuma en sus labios. Guyal, gritando con una voz para él inaudible, gritando aguda y alocadamente, corrió hacia delante, tajando con su daga. Cortó a la altura de la gris muñeca, pero su cuchillo rebotó como si el propio acero estuviera horrorizado. Con la garganta entre los dientes, aferró el zarcillo; con un terrible esfuerzo, lo rompió contra su rodilla.

El rostro se contorsionó, el zarcillo se retiró con brusquedad. Guyal saltó hacia delante, arrastró a Shierl a la galería, la alzó, la cargó, la llevó fuera del alcance de la cosa.

Volvió junto al portal, y miró con odio y miedo. La boca se había cerrado; rezumaba decepción y frustrada ansia. Y entonces Guyal vio algo extraño: de las desagradablemente húmedas fosas nasales brotaba una especie de remolino blanco que giraba, se estremecía, formaba una cosa alta envuelta en ropas blancas... Lloriqueando y maullando su desagrado hacia la luz, avanzó vaporosamente hacia la galería, moviéndose con pequeñas y curiosas pausas y vacilaciones.

Guyal permaneció inmóvil. El miedo había excedido su poder; un miedo que ya no tenía significado. El cerebro puede reaccionar solamente al máximo de su intensidad; ¿cómo podía aquella cosa hacerle daño ahora? Podía aplastarla con las manos, reducirla a suspirante niebla.

- ¡Espera, espera, espera! -llegó una nueva voz-. Espera, espera, espera. Mis conjuros y señales, un mal día para Thorsingol... Pero entonces fuera, fuera, fuera al orificio, atrás y fuera, ¡fuera, digo! Ve, o de otro modo soltaré los actínicos; el entrar sin permiso está prohibido por orden suprema del lycurgat; sí, el lycurgat de Thorsingol. Así que fuera.

El fantasma se estremeció, hizo una pausa, mirando con siniestra pasividad al viejo que había entrado cojeando en la galería.

Retrocedió lentamente hacia el roncante rostro, y fue sorbido por sí mismo al interior de sus fosas nasales.

El rostro gruñó algo por detrás de los labios, luego abrió la gran hendidura gris y eructó una blanca y fiera lengua que era como una llama pero no una llama. Rozó y lamió al viejo, que no se movió ni un centímetro. De una especie de varilla fijada a la parte superior del marco de la puerta brotó un girante disco de chispas doradas. Cortó y desmembró la blanca sábana, la destruyó hasta la misma boca del rostro, de la que brotó ahora una negra barra. La barra penetró en el girante disco y absorbió las chispas. Hubo un instante de absoluto silencio.

Luego el viejo croó:

- Ah, maligno incidente, intentas interrumpir mi trabajo. Pero no, no hay validez en tu finalidad; mi lista vara mantiene tu innatural brujería a raya; estás vencido; ¿por qué no renuncias y te retiras a Jeldred?

El rumor tras los anchos labios prosiguió. La boca se abrió enormemente: apareció una inmensa y depravada caverna. Los ojos brillaron con emociones titánicas. La boca gimió, una rugiente oleada de violencia, un sonido que azotaba la cabeza y estremecía como una uña clavada en la mente.

La varilla sobre la puerta lanzó un chorro de bruma plateada. El sonido se dobló y se centralizó y fue absorbido por la metálica niebla; fue capturado y consumido; desapareció como si nunca hubiera sido oído. La bruma se concentró, se alargó formando una flecha, partió a enorme velocidad contra la nariz del rostro, se hundió en la pulpa. Hubo un terrible sonido, una explosión; el rostro se contrajo de dolor, y la nariz fue un estallado cúmulo de desgarrados plasmas grises. Se estremecieron como los brazos de una estrella de mar y se unieron de nuevo, y ahora la nariz era puntiaguda como un cono.

El viejo dijo:

- Hoy eres insidioso, mi demoníaco visitante..., un rasgo perverso. ¿Tienes que molestr al pobre viejo Kerlin de sus deberes? Bien. Eres ingenuo y olvidadizo. Así que adelante. Vara -se volvió y miró hacia la varilla sobre la puerta-, ¿has captado ese sonido? Vomita un castigo adecuado, rocía el odioso rostro con tu infalible réplica.

Un sonido llano, una negra agitación que se enroscaba, azotó el aire y golpeó directamente al rostro. Brotó un cardenal, que se fue hinchando. El rostro suspiró y los ojos se enterraron en sus pliegues de verdoso tejido.

Kerlin el Conservador se echó a reír, un agudo plañido de un solo tono. Se cortó en seco, y la risa se desvaneció como si nunca hubiera empezado. Se volvió a Guyal y Shierl, que permanecían apretados el uno contra el otro en la puerta.

- Bien, bien. Ya ha sonado el gong; las horas de estudio hace mucho que han terminado. ¿Por qué os retrasáis? -Agitó un severo dedo-. El museo no es lugar para travesuras; os lo advierto. Así que salid, volved a Thorsingol; tened más cuidado la próxima vez; alteráis el orden establecido... -Hizo una pausa y lanzó una irritada mirada sobre su hombro-. El día ha sido malo; el Mantenedor de las Llaves nocturno se está retrasando inexcusablemente... Seguro que llevo aguardando una hora al holgazán; el lycurgat deberá ser informado. Me gustaría volver a casa para calentarme un poco y acostarme; están pidiéndole demasiado al viejo Kerlin, reteniéndole aquí por culpa del inexcusable retraso del guardián de noche... Y, además, la intrusión de vosotros dos, rezagados; ahora iros, salid; ¡fuera al crepúsculo! -Y avanzó, haciendo claros gestos de despedida con sus manos.

- Mi lord Conservador -dijo Guyal-, necesito hablar contigo.

El viejo se detuvo, miró.

- ¿Eh? ¿Qué ocurre ahora? ¿Después de un largo día de esfuerzos? No, no, ya no es hora; hay que observar las reglas. Espera a mi audiario en el cuarto circuito mañana por la mañana; entonces oiré lo que tengas que decirme. Ahora iros, iros.

Guyal retrocedió, confuso. Shierl cayó de rodillas.

- Sir Conservador, te suplicamos tu ayuda; no tenemos ningún lugar donde ir.

Kerlin el Conservador les miró inexpresivamente.

- ¡Ningún lugar donde ir! ¡Qué tonterías estáis diciendo! Id a vuestra casa, o al pubescentario, o al templo, o a la posada de Fuera. Vamos, Thorsingol está lleno de alojamientos; el Museo no es una taberna de paso.

- Mi señor -exclamó Guyal desesperadamente-, ¿quieres oírme? Se trata de una emergencia.

- Habla, entonces.

- Alguna malignidad ha embrujado tu cerebro. ¿Puedes creer eso?

- Oh, ¿de veras? -rumió el Conservador.

- No existe Thorsingol. No hay más que una oscura llanura desierta. Tu ciudad hace eones que desapareció.

El Conservador sonrió con benevolencia.

- Oh, triste... Un triste caso. Así que eso es lo que les ocurre a vuestras jóvenes mentes. El frenético impulso de la vida es el Primer Desequilibrador. -Agitó la cabeza-. Mi deber es claro. Cansados huesos, tendréis que aguardar un poco vuestro bien merecido descanso. Cansancio... Olvídalo. El deber y la simple humanidad me llaman; hay una locura que debe ser contrarrestada y curada. Y de todos modos el Mantenedor de las Llaves nocturno no está aquí para relevarme de mi tedio. -Hizo una inclinación de cabeza-. Seguidme.

Vacilantes, Guyal y Shierl le siguieron. Abrió una de sus puertas, cruzó el umbral murmurando y protestando sus dudas y sospechas. Guyal y Shierl cruzaron detrás.

La habitación era cúbica, con un suelo de una materia negra y opaca y paredes con minadas de protuberancias doradas por todas partes. Un gran sillón con un cabezal en forma de capucha ocupaba el centro de la habitación, y a su lado se alzaba un atril hasta la altura del pecho, con una serie de interruptores y ruedecillas dentadas.

- Esta es la Silla del Conocimiento del Conservador -explicó Kerlin-. Gracias a ella puedo, tras los ajustes adecuados, imponer el Esquema de Claridad Hinomeneural. Así..., pido la correcta disposición somatoconjuntiva... -manipuló los mandos- ...y ahora, si permanecéis quietos, repararé vuestra alucinación. Esto es algo que está más allá de mis deberes habituales, pero soy humano, y no quiero que se diga de mí que me muestro poco cooperativo.

- Lord Conservador, esta Silla de Claridad, ¿cómo me afectará? -preguntó ansiosamente Guyal.

Kerlin el Conservador dijo grandiosamente:

- Las fibras de tu cerebro están retorcidas, enmarañadas, deshilachadas, y así entran en contacto con áreas con las que no deberían contactar. Gracias a la maravillosa habilidad de nuestros modernos cerebrólogos, este cabezal recompondrá tus sinapsis con las lecturas correctas de la biblioteca..., las de la normalidad, ¿entiendes?, y así reparará los daños y te convertirá de nuevo en un hombre completo.

- Una vez me siente en la silla -inquirió Guyal-, ¿qué harás tú?

- Simplemente cerrar este contacto, mover esta palanca, accionar este interruptor..., entonces tú te adormecerás. En treinta segundos, este bulbo brillará, señalando el éxito y la culminación del tratamiento. Entonces invertiré la manipulación, y saldrás de aquí como un ser de renovada cordura.

Guyal miró a Shierl.

- ¿Has oído y comprendido?

- Sí, Guyal -con una voz apenas perceptible.

- Recuérdalo. -Luego, al Conservador-: Maravilloso. Pero, ¿cómo debo sentarme?

- Simplemente relájate en el asiento. Entonces yo echaré ligeramente la capucha del cabezal hacia delante, para escudar los ojos de toda distracción.

Guyal se inclinó hacia delante, miró al interior de la capucha.

- Temo no comprender.

El Conservador cojeó impacientemente hacia delante.

- Es una acción de lo más sencillo. Así. -Se sentó en la silla.

- ¿Y cómo debe ser aplicada la capucha?

- De esta forma. -Kerlin tomó una manija, empujó el cabezal hacia su rostro.

- Rápido -dijo Guyal a Shierl. La muchacha saltó hacia el atril; Kerlin el Conservador hizo un movimiento para quitarse la capucha; Guyal sujetó su frágil cuerpo, manteniéndolo en su sitio. Shierl accionó los mandos; el Conservador se relajó, suspiró.

Shierl miró a Guyal, a sus oscuros ojos muy abiertos y líquidos como las grandes extensiones de agua del sur de Almery

- ¿Está... muerto?

- Espero que no.

Miraron inseguros a la relajada forma. Transcurrieron los segundos.

Desde lejos les llegó un ruido resonante..., un crujido, una dislocación, un aullido exultante, otros gritos menores de loco triunfo.

Guyal corrió frenético hacia la puerta. Cabrioleando, bamboleándose, deslizándose por la galería, avanzaba una multitud de fantasmas; a través de la abierta puerta tras ellos, Guyal pudo ver la gran cabeza. Estaba saliendo de su encaje, intentando meterse en la estancia. Aparecieron unas enormes orejas, parte de un cuello de toro, festoneado de carnosidades púrpuras. La pared crujió, se estremeció, se derrumbó... Apareció una gran mano, un antebrazo...

Shierl gritó. Guyal, pálido y tembloroso, cerró de golpe la puerta en las narices del primer fantasma. Este empezó a deslizarse por la rendija de la jamba, lentamente, átomo a átomo.

Guyal saltó hacia el atril. El bulbo tenía un aspecto opaco, deslustrado. Las manos de Guyal se agitaron en los controles.

- Sólo Kerlin, consciente, controla la magia de la varilla -jadeó-. Eso está claro. -Miró al bulbo con agónica urgencia-. Brilla, bulbo, brilla...

El fantasma se infiltraba progresivamente a través de la puerta.

- Brilla, bulbo, brilla...

El bulbo resplandeció. Con un seco grito, Guyal accionó los mandos a la neutralidad, saltó hacia la silla, alzó de un golpe la capucha del cabezal.

Kerlin el Conservador, sentado en la silla, lo miró.

A sus espaldas el fantama se estaba formando..., una cosa alta y blanca enfundada en un sudario blanco, y las oscuras órbitas de sus ojos miraban como inimaginables pozos.

Kerlin el Conservador permanecía sentado, mirando.

El fantasma se agitó bajo sus ropas. Una mano como una pata de pájaro emergió, sujetando un terrón de sucia materia. El fantasma arrojó la materia al suelo; estalló en una nube de polvo negro. Las motas de la nube crecieron, se convirtieron en una miríada de zumbantes insectos. Como de común acuerdo se dispersaron por todo el suelo, creciendo mientras se diseminaban, convirtiéndose en furtivas criaturas con cabezas de monos.

Kerlin el Conservador se levantó.

- Vara -dijo. Alzó la mano. Sostenía su vara. La vara escupió un grumo naranja..., polvo rojo. Se esparció ante la frenética horda, y cada mota se convirtió en un escorpión rojo. Así se inició una feroz batalla, y pequeños gritos, y chirriantes sonidos, ascendieron del suelo.

Las cosas con cabezas de monos fueron muertas, eliminadas. El fantasma suspiró, agitó su mano-garra de nuevo. Pero la vara escupió un rayo de pura luz, y el fantasma se disolvió en la nada.

- ¡Kerlin! -exclamó Guyal-. El demonio está forzando su entrada a la galería.

Kerlin abrió de par en par la puerta, salió.

- Vara -ordenó Kerlin-, realiza tu acto definitivo.

- No, Kerlin -dijo el demonio-; contén tu magia. Te creía aturdido. Me retiro.

Con un tremendo estremecimiento, muy lentamente, retrocedió hasta que de nuevo tan sólo su rostro se mostró a través del agujero.

- Vara -dijo Kerlin-, monta tu guardia.

La varilla desapareció de su mano.

Kerlin se volvió y se enfrentó a Guyal y Shierl.

- Son necesarias muchas palabras, porque ahora me estoy muriendo. Me estoy muriendo, y el Museo deberá quedar solo. Así que hablemos rápido, rápido, rápido...

Kerlin se dirigió con débiles pasos hacia una puerta que se abrió por sí misma cuando se acercó a ella. Guyal y Shierl, especulando en las probables consecuencias del estado de ánimo de Kerlin, se detuvieron vacilantes tras él.

- Entrad, entrad -dijo Kerlin con seca impaciencia- Mis fuerzas me abandonan, me estoy muriendo. Vosotros habéis sido mi muerte.

Guyal avanzó lentamente, con Shierl a medio paso tras él. Se le ocurrió una respuesta a la acusación; pero las palabras no eran convincentes.

Kerlin los observó con una débil sonrisa.

- Abandonad vuestros recelos y apresuraos; los requisitos indispensables que deben efectuarse en el tiempo disponible son como intentar escribir los Tomos de Kaes con un mínimo de tinta. Me estoy desvaneciendo; mi pulso empieza a retroceder como una marea menguante, mi vista enflaquece...

Agitó una desesperanzada mano; luego, volviéndose, los condujo a la estancia interior, donde se dejó caer en una gran silla. Con frecuentes e inquietas miradas a la puerta, Guyal y Shierl se acomodaron en un bajo diván.

La voz de Kerlin era débil.

- ¿Teméis a los fantasmas blancos? Bah, son mantenidos fuera de la galería por la vara, que contiene todos sus esfuerzos. Solamente cuando mi mente ya no funcione, o esté muerto, dejará de actuar la vara. Debéis saber -añadió con un poco más de vigor- que las energías y la dinámica de todo el proceso no se canalizan desde mi cerebro sino desde el potencial central del Museo, que es perpetuo; yo simplemente dirijo y controlo el mecanismo.

- Pero este demonio... ¿qué es? ¿Por qué viene a mirar a través de las paredes?

El rostro de Kerlin parecía una tensa máscara.

- Es Blikdak, divinidad gobernante del mundo demoníaco de Jeldred. Practicó este orificio con la intención de absorber el conocimiento del Museo dentro de su mente, pero yo se lo he impedido; así que permanece sentado en su agujero esperando hasta que yo muera. Entonces se atiborrará de erudición, con gran desventaja para los hombres.

- ¿Por qué el demonio no puede ser exhortado fuera de aquí y cerrado el agujero?

Kerlin el Conservador agitó la cabeza.

- Los fuegos y furiosos poderes que controlo no son válidos en el aire del mundo de los demonios, donde sustancia y forma son de una entidad diferente. Como has podido ver, se ha traído su entorno con él, así que en aquel lugar está seguro. Cuando se aventura más adentro en el Museo, el poder de la Tierra disuelve las características de Jeldred; entonces puedo rociarle con fervor prismático del potencio... Pero ya basta de Blikdak por el momento; dime quién eres, por qué te has aventurado aquí, y cuáles son las noticias de Thorsingol.

Guyal dijo con voz entrecortada:

- Thorsingol ha pasado más allá del recuerdo. No hay nada ahí arriba excepto una árida tumba y la vieja ciudad de los sapónides. Yo soy del sur; he recorrido muchas leguas para poder hablar contigo y llenar mi mente de conocimiento. Esta muchacha Shierl pertenece a los sapónides, y es una víctima de la antigua costumbre que envía belleza al Museo en beneficio de los fantasmas de Blikdak.

- Ah -jadeó Kerlin-. ¿Tan a la deriva he ido? Recuerdo esas formas juveniles que Blikdak empleaba para aliviar el tedio de su vigilia... Revolotean en mi memoria como moscas junto a un cristal... Las puse a un lado creyendo que eran criaturas de su invención, formuladas por su propia imaginería...

Shierl se estremeció, asombrada.

- ¿Pero por qué? ¿Qué utilidad tienen para él las criaturas humanas?

- Muchacha -dijo Kerlin hoscamente-, tú eres toda encanto e inocencia; las monstruosas urgencias del señor demonio Blikdak se hallan más allá de tu imaginación. Esos jóvenes, de ambos sexos, son sus juguetes, con los que practica diversas uniones, coitos, perversiones, sadismos, náuseas, rituales antiguos que finalmente los conducen a la muerte. Entonces envía un fantasma para pedir más juventud y belleza.

- Entonces era para eso para lo que yo... -susurró Shierl.

- No puedo comprenderlo -exclamó Guyal, desconcertado-. Tales actos, según entiendo, son una desviación característica de la humanidad. Son antropoides por la misma naturaleza del funcionamiento de sus glándulas y órganos. Puesto que Blikdak es un demonio...

- ¡Estúdialo! -señaló Kerlin-. Sus rasgos, su configuración. Es totalmente antropoide, y éste es su origen, junto con el de todos los demonios, fenómenos y criaturas aladas que infestan esta Tierra de los últimos días. Blikdak, como todos los demás, ha nacido de la mente del hombre. La condensación del sudor, el hedor y la maldad, los humores cloacales, los brutales deleites, las violaciones y sodomías, los deseos escatológicos, las múltiples lubricidades que han ido rezumando a lo largo de toda la humanidad han formado un enorme tumor; así Blikdak ha asumido su ser, así existe ahora. Has visto cómo moldea su ser, cómo realiza sus diversiones. Pero ya basta de Blikdak. ¡Me estoy muriendo, muriendo! -Se hundió en su asiento, respirando pesadamente.

Hubo un instante de silencio.

- ¡Mírame! -exclamó de pronto-. Mis ojos flaquean y se desenfocan. Mi respiración es tan fatigosa como la de un pájaro, mis huesos son la médula de una vieja zarza. He vivido más allá de todo conocimiento; en mi locura no veía el paso del tiempo. Donde no hay conocimiento no hay consecuencias somáticas. Ahora recuerdo los años y los siglos, los milenios, las épocas... son como fugaces atisbos que pasan velozmente por mi lado. Así, curando mi locura, me habéis matado.

Shierl parpadeó, se echó hacia atrás.

- ¿Pero y cuando mueras? ¿Qué ocurrirá entonces? Blikdak...

- ¿No hay en el Museo del Hombre el conocimiento de los exorcismos necesarios para disolver este demonio? -preguntó Guyal-. Evidentemente es nuestro primer antagonista, el más inmediato.

- Blikdak debe ser erradicado -dijo Kerlin-. Entonces moriré en paz; entonces vosotros deberéis asumir el ciudado del museo. -Se humedeció los blancos labios-. Un antiguo principio especifica que, para destruir la sustancia, hay que determinar primero la naturaleza de esa sustancia. En pocas palabras, para que Blikdak pueda ser disuelto, debemos descubrir su naturaleza elemental. -Y sus ojos se volvieron, vidriosos, hacia Guyal.

- Tu afirmación es lógica más allá de toda discusión -admitió Guyal-, ¿pero cómo puede realizarse esto? Blikdak nunca permitirá ese tipo de investigación.

- No; tiene que utilizarse un subterfugio, alguna instrumentalización

- ¿Los fantasmas forman parte de la materia de Blikdak?

- Por supuesto.

- ¿Pueden ser detenidos e inmovilizados los fantasmas?

- Naturalmente; en una caja de luz que puedo crear con el pensamiento. Sí, tenemos que conseguir un fantasma. -Kerlin alzó la cabeza-. ¡Vara! Un fantasma: ¡admite a un fantasma!

Transcurrió un momento; Kerlin alzó una mano. Hubo un leve rasguear en la puerta, y pudo oírse un apagado gemido fuera.

- Abre -dijo una voz, llena de sollozos y pena y estremecimientos-. Abre y deja que las jóvenes criaturas vayan a Blikdak. Se siente triste y aburrido en su vigilia; así que deja salir a esos dos para que alivien su intranquilidad.

Kerlin se puso trabajosamente en pie.

- Ya está hecho -dijo.

Del otro lado de la puerta les llegó el lamento de una voz:

- Estoy encerrado, ¡he sido atrapado en un desgarrante fulgor!

- Estoy pensando -dijo Guyal- que lo que disuelve a los fantsmas también tiene que disolver a Blikdak.

- Cierto -asintió Kerlin.

- ¿Por qué no la luz? -inquirió Shierl-. La luz desgarra la materia de los fantsmas como un soplo de viento se lleva un jirón de niebla.

- Pero simplemente debido a su fragilidad; Blikdak es mucho más duro y sólido, y puede resistir la más fuerte radiación, seguro en su demoníaco nicho. -Y Kerlin meditó. Al cabo de un momento hizo un gesto hacia la puerta-. Vayamos al expandidor de imágenes; allí haremos estallar el fantasma hasta una dimensión macroide; de ese modo descubriremos sus bases. Guyal dé Sfere, debes sostener mi fragilidad; mis miembros son tan débiles como la cera.

Avanzó tambaleándose, sostenido por el brazo de Guyal, y con Shierl inmediatamente detrás ganaron la galería. Allí estaba el fantasma, sollozando en su jaula de luz, buscando incansablemente una oscura abertura por la que deslizar su esencia.

Sin prestarle atención, Kerlin cojeó a través de la galería. Tras él siguió dócilmente la jaula de luz y, forzadamente, el fantasma.

- ¡Abre la gran puerta! -exclamó Kerlin con voz ronca y crujiente-. ¡ La gran puerta al Repositorio Cognoscitivo!

Shierl pasó delante y apoyó toda su fuerza contra la puerta; ésta se deslizó a un lado, y se hallaron ante una enorme estancia a oscuras, y la dorada luz de la galería se fundió en las tinieblas y se perdió.

- Llama a Lumen -dijo Kerlin.

- ¡Lumen! -exclamó Guyal-. ¡Lumen, atiende!

La gran estancia se iluminó, y se reveló tan alta que las pilastras a lo largo de la pared parecían meras cuerdas, y tan larga y ancha que un hombre podía ser vencido por la fatiga solamente recorriendo una de sus dimensiones. Espaciadas en hileras equidistantes se hallaban las cajas negras con las protuberancias de cobre que Guyal y Shierl habían visto ya a su entrada. Y encima de cada una de ellas flotaban cinco cajas similares, exactamente fijadas, flotando sin ningún apoyo aparente.

- ¿Qué es eso? -preguntó Guyal, maravillado.

- Ojalá mi pobre cerebro pudiera abarcar una centésima parte de lo que conocen estos bancos -jadeó Kerlin-. Son grandes cerebros atiborrados con todo lo que ha conocido, experimentado, conseguido o registrado el hombre. Aquí están todos los anhelos perdidos, los primeros y los últimos, las fabulosas imaginaciones, la historia de diez millones de ciudades, el inicio de los tiempos y el presunto final; la razón de la existencia humana y la razón de esa razón. Diariamente he trabajado en estos bancos; el resultado de mis esfuerzos ha ido una sinopsis del tipo más superficial: un panorama a través de un paisaje amplio y variado.

- ¿La habilidad para destruir a Blikdak está entonces aquí? -preguntó Shierl.

- Por supuesto, por supuesto; nuestra tarea será simplemente hallar la información. ¿En qué caja debemos buscar? Consideremos esas categorías: Demonología; Muertes y Asesinatos; Exposiciones y Disoluciones del Mal; Historia de Granvilunde (donde una de tales entidades fue repelida); Hiperredes Atractivas y Detractivas; Terapia para Alucinantes y Cazafantasmas; Diario Constructivo, división de regeneración de paredes reventadas, subdivisión de invasión por demonios; Sugerencias de Procedimientos en Epocas de Riesgo..., bien, ésos y un millar más. En algún lugar tiene que estar el conocimiento de cómo eliminar el aborrecido rostro de Hlikdak y devolverlo a su cuasilugar. ¿Pero dónde mirar? No hay Índice General; nada excepto la pobre sinopsis compilada por mí. Quien quiere hallar un conocimiento específico debe iniciar a menudo una extensa búsqueda...

Su voz se apagó. Luego:

- Adelante! Adelante por entre los bancos hasta el Mecanismo.

Así que echaron a andar por entre los bancos, como cucarachas en un laberinto, y tras ellos derivaba flotando la jaula de luz con el gimiente fantasma. Finalmente penetraron en una cámara que olía a metal; de nuevo Kerlin dio instrucciones a Guyal, y Guyal llamó:

- ¡Atiende, Lumen; atiende!

Los tres caminaron por entre intrincados dispositivos, Guyal perdido y maravillado más allá de toda pregunta, pese a que su cerebro seguía doliéndole con el deseo de conocimiento.

Kerlin detuvo la jaula de luz frente a una alta cabina. Un panel vítreo cayó ante el fantasma.

- Observad ahora -dijo Kerlin, y manipuló los activadores.

Vieron al fantasma reproducido y proyectado; la flotante ropa, el extraviado rostro. El rostro se hizo más largo, pareció aplastarse; un segmento bajo el vacío ojo se convirtió en un escabroso paisaje blanco. Se escindió en pústulas, y una sola pústula se hinchó hasta llenar todo el panel. El cráter de la pústula era una superficie intrincadamente granulosa, algo parecido a una tela, tejida en un esquema como de encaje.

- ¡Mirad! -exclamó Shierl-. ¡Es un tejido denso, como hecho con cuerdas!

Guyal se volvió ansiosamente a Kerlin; Kerlin alzó un dedo reclamando silencio.

- Muy bien, muy bien, un espléndido pensamiento, especialmente puesto que aquí a nuestro lado tenemos un rotor de gran velocidad, utilizado para rebobinar los filamentos cognitivos de las cajas... ahora observad: busco en este panel, selecciono una malla, extraigo un hilo, ¡y ved! La malla se desenreda y se deshace. Y ahora la rebobino en el rotor, y hago un nudo en el hilo para asegurarlo, y ahora ya tenemos preparada la trampa...

- ¿No se habrá dado cuenta el fantasma de lo que hemos hecho? -dijo Shierl dubitativamente.

- En absoluto -afirmó Kerlin-. El panel de cristal escuda nuestras acciones; y él está demasiado ocupado para fijarse en esto. Y ahora disolveré la jaula y lo dejaré libre.

El fantasma se alejó, huyendo de la luz.

- ¡Vete! -exclamó Kerlin-. ¡Vuelve a tu generador; regresa de donde has venido!

El fantasma partió. Kerlin dijo a Guyal:

- Síguelo; comprueba cuándo Blikdak lo absorbe de nuevo.

Guyal siguió al fantasma a una cautelosa distancia y vio como penetraba de nuevo en la negra fosa nasal, y regresó donde aguardaba Kerlin junto al rotor.

- El fantasma se ha convertido de nuevo en parte de Blikdak.

- Bien -dijo Kerlin-. Pondremos en marcha el rotor, haremos que rebobine, y observaremos lo que ocurre.

El rotor giró y zumbó y se convirtió en una mancha imprecisa; la bobina (larga como el brazo de Guyal) se hinchó con el hilo fantasmal, primero reluciendo de forma polícroma, luego anacarada, luego de un suave color marfil lechoso.

El rotor giró, un millón de veces por minuto, y el hilo atraído sin ser visto ni detectado por Blikdak fue llenando la bobina.

El rotor giró; la bobina estaba llena..., un brillante cilindro de resplandeciente hilo de seda. Kerlin frenó el rotor; Guyal colocó una nueva bobina en su lugar, y el devanado de Blikdak continuó.

Tres bobinas..., cuatro..., cinco..., y Guyal, observando a Blikdak desde lejos, vio que el rostro del gigante se inmovilizaba progresivamente, su boca se agitaba rítmicamente, produciendo aquel sonido rítmico que a su llegada había sido origen de su aprensión.

Ocho bobinas. Blikdak abrió los ojos, miró desconcertado la estancia a su alrededor.

Doce bobinas: una mancha descolorida apareció en la colgante mejilla, y Blikak se agitó, inquieto.

Veinte bobinas: la mancha se había extendido a todo el rostro de Blikdak, y su boca colgaba fláccida; silbaba y se estremecía.

Treinta bobinas: la cabeza de Blikdak parecía marchita y putrefacta; el lustre metálico mate había adquirido un malsano tono amarronado, los ojos eran protuberantes, la boca colgaba abierta, la lengua sobresalía fláccida.

Cincuenta bobinas: Blikdak se derrumbó. El domo de su cráneo cedió sobre su febril boca; sus ojos brillaban como enfebrecidos carbones.

Sesenta bobinas: Blikdak ya no existía.

Y con la disolución de Blikdak se disolvió también Jeldred, el demoníaco lugar creado para alojar al demonio. La brecha en la pared se convirtió en roca desnuda, no agrietada y rígida.

Y en el Mecanismo sesenta resplandecientes bobinas estaban cuidadosamente apiladas en un rincón; el demonio así desorganizado brillaba con una iridiscente pureza.

Kerlin se reclinó contra la pared.

- Expiro; mi tiempo ha llegado. He guardado bien el Museo; juntos hemos vencido a Blikdak... Ahora escúchame. A tus manos paso la conservación; ahora el Museo es tu carga: tienes que guardarlo y conservarlo.

- ¿Con qué fin? -exclamó Shierl-. La Tierra expira, casi como tú... ¿Para qué el conocimiento?

- Ahora más que nunca -jadeó Kerlin-. Escucha: las estrellas son brillantes, las estrellas con acogedoras; los bancos saben la bendita magia para llevaros volando a climas más jóvenes. Ahora... debo irme. Muero.

- ¡Espera! -exclamó Guyal-. ¡Espera, te lo suplico!

- ¿Por qué esperar? -susurró Kerlin-. El camino de la paz está ya en mí; ¿por qué me llamas de vuelta?

- ¿Cómo puedo extraer el conocimiento de los bancos?

- La llave del índice está en mis habitaciones, el índice de mi vida... -y Kerlin murió.

Guyal y Shierl subieron a la superficie y se detuvieron inmóviles en el portal de la antigua puerta enlosada. Era de noche; el mármol resplandecía débilmente a sus pies, las rotas columnas se alzaban hacia el cielo.

Al otro lado de la llanura las amarillas luces de Saponce brillaban cálidas por entre los árboles; muy arriba en el cielo resplandecían las estrellas.

Guyal dijo a Shierl:

- Ese es tu hogar; ahí está Saponce. ¿Quieres regresar?

Ella agitó negativamente la cabeza.

- Juntos hemos mirado a través de los ojos del conocimiento. Hemos visto la antigua Thorsingol, y el imperio Sherit antes que ella, y Golwan Andra antes que eso, y los Cuarenta Kades antes aún. Hemos visto a los guerreros hombres verdes, y al inteligente Pharials, y a los clambs, que partieron de la Tierra en dirección a las estrellas, como hicieron los merioneth antes que ellos y los magos grises mucho más atrás. Hemos visto los océanos ascender y retirarse, las montañas plegarse, subir a grandes alturas y desmoronarse lentamente ante el golpeteo de la lluvia; hemos mirado al sol cuando resplandecía caliente y lleno de vitalidad y amarillo... No, Guyal, no hay lugar para mi en Saponce...

Guyal, reclinándose en la columna carcomida por la intemperie, alzó la vista hacia las estrellas.

- El conocimiento es nuestro, Shierl... todo el conocimiento, a nuestra llamada. ¿Qué vamos a hacer con él?

Juntos, miraron fijamente a las blancas estrellas.

- Lo que haremos con él...